

PH







ARTURO OQUELI



**EL GRINGO  
LENCA**



arturo  
oqueli

el gringo  
lenca



Legalizado conforme el artículo que  
protege a los autores



Al Dr. Rubén R. Barrientos, amigo de  
los hombres de letras y espíritu  
comprensivo del valor del estímulo  
a una gesta intelectual



el gringo  
lenca



*AL DECIR LENCAS nos referimos a los aborígenes de una raza de elevado nivel cultural que floreció miles de años ha en Guajiquiro, Yarula, Puringla, Chinacla y otros pueblos del oeste de Honduras.*

*Ciertos rasgos característicos entre los actuales guajiquiros y sus antepasados, revelan importantes detalles étnicos, siendo el hecho más notable que reducidas familias de indios todavía hablan el rico idioma LENCA.*

*Mr. Garvo, hijo de las montañas de Guajiquiro y principal figura del "Gringo Lenca," no es más que un ligerísimo esbozo del valor intelectual que heredara de su noble raza.*

*ARTURO OQUELI*

*Tegucigalpa, Honduras*



Mr. Garvo a través de las rajaduras  
del tiesto del mundo.



## rasgos borrosos

El director tomó de la mesa el parte de las entradas y salidas de los hoteles y comenzó a leer en silencio. De pronto llamó al reporter número uno, e inmediatamente rectificó: no! que venga Candil.

—Tú como eres el más viejo y estás mejor penetrado del medio, no requieres muchos pormenores. Bastan mis ligeras indicaciones para que realices una labor a conciencia. En esta ocasión quiero algo fuera de lo común; necesito orillar el rutinarismo y ahondar lo extraordinario; contamos para ello con la materia prima: acaba de llegar de Estados Unidos de Norte América el señor Garbanzo, hombre interesantísimo, hijo de gringo e india de Guajiquiro.

—En qué hotel se hospeda?

—En el del renco Raudales. Se llama Bonifacio Garbanzo, pero se firma Boni Garvo, abreviatura inventada por él, aborrece su nombre de pila. Quizás por su físico, mitad extranjero y mitad indio, gusta que le llamen Mr. Garvo. Comprendes?

—Comprendido.

—No recuerdo muy bien si por el asunto de unas cooperativas en las cuales se llevaron en la bolsa al mismo presidente de la república, fué conminado de ir a parar al Castillo de San Fernando de Omoa o abandonar el país. Este escollo debes sortearlo, salvo que él pretenda vindicarse.

Cuesta que hable, pero si logras que abra el pico no lo vayas a interrumpir, déjalo como al zorzal de Coray, que registre sus notas y después que cante su canto.

Es dueño de nutrida cultura literaria, artística y científica sin haber asistido a la escuela. Este es su mérito. Para él no hay más universidades que los caminos del mundo.

Padece de la monomanía de las minas; por su experiencia y estudio se le cataloga entre los expertos profesionales de mineralogía y geología.

Garbanzo para la generalidad es un espíritu indescifrable; le encuentran mucho de zorro y león, de pez y pájaro, de civilizado y salvaje. Para mí constituye una valiosa perla con las tonalidades de la aurora y celajes de las tardes tropicales.

Siendo un carácter perspicaz ten cuidado de no ir a echar a perder la interview prodigándole elogios empalagosos, no los traga, se reiría en tus propias narices; así dítirambo contesta con la punta del florete de su ironía. Entiendes?

—¡Claro!

—Última indicación: necesitamos material para llenar la sección amena durante mucho tiempo. La entrevista, pues, debes prolongarla por unas cuarenta y ocho horas. Tú, en recompensa, tendrás un año de vacaciones y ¡márchate con Dios!



Garvo, esquinero del  
Complejo e Incomplejo



## el resentido social

Lo encontré alojado en el mejor cuarto, sentado frente a una mesa materialmente artillada de pipas de formas extravagantes y cajas de tabaco de Virginia.

A mi saludo entusiasta correspondió con su clásica sonrisa de oro (puentes postizos).

Al contemplar su porte espigado, más alto que bajo, ojos de gavilán, cuidadosamente afeitado, nariz recta, pómulos rosados con fondo de mate claro; pelo terso, boca pequeña, traje correctísimo y maneras de hombre de mundo, daba la impresión de un diplomático norteamericano o más bien de un prócer de altas letras.

Conocidos mis propósitos ya había cancelado compromisos sociales poniéndose a nuestra disposición.

—Su renombre, Mr. Garvo,— dispense que por su noble prestancia le dé este tratamiento.

—No me desagrada— interrumpió—, llevo el sesenta por ciento de sangre sajona y cuarenta indígena.

—Así lo comprendo y no le sienta mal. Pero bien, el glorioso nombre de su genio, de su fama ilimitada, me obliga a principiar pidiéndole una deferencia muy especial.

—Hable.

—Que nos honre con su colaboración y apuntes biográficos.

—¡Qué pena, señor Candil! no poder complacer sus deseos: ¡me pide un imposible! Carezco de los atributos comunes, de los rutinarios que entran en el aderezo de una biografía.

Considere que nunca he sido funcionario anónimo ni de los que se mueven como los títeres, tras bastidores, es decir, no he formado en el personal doméstico de los empleados públicos ni de simple cocinero en casas grandes; no tengo lastre biográfico, soy un Don Nadie.

Si es cierto que andan por ahí, dispersas, algunas fisgas, no son lo suficiente consistentes para saltar del trampolín de mi defunción a la inmortalidad. Si mis arrestos por un ideal que consideré sublime, el ideal que desasna la vida de los pueblos me llevaron en ocasiones a provocar el atropello de los mandones, en nada vienen a agregar una espina más a la corona de "mártir." Por sabido se descuentan las medidas de violencia subrayadas en los códigos de los ensoberbecidos que asolan los feudalismos de América.

Y como una ironía, señor Candil, de los pueblos destinados a ser mejor comprendidos por medio de sus valores intrínsecos, los primeros en asomar la nariz en

las columnas de la prensa son los oportunistas que se pasan toda la vida succionando la teta de la nación y quizás validos de su mediocridad no les importa fatigar la conciencia pública con sus exhibicionismos.

Y hay más: al morir, los familiares siguen recibiendo la prebenda del Estado en forma de montepío, cuenta insaldable de los “patrióticos” servicios prestados al país por el difunto. Si a estos peculados llaman rasgos biográficos, las biografías enferman, desfiguran como las viruelas.

La crisis que sufre la biografía necesita de reparación. Cabe al tratarse de un libertador como Bolívar o de un hombre de ciencia como Pasteur.

Tocante a los escritores pienso que las cosas deben llamarse por su nombre: a ellos—por su misma naturaleza—no les alcanza ese honor: la aureola de su propio resplandor se divisa a simple vista de cualquier rincón de la tierra.

Por eso, cuando el plebeyo de las letras ocurre al puntal de la biografía, lo compadezco, es digno de lástima, se torna en cosa fea, algo así como pegostre de cera en las páginas de la antología nacional.

En fin, señor Candil, sobre mis actividades literarias le han informado mal: yo no soy más que un pobre diablo que por prescripción médica me río de los hombres empecinados y esto es todo.”

Molesto por su brutal ironía, disparé a boca de jarro:

—Por lo visto, Mr. Garvo, usted ¡nunca ha sido funcionario!

—Aceptan empleos los hombres que temen a las realidades de la vida; lo solicitan quienes buscan la manera de enriquecerse a costa de los esquilmos al patrón.

—Indudablemente usted se ha formado sin ningún estímulo, interviniendo el azar.

—Oh!... señor Candil, está diciendo cosas muy feas. El estímulo es tan infinito en sus diferentes aspectos que no es posible encajarlo en su intención. A fin de que usted se forme juicio, le voy a referir un hecho que yo presencié: en las orillas de mi pueblo trabajaba un herrero joven en el taller que heredara de su padre. Una tarde mientras las chispas de oro de la fragua poblaban de estrellas el cielo de sus ensueños, pasó frente a él una mujer ricamente vestida. La siguió con la mirada. Se sintió violentamente atraído, pero volviendo a la realidad continuó soplando y machacando el hierro enrojecido, quejándose en silencio de su extremada pobreza.

Pronto reaccionó y con la impetuosidad propia de sus mozos años, juró esta determinación: soy joven y fuerte, ¡redoblaré el trabajo!

Cuando su laboriosidad lo convirtió en persona importante, buscó a la mujer que en su adolescencia lo cautivara: “Vengo a expresarle mi gratitud”—dijo-le.—

—Gratitud?

—Sí, señora; mi porvenir se lo debo al estímulo de su belleza.

¿Me explico, señor Candil? ¿Ha logrado captar el alma del pensamiento?

Al oír a Mr. Garvo expresarse en tal forma enmudecí. Sorprendido noté que estaba perdiendo el tino que tanto me recomendara el director. Antes de contestar me impuse la reflexión de no seguir enmarañando la entrevista con acaloramientos. Garbanzo, hombre de mundo, no entendía del elogio servil, motivo de su agresividad. También ya no me quedaba duda que Boni sólo el físico tenía de gringo, en el fondo seguía siendo el mismo indio rencoroso.

Después de un segundo de turbación pensé en el recurso de las minas, arteria yugular en la existencia de Garbanzo, y así como quien principia engrasando una tuerca poblada de orín, me salí por la tangente:

—Usted da sensación de frescura juvenil. Cuántos años tiene, Mr. Garvo?

—Cincuenta, más una pizcacha.

—No los representa.

—Si usted quiere disfrutar de buena salud siga el contra a las indicaciones del médico. El secreto está en darle gusto al cuerpo.

—No sé si calificar de extraña o sensacional su receta.

—No tanto si se muestra sordo a la sabiduría barata y atiende a los dictados de sus propios deseos.

—Ha viajado mucho?

—Lo suficiente para conseguir botar la costra criolla.

—En sus largas ausencias, qué país elige como segunda patria?

—¡Ninguno! Mi espíritu inquieto no es para criar moño. Si me ve de nuevo en el terruño, a qué piensa que obedece?

—Talvez al recuerdo de familiares, relaciones, negocios. . . .

—No señor Candil, no se equivoque. Carezco de familia, de compañeros de infancia, de propiedades. Nada tengo que atestigüe mi pasado. El regreso obedece al llamado de la fuerza hipnótica del pedazo de tierra que me vió nacer, fuerza misteriosa e irresistible sobre toda ponderación.

—Estamos muy de acuerdo Mr. Garvo. Y en sus dilatadas correrías se ocupó de la explotación de yacimientos?

—Siempre, pero sin desatender otras actividades.

—Sé, Mr. Garvo, que su afición a las minas arranca de su mocedad.

¿Qué hay de cierto?

—Sería necesario, señor Candil, una expensosa digresión para complacer sus deseos.

—No importa, todo será oídos.

—Sucede que los pasos de la niñez no han variado a los de mi vejez en relación con los metales. Tome en cuenta, señor Candil, que mi padre John Hárrison, originario de Berkeley, estado de Virginia, era ingeniero de minas. Vino al país atraído por la corriente de los famosos ríos auríferos de Olancho. Una vez aquí, pudo apreciar nuestra vasta riqueza hoy desco-

nocida por los paisanos. Andando explorando los cerros de Guajiquiro conoció a mi madre, india de finos perfiles, de mirada dulce, trabajadora como todas las mujeres de su clase, de apreciable inteligencia natural. Mr. Hárrison al darse cuenta de que mi madre era la india más hermosa del caserío, la contrató para el lavado de ropa y aseo del campamento: así nació yo.

Quiso la feliz circunstancia para que él me adorara tanto, su soltería, siendo yo su hijo primogénito.

Mi padre, hombre civilizado, al comprender que mi madre criaría, ya no levantó su tienda de explorador sino que la rodeó de cuidados y esperó mi nacimiento.

Al venir a este mundo, sin mayores sufrimientos, Mr. Hárrison bailó de contento al reparar en mi cara, más rasgos característicos de su raza que de la mía.

Desde este momento Mr. Hárrison fué tan previsor a fin de darme una excelente educación, que marchó a la capital a contratar los servicios de un competente profesor que le enseñara a pronunciar y a escribir el español que hablan los literatos y científicos. Quería más o menos dominar el castellano para enseñarme los dos idiomas desde la cuna.

En medio de los afanes de mi padre, mi madre—con su perspicacia indígena—assume un papel importantísimo en su evolución personal; ella (para dar idea de su inocencia) vivía tan alejada del progreso, que antes de tratar a Mr. Hárrison nunca había visto un periódico ni abierto un libro.

La pobre al verse sola bajo la tienda se abstraía contemplando las ilustraciones de los textos científicos, revelando ansiedad por descifrarlos. Si mi padre, por casualidad la sorprendía, toda llena de rubor, confusa, se excusaba: "estoy mirando los pichingos."

Mi padre desde el día que nací comenzó a hablarme en inglés y mi madre en español, corrigiéndola en las malas construcciones y pronunciación.

Por almohadas y colchones yo tuve mineralogías y geologías que Mr. Hárison gozaba cuando mis manitas rompían las hojas. Eso sí, no tardé en principiar a deletrear en estos textos, terminando en mi adolescencia en amplia interpretación.

Nunca olvidaré los primeros pininos del inglés. Mi padre con su perseverancia heroica repetía ciento de veces:

Mother-Madre

Father-Padre

Child-Niño

House-Casa

Bread-Pan.

Diríase que se había convertido en un lenguáfono humano, tal su inagotable paciencia.

Ya grandecito, con frecuencia me repetía: mientras yo viva, tú no irás al colegio. Seguiré la norma de Herbert: "un buen padre vale más que cien maestros de escuela." Claro, que esta determinación obedecía a no estar de acuerdo con el feudalismo de nuestra enseñanza.

Así fué que poniendo en práctica su plan ya madurado, a la hora de las lecturas puso toda su inteligencia a fin de que yo me encariñara con el libro.

El día lo dividía entre el trabajo grosero y aprendizaje cultural. Sus enseñanzas me causaban tanto placer que las noches se convertían en deliciosas veladas oyendo con deleite las traducciones de "Robinson Crusoe," explicándome párrafo a párrafo. Estas versiones influyeron tanto en mi mente de niño que al año siguiente ya traducía las narraciones de Allan Poe. Desde entonces el Gato Negro y el Espéjo Ovalado no he olvidado por la fuerte impresión que dejaron en mi sensible imaginación infantil.

En todo el curso de mi adolescencia hay un caso singular digno de consideración: el cambio cultural operado en mi madre como una consecuencia de la educación que me diera mi padre. Ella, con el disimulo innato del indígena se sentaba en el umbral de la puerta—como las loras—a oír y a observar, poniendo tanta alma en mi enseñanza, que a un mismo tiempo íbamos progresando en el estudio. Llegado el momento de hacerme entender en el idioma de Shakespeare y leer en forma correcta al gran poeta Longfellow, ella también lo hacía. Este secreto en la vida de mi madre logré desentrañarlo cuando mi padre murió, precisamente al cumplir quince años.

Pienso, señor Candil, que a usted le interesará saber por qué mi madre en vida de Mr. Hárrison ocultó sus progresos culturales? Sencillamente, porque no es cuestión de meses ni de años borrar de la conciencia

indígena su estado de inferioridad; ella no veía cuerdo arriesgar su holgada posición sólo por aparecer como patrona, considerándose simple esclava, rodeada de comodidades.

El indio muchas veces se impone al extranjero por su inteligencia o por su fuerza, pero la india seguirá siendo a los ojos de su raza y de los extraños la misma bestia de carga.

El estado de degradación social del indígena sólo es comparable al de los animales, tal la miseria y abyección a que lo tiene reducido el hombre blanco.

Mr. Hárrison, gringo de talento, nunca se propuso que yo llevara su apellido: comprendía que mi madre en silencio se hubiera muerto de vergüenza.

Los prejuicios de castas son tan arraigados en los pueblos atrasados, que la pobrecita, de manera injusta, se hubiera convertido en el centro de mofa, si yo, como hijo bastardo, intento a su lado llevar el apellido Hárrison, salvo la mediación con toda solemnidad del matrimonio civil y eclesiástico.

Para completar la tragedia de la raza indígena basta decir que mi madre nunca pronunció el nombre de mi padre. Cuando él la llamaba, respondía: qué desea patrón? O al inquirir conmigo solía preguntar: "qué se hizo el patrón? El patrón anda en el cerro?" Y así en otras cosas.

Con lo dicho y dos frases más creo completar su pregunta acerca de mi afición a las minas: hijo de minero que aprendió el abecedario en los textos científicos, revelando desde la mocedad una gran vocación

por los análisis de los principales metales y que sabe de duras y largas exploraciones. Me he explicado?

—Oh! maravillosamente, Mr. Garvo, maravilloso!

—Lo celebro.

—Y de sus otras actividades no quiere decir una pizca?

—Otras actividades? ¡Son tantas! No sé por dónde principiar. Temo, sí, volver a caer en la monotonía del oro y la plata.

—No importa. Dicen que todo el tema que usted aborda lo embellece.

—Ande con cuidado; no olvide que los elogios están demás. “Se es orador cuando se tiene que decir algo.” Así los temas se tornan interesantes al exponerlos con aplomo y sencillez. Muchas veces del hombre insospechado, ya sea pescador, tahur o ladrón, se reciben enseñanzas provechosas. Para mejor comprensión, le voy a rememorar un episodio: en Quiriguá, Guatemala, se trataba entre profesionales el asunto de los injertos. Un indio sirviente del agrónomo oficial, hizo la siguiente demostración: en el codo de una rama de naranjo colocó un poco de tierra sostenida con un pedazo de corteza, que regaba todos los días. En su oportunidad vinieron los retoños; al crecer dos pulgadas, cortó el codo en forma de V resembrándolo aparte, naciendo después naranjas sin semillas.

He visto también cómo los nativos convierten el plátano hutuco o majoncho en alimento delicado.

La evolución obedece a un simple procedimiento: un mes antes de parir la mata, se decapita la parte

superior con todo y hojas, dos pulgadas abajo de la punta del *supuesto cogollo*. Con esta operación se consigue que la carne ordinaria del majoncho se convierta en manjar delicioso, bastante agradable al gusto más delicado.

Los dos casos anteriores no tienen otro fin que demostrarle en forma gráfica, que un analfabeta que sabe hacer una cosa es tan competente como cualquier profesional. El mérito está en saber hacer no en saber leer. Por consiguiente está demás lo que dijo al principio, que yo “embellezco todo lo que toco.”

En fin, señor Candil, para mí no hay más universidad que las encrucijadas y caminos, plazas y calles; en esta escuela he aprendido a potrear la vida disfrutando de la recompensa del paso marcial en las grandes metrópolis del mundo.

—Y las mujeres, Mr. Garvo, han ocupado en su corazón sitio preferente?

—No sólo ellas, el vino también; una cosa sin la otra no se concibe. Respecto al *sitio* en mi corazón sólo hay *vecindad* después de un chasco sufrido en mi juventud. Y no obstante de mantener a raya a Cupido conservo tres recuerdos dignos de mención en los devaneos con las damas.

El primero me causó estragos por encontrarme enfermo del más tonto romanticismo, cuando la intelectualidad le rendía vasallaje a Víctor Hugo como a un dios del Olimpo; entonces, inexperto, sensible a las simples emociones, supe que una bella mujer me amaba en silencio.

Desde el primer instante busqué la oportunidad de declararle mi amor. Nos encontramos en casa amiga y sin que mediara presentación, tal la ansiedad y mutua simpatía, me acerqué algo cohibido: su nombre?

—Orafil.

—El suyo?

—Boni.

Inesperadamente quedó pensativa. Luego, con la mirada resplandeciente, exclamó:

—Nos parecemos!

—En qué?

—En los nombres, no son comunes. Pienso que algún punto de contacto debe existir en nuestros sentimientos. Siempre lo raro, no lo extravagante, me ha llamado la atención. Aunque muchas veces he temido acercarme a lo que más me seduce, hoy quiero sondear ese abismo que imagino la fosa que tragará mis esperanzas, seremos amigos.

Ella, a pesar de su juventud, siempre se había mostrado intolerable a las insinuaciones de los hombres, pero en esta ocasión quiso desvirtuar lo que sostenían sus admiradores, que su alma estaba destinada a volar al seno del Señor una vez consumido su cuerpo en las llamas ardientes de su propia naturaleza.

Yo, siendo un apasionado de la música, las flores y los versos, temía acercarme a su belleza enigmática.

Intentamos comprendernos mostrándonos cariño con secreta desconfianza.

Transcurrido algún tiempo, Orafil quiso saber si ya había desaparecido del cielo impreciso la nubecilla de mal presagio, aventurando con desconsuelo:

—Lástima que nuestro amor descansa sobre un cuñete de pólvora.

—Efectivamente.

Mas una noche al despedirme, preguntó:

—Cuándo vuelves?

—Cuando tú quieras, amor....

—¡¡Ven cuando te parezca!!

La última frase dicha con dureza la acogí con indignación, respondiendo:

—Yo quisiera venir todos los días, pero ya que te empeñas en destruir nuestra bella promesa, no volveré.

Ella, con la perspicacia innata de la mujer, comprendió que se trataba de formal ruptura, aventurando a subrayar:

—Yo que había soñado encontrar en ti el puente que salvara el desierto de mi desolación....

—Y yo, al contrario, la corriente que lo arrastrara.



—Así terminaron, señor Candil, los amores de mis mozos años.

—Muy interesante, Mr. Garvo.

—De la juventud hasta las torpezas revisten interés.

—Usted es adicto al matrimonio?

—Soy amigo a ratos. Depende de los móviles que hayan influido para repelerlo o abrazarlo. El segundo amor ha dejado historia en mi vida. Fué en Mérida, México, donde me uní a Frisa, mujer acaudalada. A los pocos años me divorcié.

—Infidelidad?

—No! Me casé por amor y tuve que separarme por haber llegado a comprender que el amor es un fracaso cuando se pretende vivir eternamente pegado a la mujer.

Llega el momento, amigo Candil, de la monotonía, de los disgustos, de los diarios sinsabores, no porque la mujer haya cambiado de conducta, de finas atenciones a su marido, sino porque el almíbar de sus encantos ya nos tiene empalagados, ya no resistimos sus mimos sin mediar la sorda protesta.

Pienso que para no desvincular los lazos del matrimonio es indispensable que anualmente—o en cuanto lo permitan los medios—la mujer y el marido se den sus vacaciones separados, es decir, cada uno por distinto rumbo. Al volver a encontrarse renacerá y fortificará con más vigor la felicidad amenazada.

Las riñas, los divorcios y los desenlaces trágicos emanan de la falta de un sensato entendimiento.

Si el marido,—por ejemplo—llega al hogar a las seis de la mañana la mujer lo recibe en las uñas porque piensa que viene de casa de la concubina, sin reflexionar que su esposo posiblemente ha pasado la noche en el club tomando tragos, hablando de negocios, jugando póker o discutiendo lata. Pero supongamos que el ma-

rido viniere de la gloria o del infierno, el hombre necesita de estos paréntesis como un descanso a la fatiga impuesta por la esclavitud de un matrimonio que no ve más allá de las conveniencias cursis, sabiendo que somos humanos.

—Al principio, Mr. Garvo, dijo que su mujer era de plata y supongo...

—Ah, sí, adivino lo que quiere decir, amigo Cándil: en casa de mujer rica ella manda y ella grita? No hay tal cosa. Me separé de Frisa, lo repito, por falta de comprensión.

—Todavía permanece soltero?

—Volví a casarme. El matrimonio para mí no tiene las espinas y el temor a la obligación que los pusilánimes barajan; al contrario, es una fuente de dicha cuando la esposa topa con gente que no sea mediocre. Y conste que la mediocridad mental abunda más entre los ricos que entre el hombre del duro batallar. Pero bien, el suceso que intervino en mi última unión es algo muy singular, fuera de lo común.

—Tiene razones especiales para no revelarlo?

—Para el público lector no debemos guardar reservas. Se corre el peligro de suponerlas y desfigurarlas.

—Muy bien, Mr. Garvo.

—Ponga atención y conocerá un caso muy particular: con un amigo caminaba por las calles de Habana colonial. De pronto reparamos en una mujer de andar garboso llevando entre sus brazos a un precioso

niño. No pudiendo contener la grata impresión, dije: parece amasijo de leche y rosas.

La señora al oír el elogio un tanto ufana mostró con satisfacción el frondoso fruto.

—Lo mimas mucho, debe ser su hijo—agregó el compañero.

—Así son las mujeres, para todas las criaturas tienen caricias maternas.

Atraídos por el capullo la seguimos con la mirada. Había avanzado más de la mitad del largo callejón cuando apareció en sentido contrario un caballo de tiro desbocado.

La mujer volviendo rápidamente sobre sus pasos se transformó en bandera azotada por el viento, tal la vertiginosa carrera que traía. Angustiosamente corría, corría desesperadamente por ganar la esquina mientras tanto los inquilinos asomados a los balcones intentaban con ademanes y ruidos atajar el bruto que semejaba huracán llevándose los obstáculos que encontraba al paso.

Hubo un momento de palidez al ver que los cascos del animal le pisaban los trapos; pero aquella gran mujer en un gesto de suprema abnegación ocultó el niño en el quicio de una puerta protegiéndolo con su cuerpo.

Al pasar el peligro nos acercamos: solamente la falda presentaba un ligero sucio de las ruedas del vehículo.

Mi compañero, lleno de emoción, creyendo que se trataba de una madre, repitió la cita luminosa: “no hay

en la tierra premio para sus beneficios, ni corona para sus heroísmos.”

Yo, mudo por la conmoción, le dí mi tarjeta.

Esa misma noche supe por los periódicos que la protagonista se llamaba Alcira, valiente institutriz. A los pocos días la hice mi mujer. Qué le parece, señor Candil?

—Que sus dos casamientos revelan tendencias comprensivas con un máximo de independencia. A mí más me hubiera gustado verlo amarrado con una de las nuestras.

—¡Nunca!

—¿Cómo?

—Nuestras mujeres serán las más fieles del mundo, pero tienen un pequeño defecto, incorregible, estridente, que mata los oídos del hombre amanerado.

—Mata?

—¡Son muy gritonas! Se desviven con imitar el voceo de las tortilleras o nacatamaleras; a quien primero rompe el tímpano del marido o del vecino. ¡Supieran cuánto vale una voz dulce!

—Un tesoro, Mr. Garvo?

—Un imperio. Una mujer de acento modulado, diga que ya tiene en el puño el mundo vanidoso de los hombres.

—Se me ocurre una insinuación, Mr. Garvo: aquí se necesitan personas de su levadura, que hagan fermentar el agua en vino; por qué no se queda definitivamente, contribuyendo así al progreso del terruño?

—Escabrosa considero la respuesta: no quisiera evocar tiempos penosos, tiempos en que se necesitaba renunciar a la ciudadanía para vivir en la propia tierra con las garantías de que gozan los aventureros. Con otras palabras: tornarse en negro o chino para alcanzar alguna estimación. Ser hondureño y llevar una luccecita a manera de gonfalon basta para que se le tenga como perro sarnoso.

—Posible?

—Usted señor Candil, comienza a vivir; yo que soy un pobre gato escaldado partí por primera vez con el propósito de no regresar. ¡Casi me echan a empellones! Me trataron de iluso, embaucador, por mi afán de buscar los medios de despertar las energías dormidas y ponerlas al servicio de mis compatriotas.

—Perdone si herí imprudentemente alguna fibra de su corazón.

—No se apene; yo he renunciado al corazón por tener cerebro; soy humano, no sentimetal.

—Comprendo, Mr. Garvo, no poder ocultar su amargura.

—Culpo a la insensatez del parasitismo. De joven, cuando fundé las cooperativas mineras, abrí campaña sin precedente para que se diera preferencia a la explotación de los yacimientos gastando por lo menos el treinta por ciento de las rentas públicas.

Dije en aquella época y lo repito hoy, que una vez en producción los únicos recursos valiosos con que contamos, saldríamos de la indigencia para convertirnos en gente olorosa a ropa limpia.

Crea, señor Candil, que con el mayor entusiasmo libré una cruzada por caseríos y aldeas predicando la unión de voces y el cierre de universidades que no rinden ningún provecho al egresado ni a la nación, a fin de ahorrarle al Estado desgastes inútiles y abrir en su lugar tantas escuelas mineralógicas como ciudades importantes tenga el país. Y qué pasó? ¡Me motejaron de loco!

Usted señor Candil, que es periodista, persona de talento, dígame para qué queremos tantos galenos en una nación paupérrima?

Resulta algo insólito. Amenazados de muerte por el medio creádo por ellos mismos, muchos abogados para conquistarse un nombre sobresaliente, a fin de hacerse de clientela y tener la pitanza asegurada, echan mano de todo subterfugio casuístico; nos referimos a los "notables," a los que resucitan cadáveres por medio del testamento que hace hablar a los muertos. Con estos procederes avivan la corrupción poniendo en entre-dicho la conciencia jurídica.

Las maestras si son honradas, por su mala preparación terminan de tortilleras; si desgraciadamente llevan en la sangre gérmenes pecaminosos van a parar a los prostíbulos.

Y los médicos? Otra aflicción nacional. Para morir por falta de especialistas nos basta con los untasebo, reservándonos el derecho de apalearlos en los extremos fatales, cosa que no podemos hacer con los doctores; respaldados por el título—aunque pertenezcan al gremio de los profesionales que no saben leer—

la ley los protege para mandar de paseo al otro mundo a cualquier individuo, no importa sea de botín o caíte.

—Noto, Mr. Garvo, mucha agresividad hacia los salva vidas.

—Nada de eso, amigo Candil; no es posible que una persona que haya estudiado sea inferior a un analfabeto. Para mejor comprensión permítame penosas conclusiones: si usted al borde de la tumba se acerca al cuchitril de un curandero a solicitar remedio para su mal, éste al verle la muerte en las pestañas, le dice con el semblante radiante de alegría: “no, hombre! usted no tiene nada; restréguese tal pomada y tome estos papeles antes de cada comida y luego lo veremos corriendo por esas calles.”

Tal vez por el poder de su fuerza sugestiva—elocuentemente empleada—o lo que usted quiera llamar, luego reacciona recobrando su salud.

Pero si en cambio visita la clínica de un facultativo y le expone el mismo caso, afirma con desconsuelo: “pues, amigo, el análisis indica que su tratamiento será largo, pero efectivo; necesita reposo y someterse a la prescripción médica si quiere prolongar la vida.”

Como es de suponer, la mayoría de los pacientes pagan la consulta y no regresan.

Diríase una ironía, una paradoja, la comprobación de miles de consultas a los parcheros en las cuales **DEMUESTRAN MAS INTELIGENCIA EN EL TRATAMIENTO DE LA VICTIMA** que los hombres de universidad.

—Convénzase, señor Candil, que Honduras es una encrucijada en su aspecto físico; carece de llanuras para hacerle espacio a los cerros de escasa vegetación; país de farallones, esencialmente mineralógico. Todo empeño de encauzar su mayor progreso por otros surcos que no sean los de explotar sus yacimientos resultará pobre. Que se ponga en los cuarzos la mente de la nación y verá cómo la república cobrará el brillo del oro nativo.

No podremos negar que existen excelentes parcelas para atender al gasto que demanda el consumo interior. Y si somos honrados debemos reconocer que la "feracidad" de las reducidas tierras, muchas veces, en los malos inviernos, no llega la cosecha a surtir los raquíuticos mercados del país, teniendo que apelar a los Estados vecinos en demanda de excedentes.

Querer salvar, pues, la penuria de la república con la agricultura o ganadería en un suelo de óxidos y sulfuros, es una engañosa ilusión, espejismo de los conductores con un desierto a la vista.

Désele a la minería el puesto que los conquistadores le concedieron y entonces veremos de nuevo surgir a la nación ya sin la costra que aflige, respetada por una conciencia de veintidós quilates.

La relación que existe entre tierras agrícolas y zonas mineras es de una sencillez desconcertante: si usted—por ejemplo— intentara cultivar los cerros de Tegucigalpa, qué cosecharía? Indudablemente que árboles de plata ya que las piedras argentíferas no le dejan ver la cara al barro. Este simple detalle viene

a demostrarle que no existe término de comparación entre las parcelas de labrantío y la riqueza de los cuarzos.

Si alguien resuelto a industrializar en todo el país la procreación de vacas y caballos, se vería frente al siguiente problema: en el departamento de La Paz qué clase de zacate daría a los animales? Sencillamente que salitre y topacios; Yoro ofrecería su antimonio; Santa Bárbara, mármoles y azufre; El Paraíso, oro y plata; Gracias, carbón y ópalos de fuego; Comayagua, petróleo y alumbre; Choluteca, manganeso, sal y asbesto; Islas de la Bahía, perlas rosadas y bancos de coral; Olancho, oro en polvo; Valle, oro cortado a cincel como sucedió en el mineral El Porvenir; y la Mosquitia, piedras preciosas.

—Perdone, Mr. Garvo, no quisiera interrumpirlo, pero sus interesantes observaciones me impulsan a hacerle presente mis felicitaciones y adhesión a su ideología, de sumarnos, de presentar un solo frente y oír en nuestras serranías las voces del barreno y la dinamita. Hoy pienso de Honduras lo que dijo el Barón Humboldt de México: “es un mendigo que duerme en cama de plata.”

—¡Oh, señor Candil, me entusiasma encontrar seguidores! Honduras contiene en su seno los más variados yacimientos del mundo. Sucede que por ignorancia los compatriotas viven obsesionados con el oro y la plata sin sospechar que existen otros tesoros de mayor cuantía como ser el *iridio*, *rodio* y *rutenio* que valen veinte veces más que el oro codiciado.

—Se encuentran en estado nativo?

—No. Por eso es difícil de distinguirlos. Aquí la utilidad de las escuelas mineralógicas. El iridio—por ejemplo—se extrae de los residuos del platino en forma de osmiuro; el rodio y rutenio, que también viven asociados al mismo platino, se hallan en las escamas del osmio.

—Y platino, dónde se encuentra Mr. Garvo?

—Abunda en los ríos auríferos. Lo que pasa es que algunos “sabios” importados lo toman por telurios y los hijos del país al lavar el oro lo botan, no le dan ninguna importancia.

—Parece, Mr. Garvo, que es interminable la lista de nuestra riqueza mineralógica.

—¡Insospechada! señor Candil: molibdeno, estaño, cromo, plomo, hierro, zinc, faldespato, cinabrio, se encuentra en abundancia.

En Ojojona y Salamá he visto las azuritas y malaquitas más bellas de América.

Una noche que me encontré en Wáshington con un geólogo contratado por la Rosario Mining Co., me aseguró que en las montañas de Guaimaca encontró positivos indicios de *pechblenda*, o sea el óxido que forma el *uranio*, hogar donde vive el *radio*, “esencia de la luz.”

—Usted Mr. Garvo, es un profundo conocedor del subsuelo, un técnico de verdad.

—No, un práctico. Y le parece poco, medio siglo de experiencia?

—Toda una vida.

—Y pensar que si Honduras es una gema bruta, por qué no se pule esa joya por medio de la educación eficiente? Que respondan los millones de pesos que con el “invento” de concentrados salen de paseo al exterior para no volver.

—Dice Le Bon, Mr. Garvo, que la política es una enfermedad. Cabría el símil aplicado a los buscadores de minas?

—Efectivamente, en cada cateador encuentra un hombre monomaniático, anormal, fácil de curar la chifladura si se estimulara el simple deseo de estirpar las raíces.

Si los güirises dan la impresión de enajenados es porque carecen de conocimientos científicos. Un obrero que sabe fabricar la cabeza de un alfiler no fracasa aquí ni en otra latitud. Esto les pasa a los cateadores, ignoran cómo se forja la cabeza de ese alfiler; apenas distinguen el oro de la margaja en los lavaderos, sin saber el beneficio si lo encuentran en los cuarzos.

Los güirises a manera de reyes descalzos caminan sobre el cromo y otras riquezas sin que les pase por la mente que andan pisoteando gemas deslumbrantes.

Le voy a referir un caso que habla con más elocuencia: en jurisdicción de Reitoca un cateador descubrió en la montaña diez manzanas para sembrar maíz y frijoles. Previendo que el ganado le fuera a comer la milpa construyó un cerco de *antimonio* de dos varas de alto sin sospechar que la muralla valía mil veces más que las mazorcas por cosechar.

A falta de los conocimientos necesarios el güirís deambula esperanzado de encontrarse una bolsa de oro, como las halladas en Pajarillos, Danlí, o Mangulile, que rindieron una fortuna a sus dueños.

—En su concepto, Mr. Garvo, los buscadores de minas son gente desgraciada?

—No, amigo mío. Muy felices dentro del mundo que se forjan. Para ellos vale más vivir de ilusiones que de la grosera realidad: Bajan a la tumba sin haber flaqueado una fracción de segundo. La esperanza de dejar millonarios a sus hijos les da fuerza hasta el último instante.

Pienso que los mineros poseen un bello material para escribir novelas: no hay otro sér en la tierra que tenga la imaginación más atrevida en materia de tesoros fabulosos; su fantasía es prodigiosa, a veces cautivan sus maravillosas narraciones; unas trasmitidas por los antiguos y enmendadas por los güirises; otras de su propia cosecha, impregnadas del aroma clásico de los siglos como si emanaran de las páginas de las Mil y una Noches.

También debo advertirle que hay realidades que superan a la fantasía como es el petróleo de Opeteca, refinado por la misma naturaleza, hecho al que ningún geólogo le da crédito y es tan cierto como la luz del sol.

No obstante, de los miles de cateadores que desfilaron por nuestras oficinas, apenas si el uno por ciento hablara verdad, culpa de su obsesión, de ver en cada chispa una llamarada aurífera.

Hubo quien nos dijera que el derrumbe del paso del Guanábano había dejado descubierto un hilo de oro como de quince varas de largo y tres cuartos de pulgada de grueso; que el descubridor ignorando de qué se trataba, con la punta del machete desenterró el lazo de veintiún quilates y a falta de mecate con él hizo una jáquima a su macho.

Y así como este cuento oí centenares.

—Bien, Mr. Garvo, usted que se ha mostrado tan complaciente, quisiera referirnos a grandes rasgos una de esas interesantes narraciones? ¡Cómo las devoraría el público lector!

—Así lo piensa?

—Y el cuerpo de redacción.

—¡Quién sabe! . . . .

—Siendo usted una autoridad en distintos géneros, ni qué dudarle!

—Temo cansar la paciencia del lector.

—Al contrario, la amenidad hace cobrar interés.

—Bueno, le referiré varias, pero antes vamos a tomar algo. ¡Elmer!

—Mande, señor.

—Lave las copas, sírvase otra garrafa de oporto y encienda las luces.



Amigos, arma  
de dos filos.



## el ciego que descubrió la mina de “palo seco”

—Quizás, señor Candil, el vino me suelte la lengua más de lo prudencial.

—Cuánto mejor, Mr. Garvo; el público siempre prefiere los secretos a voces.

—Oiga: si agarro fuerza ¡no vaya a darse por corrido!

—Ni lo piense. Puedo escucharlo años de un solo tirón.

—Habla en serio?

—Indudablemente.

Garbanzo sonrió con gesto burlón. Diríase tener al alcance de la mano una válvula secreta, capaz de inundar, de ahogar, a punta de símbolos y metáforas a todo aquel que intentara interponerse en el mundo de su dialéctica; a mí, tenía la seguridad de abrumarme, al extremo de pedirle armisticio.

Puso en línea de combate la batería de pipas. Taqueó la primera y al llevársela a la boca, dijo con aire resuelto:

—Sírvese otra copa, amigo Candil, acomódese y anote: “Me encontraba en el corredor de mi oficina observando los melindres de Paños Tibios, señora solterona que a cada instante alarmaba el barrio con sus gritos y desplantes; en esos momentos, un hombre sombrero en mano, se le acercó, saludó, volvió a saludarla y ella por estar llamando a su perro se hacía la sorda. “¡Capullo, Capullo!” y el animal no se dignaba mirarla. ¡¡Capullo!! repetía con estridencia y el can seguía abstraído, atisbando el paso de una cucaracha.

—Al fin, cansada, le espetó: ¡perro, burro!

Más burra es usted!—se oyó una voz—era la voz del desconocido que ya ratos la llamara haciéndose ella la desatendida.

Paños Tibios, como electrizada, se dirigió al hombre:

—Por qué me insulta gran malcriado?

—No es insulto, es pura verdad, señora.

—Estúpido, respete, soy señorita.

—Dispense hermosa dama, pero hace un siglo le estoy rogando decirme si aquí se encuentran instaladas las oficinas del mineral “Agujas Blancas.”

—Es tuerto?

—Gracias a Dios que no, señorita.

—Pues no ve el rótulo, ahí, enfrente, donde están esos señores parados?

—Gracias, mil gracias, dirigiéndose a continuación hacia nosotros saludando cortésmente: “Pase adelante, pase,”—contestamos.

El hombre entró con aire de suma confianza, como si se tratara de un pariente, de un hermano. Mi mente, a manera de pájaro loco, revoloteaba por localizarlo entre un fárrago de recuerdos, y no siendo posible, me puse a su disposición.

—En qué le podemos servir, caballero?

Hizo un gesto de asombro:

—Parece que tú ya no me conoces, Garvo....

—Tan barbado... Tan flaco... y ¡tan viejo!

—Tienes razón, ¡hace muchos años, muchos! que nos perdimos de vista y no es tarea fácil el reconocermes: ¡Soy Lecler!

—Oh, Lecler, Lecler! Venga un abrazo, hombre, un abrazo. A continuación le presenté a mi socio el ingeniero Canija.

—Hombre, Boni, tú no cambias; siempre envidiado por tu buena salud y posición desahogada. Naciste con una estrella luminosa en la frente, nunca declinará.

—Ojalá, Lecler, tengas boca de profeta. Vienes de la costa norte?

—¡No menciones esa costa del diablo! Allá el paludismo acabó con mis ahorros dejándome en estos cueros. Ahora vivo en Lejamaní.

—Qué haces?

—Me dedico a la siembra de cebollas con tan mala suerte, que nunca he logrado dos cosechas buenas. El año regular sirve para cubrir las pérdidas del invierno malo.

—Entonces, ya dejaste la pintura y el comercio?

—El hombre que nace y muere en el mismo oficio es digno de lástima.

—Te felicito. Se ve que has prosperado en ideas y no debes quejarte porque también aportan a la reserva del futuro valiosa contribución.

—No te burles, Garvo.

—Comprende que no cargar un peso en la bolsa o una lucanita en la mollera, sí es desgracia. A tí te ahorcarían por falta de un níquel, no por carecer de chispa.

—Te conozco Garvo; si me agarras por tu cuenta no me sueltas, mejor doblemos la hoja.

—Pero dime, sé más concreto, qué vientos te traen?

—Vine con dos propósitos: a internar a mi mujer en el hospital y a hablar contigo.

—Qué te pasa?

—El paludismo a manera de fiera, no afloja las garras puestas sobre mi esposa. Se hizo necesario traerla a la capital para que la viera un especialista, quien me asegura que dentro de unos veinte días mejorará. Así es, pues, que el tiempo que dure su internado lo aprovecharé para avivar nuestra vieja amistad y proponerte un negocio.

—Debes comprender, Lecler, que la ausencia no ha enfriado en lo menos mi afecto; el aprecio es el mismo y ten confianza en hacer cualquier confidencia, que yo sabré atenderte.

—Se trata, Garvo, de una inversión de dinero.

—No importa, Lecler.

—Francamente, al sólo estrecharte la mano mi espíritu repicó de alegría; no me engañé al pensar encontrar en tí al mismo amigo, de sentimientos generosos. Sí, temo que vayas a creer que vengo a contarte un cuento de hadas. ¡Te hablaré con el corazón en la mano!

—No prejuzgues; habla y veremos.

—Ya que ustedes (dirigiéndose al mismo tiempo al ingeniero Canija), se dedican a la explotación de minerales, los invito a jugarse unos pesos con las mayores probabilidades de ganar millones. Por lo pronto les pido la gentileza de escucharme. (Lecler se sonó estrepitosamente las narices y continuó): “Siendo muy joven me casé en Valle de Angeles, trasladándome a San Juancito donde conseguí colocación en los talleres de la Rosario. En aquel tiempo que se pagaban justos jornales supe aprovechar mi trabajo haciendo economías. Luego me hice de mulas y vacas, alquilando las bestias a precios elevados a los mismos mineros. Mientras yo sudaba la gota gorda mi mujer cuidaba los semovientes.

No recuerdo haber pasado de holgazán algún día de descanso; distribuía las horas en varios quehaceres, principalmente en la cura de las mulas chimadas.

Una tarde que salí del turno de la mina bastante cansado encontré alarmada a mi esposa por haberse salido del potrero el único garañón, potro retinto de ocho cuartas. No te preocupes—le dije—ya voy a sabanearlo.

Monté en mi mula negra y salí.

De manera casi inconsciente me fuí internando de bosque en bosque hasta llegar a unos desfiladeros de las montañas de Cantarranas. A mi paso no encontré vestigios de viviendas humanas. Cuevas de leones y coyotes sí hallé, oyendo a lo lejos el grito peculiar de los monos cara blanca.

En medio de aquella soledad sin haber encontrado la menor huella del potro, ya poniéndose el sol y sin tiempo para regresar, miré con atención los contornos, logrando distinguir en las faldas de un cerro un punto blanco que parecía casa.

Rayé con las espuelas la panza de la mula y a medida que me acercaba se precisaban los detalles de una triste chocita. Al fin dí de narices en la puerta y saludé con un buenas tardes.

—Dios lo bendiga, mándese apear—respondió un viejo de lentes ahumados.

Desde el momento que puse los pies en el umbral me llamó la atención el aseo y el orden del pequeño rancho, cosa no acostumbrada en las viviendas de la montaña.

Lo primero que hice para tapar el hoyo taladrado por el hambre fué pedirle un poco de agua.

El viejo tenía la forma de una C, tal el peso de sus años; avanzó dos pasos hacia mí y quitándose los espejuelos, mostró las cuencas vacías, balbuciendo con un dejo de tristeza: dispense amigo, tome un güacal y beba el agua que guste, mire que soy ciego...

Tras breve pausa tamboriló el suelo con su garrote y dijo: aflójele el cincho a la bestia y suéltela en el corral, aquí está en su casa.

—Gracias.

Al desensillar, cambié con el ciego pocas palabras acerca del extravío del garañón. Fatigado me puse a reflexionar sobre su existencia solitaria, rodeado de peligros, a varios kilómetros del vecino más cercano; él, adivinando mis conjeturas interrumpió mi meditación:

—Abra esa artesa y coma hasta reventar; usted tiene mucha hambre. Después, ya satisfecho, le aclararé la intriga que está revoloteando en su cabeza.

Me sorprendió de tal modo su aserto que maquinalmente hice lo que me indicaba. Obraba sin control, impaciente por conocer los detalles de la vida misteriosa del ciego.

Mientras comía sabrosos plátanos cocinados a punta de sol, totoposte y frijoles chiles, vi que arreglaba con maestría un haz de rajitas de ocote y lo encendía.

Qué extraño, señor—murmuré—saber que es ya de noche y prender fuego para alumbrarse siendo usted ciego.

—Tenga o no huéspedes siempre enciendo luz, no para mí, sino por los coyotes, que sepan que no está sola la casa, que no ha muerto su dueño y no vengan a hacer de mi rancho su madriguera. Acerca de distinguir el día de la noche, para eso Dios a los ciegos nos ha dado un sexto sentido.

Indudablemente tenía sus razones, y no encontrando una frase oportuna qué responder, opté desde aquel momento por afiliarme al partido de la prudencia.

Tomó una salea de chivo y colocándola sobre su butaco forrado de piel de tigre se acercó a la llama, quizás para calentarse un poco, pues el frío principiaba a tabanearnos.

Con las manos y barba, todo él apoyado en el pomo de su garrote, parecía cavilar sobre importantísimas conclusiones filosóficas, tal su actitud de recogimiento.

No sé dónde yo había leído que los ojos son el espejo del alma; la regla en aquella ocasión la consideré inoportuna, difícil de aplicarla, ya que materialmente era muy peregrino leer los pensamientos del ciego.

Respetando su amargura dejé que por su propia iniciativa rompiera el silencio:

—Usted no es hondureño, verdad?

—Mi padre francés, por eso me apellido Lecler, así españolizado para su mejor pronunciación; mi madre, salvadoreña; yo nací en Guatemala.

—Aunque usted es todo una miscelánea familiar, su acento está diciendo que tiene más de extranjero que de nacional. Su oficio?

—Trabajo como ayudante del laboratorio. Mi profesión verdadera es la de pintor.

—Al ocupar ese puesto debe entender mucho de minerales.

—Lo indispensable, señor.

—Tiene familia en el pueblo, señor Lecler?

—Hace poco hice venir a mi madre, quiero servirle. Con mi hijo y esposa, somos cuatro en casa.

—Usted posiblemente debe practicar las mismas creencias religiosas de su madre.

—Vea, señor, ignoro si coincidimos en credos; yo apenas tengo lugar de rascarme la barrigá y de SERVIR a quien NO ME PIDE; todavía sostengo lo dicho por José Flaubert: “Es fácil comprender a Dios, mientras no nos molestemos en tratar de definirlo.”

—Muy bien, pero sabe lo que más me interesa es aquello de servir a quien no le pide.

—Sí, señor; pèdir es una vieja profesión inventada por los vividores; por eso no reparo en ayudar a quien no tiene el *valor* de implorar.

—Magnífico; sus propósitos tienden a acabar con la mendicidad, cosa imposible.

—Para el hombre no hay imposibles.

—Bonito estribillo para cantarlo al compás de la guitarra en tabernas y cumpleaños de niñas cursis; en la práctica no resulta.

—Así lo piensa usted?

—La humanidad, señor Lecler, en relación con el mendrugo está dividida en esclavos y mendigos; usted es un esclavo de su trabajo, de su familia, de los prejuicios sociales. Su patrón es un mendigo de alta escuela; como pordiosero atisba en la ruleta de la bolsa el número de puntos que lo mantengan en posición superior a la suya, listo a conjurar las posibles quiebras

para no descender a engrosar con usted la masa de los explotados.”

Enmudeció largos minutos. Al despertar de su mutismo comenzó a dibujársele poco a poco leves pliegues entre las comisuras de los labios, gritando de pronto, lleno de alborozo:

—Usted es el hombre que yo necesito!

—¿Yo?

—Sí, usted, señor Lecler. Hace años que lo presentía; convencido de su llegada, lo esperaba. No sé si estoy equivocado ni quiero creerlo, pero necesito de un hombre honrado, de sentimientos humanitarios, ¡y ese hombre es usted!

—No comprendo, señor.

—Ya comprenderá. Así como me mira, pobre, sin quién se preocupe por mi vejez, principié en mi juventud a andar el camino de los millonarios y Dios, no sé por qué, se interpuso en mi ruta al dejar apagar la luz de mis ojos. Soy poseedor de una mina de oro, quizás la más rica del mundo; así como lo oye, la ¡más rica!

Cuando el oro se vendía a los usureros a quince pesos la onza, lavaba de noventa a cien gramos cada dos horas, oro que como pan caliente compraba el comercio de San Juancito.

Crea señor Lecler, que un pobre hombre como yo, que se encuentra a pocos pasos del sepulcro, no está para fabricar mentiras.

A su regreso hable con los comerciantes más viejos, ellos saben de mis ventas si usted duda de mis palabras.

Aquí, atraídos por la leyenda, constantemente vienen gringos y güirises. Los unos cargando latas de comestibles en conserva y los otros, frijoles y totoposte, a hacerme ofertas tentadoras. Vienen a que los oriente hacia el sitio de mi lavadero fabuloso.

—Y por qué no ha llegado a un favorable entendimiento?

—Por que todos, señor Lecler, llevan una víbora oculta, dispuestos a soltársela a quien se interponga en su sordidez. ¡Son unos léperos!

Para los días que me quedan ya nada me hace falta, nada necesito, únicamente quitarme un gran peso que llevo en la conciencia.

Hoy si puedo gritar con alegría, ¡soy feliz! Su presencia me hace volver a Dios y hacer con El las paces. Bajaré contento a la tumba por haberme deparado el destino el hombre que sólo veía en sueños, y ese hombre, no me cansaré de repetir, es usted!

Ya no me interesa saber la historia de su vida, únicamente su persona para depositar en su corazón el secreto de toda mi existencia. Y óigalo bien: “la mina que tantos ambicionan, se la regalo, ¡es suya!”

Y levantándose bruscamente del butaco me tomó de la mano al mismo tiempo que con el garrote en alto se dirigió a la puerta, señalando un punto en la lejanía:

—Antes que se ponga la luna, dígame, qué ve en esta dirección, como a seis kilómetros de distancia?

—Nada.

—No ve unos cerros?

—Los diviso.

—Distingue uno que tiene forma de pico de pájaro?

—Sí, lo distingo.

—Pues al pie de ese cerro hay un arco labrado en la misma roca, como puerta de iglesia; de este lugar, rumbo norte, sigue el chiflón de una cañada y como a mil quinientas varas va a encontrarse una quebrada abundante de agua; continúa quebrada arriba y al llegar frente a un árbol de nacascolo, se detiene. Del pie del nacascolo, quebrada de por medio, cuenta cien pasos largos y se para de golpe: allí está la mina, la famosa mina de Palo Seco. Tiene una anchura de treinta pulgadas, mitad piedra y mitad jabón. Al cuarzo, a simple vista, se le ve el oro escarchado. Yo nunca molí la piedra porque desconocía el procedimiento del beneficio, únicamente me dediqué a lavar el oro del jabón.

Figúrese, Lecler, que de la menos bateada recogía de cinco a ocho gramos; muchas veces hasta un cuarto de onza, y conste que por el frío y la lluvia me levantaba con el sol alto, perdiendo tiempo precioso en el arreglo de la alimentación; por lo regular la tarde la dedicaba al trabajo recogiendo de una a tres onzas diarias.

Los granos son bastante curiosos. Si se exhibieran en una vitrina de New York llamarían extraordinariamente la atención del mundo cosmopolita que desfila por aquella gran urbe. Los hay de diversas dimensiones y formas: desde el tamaño del anís, pasando por el maicillo y el arroz hasta llegar al maíz. La novedad

está en el parecido con estos granos. Quiere conocerlos?

—Con el mayor placer.

—Mire estos frijoles de oro, los únicos granos que hace varios años conservo.

—¡Qué cosa más bella!

—Usted los tendrá a puñadas desde el momento que tome posesión de la mina.

—Muchos años trabajó en Palo Seco?

—Poco tiempo. Soy maestro de escuela. Abandoné mi profesión por el temor de morir de hambre.

—Morir de hambre, ha dicho?

—No le extrañe. Son muchos los pueblos que llevan a la alcaldía municipal a personas que gustan seguir las huellas del cerdo.

—No entiendo.

—Que engordan con las piltrafas de los sueldos rezagados.

El ciego se inclinó a encandilar el fuego; parecía que miraba al verlo colocar con sumo tino las rajitas de ocote, unas sobre otras, sin quemarse los dedos.

Tentado por el inapreciable regalo de Palo Seco, y deseando conocer los medios más aconsejables para su beneficio, le pregunté:

—Siendo usted ciego, cómo hacía para lavar el oro del jabón?

—Ah! . . . . amigo mío . . . . Esa es otra historia, historia dolorosa . . . .

No queriendo remover amargos recuerdos, desvié la conversación:

—Tiene familia? Empeora su salud? Qué clase de alimentos gusta más?

—¡No!—gritó— ¡Ni por un momento permito que baraje su intención! Ya no es posible retener por más tiempo el secreto a medias, el secreto que me devora. ¡Ha llegado el instante de contar toda la verdad!

Como azogado se incorporó y a zancadas trepó al tabancó por el palo labrado con incisiones que le servía de escalera, bajando con una hoja de acero de color terroso.

—Ve este machete, todavía con manchas barrosas de sangre?

—Claro!

—Si esta arma hablara le contaría con minuciosos detalles mi trágica historia. En fin, los hechos que más nos roen el alma no se borran. Permanecen inalterables dispuestos a condenarnos o a absolvernos mediante el tributo de una noble acción.

Recuerdo como si estuviera repasando la película de mi vida el día que conocí a Arameo, paisano mío, que sabía fabricar *cususa* (aguardiente de contrabando;) me propuso explotar la industria, un tanto lucrativa y a la vez peligrosa. En aquella época la gente activa pronto se galvanizaba en plata una vez encarrilado en cualquier negocito pinche en vista de los excelentes salarios pagados por la compañía minera de San Juancito.

Para poder apreciar el volumen de dinero había que ver la aldea los sábados y domingos, dando la im-

presión de una feria nacional con la bajada de los mineros y comerciantes de la capital y pueblos vecinos.

Los contornos y las calles se encontraban materialmente sembrados de puestos de venta: comedores, chicherías, cantinas, prostíbulos, achinerías, tahurerías y mil cosas ilícitas. Además veía por todos lados cargamentos de quesos y panela apilados en los corredores de las casas, lo mismo que ropa hecha.

Los trabajadores con las bolsas llenas de pesos, tiraban a la calle en una noche el jornal de la semana. Y estas escenas se repetían todas las noches de los días de realeo prolongándose muchas veces hasta el lunes.

En medio de estas actividades era de notarse que el negocio más lucrativo, es decir, el primer puesto lo tenía el alcohol. El minero y todo mozo que carece de aspiraciones, de mentalidad limitada, no tiene más diversión que la de emborracharse; desatiende sus primordiales obligaciones por darle gusto a la tripa guarrera. Así fué que con halagadoras promesas acepté formar parte del contrabando de cususa.

Antes de dar el primer paso hablamos con los dueños de cantinas y estancos proponiéndoles el artículo con buen margen de utilidades. Después compramos panela y los enseres indispensables, encaminándonos a lo más espeso de la selva a fin de escapar a la vigilancia de la autoridad.

Una vez escogido el sitio donde montaríamos la fábrica, construimos a cinco kilómetros este rancho para desorientar a las escoltas militares que posiblemente

nos perseguirían en caso de sospechar del futuro negocio.

El día que emprendimos la tarea de hacer fogones en el lugar ya escogido, comenzamos a arrancar tierra de la más floja y a continuación preparamos la masa del barro.

Mientras yo amasaba el lodo con los pies desnudos, Arameo acarrea cubetadas de agua.

A medio palear notamos entre el barro unas piedrecitas amarillas, no muy brillantes, color de yema de huevo, del tamaño y forma de un frijol, resultando de un color atractivo ya quitado el sucio.

Por curiosidad tomé unos granos y los guardé en el bolsillo del pantalón, haciendo lo mismo el compañero.

Cuando bajamos al pueblo a vender los primeros galones de cususa y una vez expendida la mercadería, visitamos a un joyero a quien le mostramos las piedrecitas; una vez probadas con ácido nítrico resultaron ser de oro puro.

Nunca había tenido oportunidad de ver a un hombre cambiar de caras como al dueño de la joyería: primero se mostró receloso, descreído, acompañando a sus ademanes gestos fruncidos. Después estiró con su ambición todo el cuero de las arrugas y nos acosó a preguntas ofreciendo el cielo y la tierra si lo hacíamos socio.

A todas sus propuestas contestábamos con un no! seco.

Cansado de sus ofertas sin respuesta favorable nos ofreció en son de ganga comprarnos el oro a doce pesos la onza.

Nosotros que no teníamos conciencia del valor del hallazgo, algo maliciosos llegamos a la tienda de unos chinos. Los asiáticos al analizar el metal nos prometieron comprar a quince pesos, cualquier cantidad que laváramos.

Desde ese momento desistimos de continuar fabricando aguardiente clandestino, tanto por el peligro a que nos exponíamos de ir a terminar con nuestros huesos a presidio, como por los beneficios sin mayor esfuerzo que nos ofrecía la mina.

En el acto buscamos a un conocido olanchano, viejo lavador del Guayape, para que nos fabricara dos bateas y nos enseñara su manejo que con pocas explicaciones tuvimos.

A nuestro regreso en vez de cargar con más raspadura llevamos provisión y herramienta necesaria y en un decir ¡jesús! destruimos el alambique y las ollas de mixto.

Al principio todo marchaba a la perfección; entre Arameo y su servidor existía una envidiable hermandad.

Era tal la confianza, que nos turnábamos en los quehaceres, borrando así rastros de sospecha. Muchas veces yo me quedaba lavando el barro que contenía el oro y él se iba a San Juancito a vender lo recogido. Otras veces él acarreaba montones de tierra a la orilla

de la quebrada mientras yo recorría los caseríos en busca de bastimento.

Con el tiempo nuestra tranquilidad fué interrumpida con los rumores cada día crecientes de la riqueza de Palo Seco; el negocio estaba despertando envidias al extremo de renunciar a seguir surtiendo el comercio del vecino mineral, yéndonos mejor a Tegucigalpa con buenas remesas, trayendo de la capital magníficas tiendas de campaña, revólveres, medicinas, ropa, comestibles en abundancia, armas de caza, una mula, dos burros y otras cosillas.

A los seis u ocho meses los rumores del hallazgo se tornaron en serias amenazas. Gente armada y mal dispuesta nos seguía los pasos.

Esas envidias, como era natural suponer, eran inspiradas por los dueños de las tiendas de San Juan-cito, quienes en calidad de antiguos clientes se habían encargado de exagerar las ventas.

Llegó un momento, señor Lecler, que nos fué imposible continuar el lavado. Entonces, presintiendo un ataque de sorpresa dispusimos venirnos a este rancho. Aquí comprobamos que hombres armados de fusiles se apostaban a un kilómetro a la redonda, unos por su propia cuenta y otros a sueldo de interesados en asuntos de minerales.

Primero querían conocer el sitio; después asesinarnos a fin de quedarse como dueños absolutos de la riqueza.

En caso de ataque nadie hubiera intervenido en

nuestro favor. ¡Figúrese que a esa espesura sólo tienen acceso los rayos solares!

Este rancho, como le decía al principio, lo construimos con dos fines: para burlar a la autoridad que posiblemente vendría tras el olor del aguardiente y para engañar a los que despertara ambiciones Palo Seco.

Nuestra situación, pues, se tornó tan crítica que día y noche, bala en boca, nos turnábamos.

A los quince días de encerramiento acordamos como medida de apaciguamiento aprovechar el invierno y dedicarnos a la siembra de maíz y frijoles. Así fué que los espías al vernos rozar y cultivar la tierra levantaron sitio.

Los desvelos y temores de amanecer acuchillados por robarnos el poco oro recogido, ya que no era posible arrebatarnos la mina, nos enflaqueció con tendencias a enfermar.

A todas estas contrariedades sumada a la falta de libertad en el trabajo y deseando un poco de reposo, acepté la propuesta de Arameo de marcharnos a Aramecina, nuestro pueblo, en la esperanza de suprimir toda vigilancia y amenazas con prolongada ausencia.

Dentro de la más perfecta armonía cargamos con el haber y partimos a reunirnos con nuestras familias dejando el rancho al cuidado de un matrimonio de viejos con provisiones, algunos fondos y facultades para disponer de las cosechas.

Antes de montar repartimos el oro guardado, tocando libra y media a cada uno y como Aramecina

queda fronterizo a la República de El Salvador nos fuimos de paso a la capital salvadoreña a vender la mercancía.

Figúrese, señor Lecler, ¡cómo sería la cara de asombro que pusimos al proponernos treinta colones la onza!

Al cerrar el trato con un comerciante español nos suplicó seguir favoreciéndolo con futuras ventas.

De San Salvador trajimos a los parientes muchos regalos consistentes en céfiros, olanes, mantas, pimienta y otras baratijas y con la fama de millonarios nos instalamos en nuestra tierra.

Yo que hacía años soñara tener una casita de campo aproveché la ocasión de comprar un hato pintoresco por trescientos pesos, nombrando administrador a Carrizo, mi único hermano.

Con vaquillas y burros a precios irrisorios mejoré la propiedad con la esperanza de continuar agrandándola con más tierras y ganado.

Mi compañero en vez de socorrer a su familia o llenar sus propias necesidades se metió a tenorio derrochando el dinero en serenatas y bailes.

Cuando ya no tuvo más que gastar se bebió hasta la pistola, no compró ni segundos calzones.

Llegó un momento, señor Lecler, que no se diferenciaba de los más infelices: sucio, roto, y sin una peseta en el bolsillo. Al verse en estado indigente me pidió veinte pesos prestados, urgiendo nuestro regreso a la mina.

Yo que todo lo había previsto y creyendo vencido el tiempo necesario para despistar a nuestros gratuitos perseguidores, le entregué el dinero solicitado y nos pusimos en marcha.

Ya en la capital me dijo Arameo que no convenía pasar por San Juancito ni por el rancho a fin de que los viejos conocidos nos tuvieran por muertos.

Al no darse cuenta de nuestra presencia—agregó—lavaremos sin preocupaciones y cuando hayamos recogido una cantidad crecida nos vamos directamente a San Salvador.

En tono profético, terminó: “ten la seguridad que si llegan a olfatearnos ¡estamos perdidos!”

Encontrando razonables las observaciones nos venimos dando una vuelta por Talanga donde cargamos la mula y el burro con bastantes víveres. El otro burro, Arameo lo había cambiado por aguardiente en un estanco de Langue.

Una madrugada levantamos carga y por caminos de cabros, empujando las bestias, llegamos a Palo Seco después de once meses de ausencia.

Iniciamos las tareas bajo cordialísima hermandad discutiendo los más bellos planes del porvenir.

Convenidos de acumular la mayor cantidad de oro dentro del menor tiempo, comenzamos a lavar sin tregua, sin importarnos la lluvia o el frío intenso.

Supe que Arameo había dado palabra de casamiento a la hija de un riquito de Aramecina y posiblemente— me decía— este es el interés de no dar reposo a sus actividades, trabajar desafortadamente pa-

ra regresar luego con bastante dinero y cumplir su compromiso, y sobre todo, tener una bebiata de tres días con sus noches, tal como lo acostumbran por allá los ricos al casarse. .

La ansiedad, pues, de Arameo, de afanarse bajo el sol y la lluvia no la tomé a mal.

Contento con la decisión de unir su destino a una dulce mujer, tal vez el paso más importante de su regeneración, lo aplaudí de todo corazón.

Una noche que pensaba en el regalo que le ofrecería en su boda, reparé en el afán de Arameo de pulsar y repulsar el saco de kaki donde íbamos guardando el oro lavado.

Lo seguí observando: en cuanto yo echaba uno o más granos, él volaba a sopesarlo. Me extrañó esta actitud y más me extrañó que sin mediar ningún pretexto me despojara de la custodia del saco que también me servía de almohada.

Nunca pasó por mi mente darle interpretación criminal a la meticulosidad del compañero; cosas del amor—decía en silencio. Lo que sí vino a ponerme en guardia fué una broma que le hiciera; anoche—dije muy serio—soñé que me había devorado un tigre; él, sin que yo lo esperara, se puso lívido, transparente: “pesadilla, pesadilla”—fué su comentario.

Tal vez por presentimiento o no sé por qué, Arameo se iba volviendo para mí sospechoso.

Con prudencial disimulo tomé las precauciones debidas.

A los tres días de la broma constaté sus deseos por verme entre las fauces de las fieras. En este momento debí obrar con decisión, separándome en el acto, pero un segundo de debilidad labró la ruina del resto de mi vida.

Juzgue, señor Lecler, que habíamos acordado turnarnos las noches y ciertos días que los tigres hambrientos nos acecharan.

Mientras yo dormía él se alejaba encaramándose en la punta de los árboles más elevados, dejándome a merced de los animales salvajes.

Por dos veces estuve a punto de ser cenado por los coyotes. Los criminales proceder de Arameo me contrariaron amargamente, mis penas fueron mayores; aunque me hacía el desentendido sin dar lugar al más ligero roce ya sólo pensaba en reunir algunas economías y radicarme definitivamente en el hato que dejara al cuidado de mi hermano Carrizo.

En previsión, pues, de orillar disgustos, soporté la humillación de lavarle su ropa y cocinarle su comida. Quería tenerlo contento por mientras llegaba la hora de separarnos; él, hombre inculto, nunca reconoció mi buen fondo, mis nobles intenciones, sin cálculos ni vivezas. Conste, como usted ya habrá comprendido, siendo profesor, mi condición social e intelectual no admitía puntos de comparación con la mentalidad de Arameo. Y precisamente por este conocimiento me resignaba con paciencia de santo.

Desesperaba con la idea hecha clavo, metida en mitad de la frente, de abandonar cuanto antes Palo

Seco. Ya no tenía reposo, una voz interior—quizá la de mi madre—me decía que me fuera pronto y lejos, que todo lo dejara, que me pusiera a salvo.

La última mañana del día tenebroso, pensaba en la suerte desgraciada de todo cateador de vetas ricas. Centenares de casos desfilaban por mi mente, murmurando a solas: tarde o temprano darán con el escondrijo y es preferible retirarse a tiempo y volver con la cooperación de hombres responsables.

Como tenía la convicción de que Arameo quería acabar conmigo, ya no seguí confiándole mi revólver; él al darse cuenta de que yo permanecía sobreaviso, se puso tan nervioso que precipitó su ruina y la mía, descuidando mejores oportunidades para ultimarme y venir a última hora a aprovechar un momento falso.

Arameo que nunca se había mostrado afectuoso tuvo para mí—la tarde trágica—frases de cariño que me causaron regocijo.

Pensé que no tardaría en pedirme perdón por estar yo al corriente de sus planes siniestros y ¡claro! estaba dispuesto a perdonarlo, pero sufrí triste equivocación: posiblemente tocado por el señor diablo al sopesar nuevamente el saquito de oro y calcular más de diez libras, dijo: “ve, hombre, es una grosería que te friegues cocinando tarde y mañana. Hoy yo prepararé la cena y anda tú a la quebrada a terminar de lavar un poco de *jabón* que tengo amontonado.”

Confieso que me alegró ver su cambio; contento me dirigí a la hondonada sin sospechar que había sonado la hora de nuestra común desgracia.

A lo sumo tendría quince minutos de permanecer en cuclillas a orillas de la corriente lavando y escogiendo los granos más gruesos, cuando oí un crujido extraño. Creyendo que se trataba de algún león me puse en guardia recorriendo con la mirada todos los contornos sin lograr distinguir ningún bulto.

Volví a la tarea sin deseos de continuar; cierto temor, algo de miedo, algo inexplicable se apoderó de mi espíritu abatido. Ansioso de terminar de una vez arrojé todo el barro sobrante al agua sin espulgarlo, precisamente en momentos de sentir más cerca un segundo crujido, como el romper de ramas secas que precede al asalto del tigre: instintivamente volví rápido logrando ver en toda su largura a mi compañero con este machete enarbolado con el propósito de partirme, como ayote, la cabeza; con la presteza de mi hercúlea juventud le salí al encuentro metiéndole la batea que hizo añicos del primer machetazo, alcanzándome con la punta el ojo izquierdo que en el acto comenzó a vaciarse. Al atacarme otra vez, tuvo tan mala suerte en su falsa maniobra que perdió el equilibrio, cayendo de bruces al resbalar sobre el barro, soltando el machete por el golpe recibido. Al perder la ventaja del acecho me puso en situación de dominarlo con más facilidad en el suelo, oprimiéndole el estómago con las rodillas y sujetándole el cuello con las manos. Al tenerlo sin acción, vacilé un instante; no tenía el suficiente valor de rematarlo, pero al verme pedazos de mis vísceras en los pliegues de la camisa, se despertaron en mí los instintos salvajes que todo hombre lleva

dormidos en el corazón y echando mano de las reservas de mis fuerzas, comencé a estrangularlo lentamente... Al aflojar las manos no pude estirar los dedos, los sentía anquilosados, tal la potencia que descargué.

(El ciego, fatigado por la reconstrucción, agregó melancólicamente):

—Esa tarde, señor Lecler, envejecí...

—Después?

—Después, ¡Oh, amigo mío!... Como sólo Dios había presenciado el terrible desenlace, oculté en una cueva profunda los enseres, borrando toda huella delatora.

Una vez listo, como la dama que se da el último toque, dí el último vistazo, arreglé lo que consideré desarreglado y al final eché el saquito de oro dentro de otro saco más grande, de brin, y montando en la mula vine a descansar a esta mi casita no encontrando felizmente el matrimonio de viejos que dejara a su cuidado; posiblemente habían huído temerosos de los malhechores que en todo tiempo rondaban el rancho.

Registrando los rincones hallé en una botella, restos de creolina y mezclándola con agua me dí el primer lavado en el ojo destripado, sufriendo tremendo dolor. Minutos después, antes de amanecer, me envolví la cabeza con una toalla y partí rumbo a Tegucigalpa, sin ser identificado en el camino por ningún conocido.

Al llegar a la capital lo primero que hice fué soltar la mula en el barrio El Calvario, donde el pas-

to crecía abundante en calles y callejones; en aquella época los barrios bajos de Tegucigalpa daban la impresión de potreros, tanto por la vagancia de los cerdos y vacas, como por lo frondoso de la maleza. Después pregunté por el Hospital General, con el propósito de internarme, pero tropezaba con el gravísimo inconveniente de no encontrar a quién confiar el saquito de oro.

Posiblemente, señor Lecler, usted se preguntará: cargando tanto dinero por qué no me hacía visitar por un entendido, ya que no existían oculistas? Sencillamente, en tan lejanos días, encontrar a un especialista, ni con la lámpara de Diógenes. Con decirle que no había restaurantes ni casas de huéspedes, apenas el hotel PICCALLILI reservado a la aristocracia viajera. La población vivía algo así como en familia.

Al caminar de un extremo a otro no temía caer en manos de la autoridad: sé que la justicia primero se ocupa de amargarle la vida a los inocentes y después, si sobra tiempo, se ocupa de los pícaros. Únicamente temía ser despojado por algún vividor, no por los encargados de vigilar las vueltas de todo el mundo.

Era dueño de un pequeño capital, más de lo suficiente para costear los servicios del mejor galeno del país, pero mi plan estribaba en pasar por gente pobre, sin recursos, a fin de no despertar sospechas, atajando de este modo las investigaciones que pudieran suscitarse.

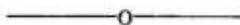
Un asesino que anda en cueros puede escapar con más o menos facilidad, pero nunca se libra de las garras de los gendarmes, si éstos han olfateado que carga un zurrón de diamantes.

Calle arriba, calle abajo, anduve casi todo el día con el saco al lomo, sin resolver ninguna determinación.

Desesperado por el sufrimiento, a Roma por todo —dije— y me acerqué al mostrador de un viejo boticario a quien confesé mi “pobreza,” ofreciéndole diez gramos de oro como único capital por la curación, prometiéndole cancelar el saldo con trabajo personal.

El buen hombre, sin aceptar el ofrecimiento se apiadó de mi situación yendo a mi posada en el barrio de Guajoco, mañana y tarde, a curarme de la infección que iba tomando proporciones alarmantes, y gracias al vigor de mi naturaleza pude escapar de la muerte.

La primera vez que el boticario me vió cargar una cosa pesada, me aconsejó: “no haga mucha fuerza, que le perjudica; guarde ese saco sucio bajo el mostrador.” No puedo —repuse— aquí cargo la co-bija y unos zapatos viejos todavía de uso.



—Al sentirme bastante mejorado, el doctor me habló en forma solemne: “busque su casa, que el ojo bueno corre peligro, necesita reposo.”

Le rendí las gracias y bajo un cielo estrellado en-

sillé mi vieja mula y monté contento yendo a dormir al Llano del Potrero.

Pasando por las tierras frías del Cerro de Hule, tardé dos días en arribar a Sabanagrande.

Al descender a la zona ardiente de La Venta y pasar por Pespire, ya sólo caminaba de noche. Llegué a Nacaome a las cuatro de la mañana, con un calor tan ardiente como la sangre de los gallos de Pavana. Antes de amanecer, en vez de dirigirme a mi pueblo, Aramecina, me fuí directamente a la capital salvadoreña.

Ya en la capital fuí a ver al comerciante español que meses antes nos comprara tres libras.

Con esta precaución estaría a salvo de preguntas inoportunas de la policía, comprobando con el mismo propietario que yo era una persona honrada y antiguo cliente.

El español al verme en el umbral de la tienda, con un ojo menos, de aspecto cadavérico, tardó en reconocermé, pero al notar el pequeño esfuerzo que hacía para sostener bajo el brazo el saquito de kaki, muy entusiasmado, gritó: “¡Hola, marchante! Pase, pase a la trastienda. ¡A ver Útila, un vaso de chicha helada para el amigo! Siéntese. Y su compañero?” Me espera en la pensión —respondí— con desgano; él, cegado con el brillo del metal, ya sólo se ocupó de limpiar los platillos de la balanza y pesar el oro, resultanlo once libras, tres gramos.

El español, bastante contento, en el acto me contó cinco mil doscientos ochenta colones, menos el valor de

la fracción que indiqué regalara a un niño que en esos momentos compraba para su madre un centavo de dulce y otro de café molido.

Al depositar en el banco cuatro mil quinientos colones, el empleado encargado de los depósitos al verme en mal trapillo dijo que primero tenía que justificar la procedencia del dinero. Yo le prometí una constancia del dueño de La Giralda. "El español?" Sí, señor. "Entonces deje la plata, el banco por su cuenta seguirá la investigación." Confieso que no me gustó la actitud del empleado; en aquel tiempo, no sé si ahora también, las instituciones bancarias, en la práctica, no eran más que montepíos despiadados, mal vistos por el público por la poca confianza despertada. Pero bien, desprendido de la negociación, me dí a la tarea de buscar un médico, llevando en billetes setecientos y pico de colones.

Andando a tontas y a locas por las calles polvorosas fuí a parar al barrio de San Jacinto donde me llamó la atención un rótulo: DR. BACA, MEDICO Y CIRUJANO.

El aviso me trajo a la memoria el recuerdo de una plática sostenida con un buhonero, cuando yo ejercía mi profesión de maestro en una aldea.

El achín, hombre de cábalas, que trajinara los caminos de los bajos fondos, entre burlón y desengañado, juraba que solamente en nuestro país existen sabios. "Los extranjeros son tan tontos, que los entendidos en callos, nada saben de catarros; si curan dolores de barriga, no recetan para el constipado. En cambio los médicos de aquí, todo lo saben."

Influenciado por la observación, empujé la puerta de vidrio sin detenerme a reflexionar que en todas partes hay buenos y malos profesionales. Yo tuve la desgracia de toparme con un hombre malencarado, repulsivo. “Qué quiere?” Ver al médico. “¡Y no me estás mirando!”—gritó de mal humor.

¡Maldito el instante que me creí del achín y maldita la hora en que fuí a caer entre los cuernos de aquel semoviente!

Creo que el salvaje poseía gran poder hipnótico. Todo lo que me ordenó lo hice mecánicamente. “Ver cuánto dinero cargas; deja quinientos colones; acuéstate en esa banca; pela el ojo.”

El examen tardó el tiempo que se gasta en dar un vistazo. “Hay pudrición”—fué su sentencia, pronunciada por él mismo—llevándome a mí de encuentro. A continuación destapó un frasco de un ácido del que nunca supe el nombre, echándome como de un pie de alto, un chorro con el que, al perder el pulso, me cocinó el ojo bueno.

Fué tan agudo el dolor de la quemadura que perdí el conocimiento, despertando en la pensión.

Al recobrar la razón exclamé: ¡Doctor Baca, qué fatalidad! La ley mal redactada autoriza a fríos asesinos a visar pasaportes para el otro mundo. Juzgue amigo Lecler, que el tal carnicero, lo primero que hizo al notarme afiebrado, fué tomarme el pulso con las manos enguantadas. Nunca me trató como cliente, sino como a los animales. ¡Al desgraciado sólo le faltaban cascos!

Fué cuestión de días para quedar viendo sombras borrosas. Tenía que valerme de alguien para salir a la calle. Y a medida que los bultos se tornaban imperceptibles mi angustia crecía, me consideraba solo en el mundo.

Me costó mucho desgaste nervioso convencerme, resignarme a mi desgracia.

En la pensión comía poco y dormía menos; no era posible conciliar el sueño, pensando en el futuro, en los años amargos que tenía por delante.

Le confieso, señor Lecler, que haciendo el recuento de mis acciones buenas y malas, no me pesaba la muerte dada a mi compañero. Mi conciencia ya había dictado su fallo, cosa que me tenía tranquilo esperando con estoicismo el castigo de Dios.

Si el odio y malos pensamientos volvieron a manera de serpiente a enroscarse en mi corazón, fué por culpa del médico imbécil. ¡Ya sólo pensaba en extrangular al doctor Baca!

Mi único anhelo, a manera de pesadilla, no cejaba en sentar un precedente, entre los "sabios" de los pueblos de El Salvador y que lo supiera Honduras; después, que viniera por mí la muerte.

Antes de borrarse de mi pupila la sombra escasa que apenas distinguía a un metro de distancia, precisaba dejar oír mi protesta, que hablara por medio de la punta del cuchillo, previamente envenenado.

Así fué que me entregué con pasión a la tarea de construir la trampa en la cual ahogaría en su propia sangre al doctor de marras.

Era tanto el afán desplegado en mi plan diabólico que apenas tenía tiempo de atender a mis necesidades personales. El pensamiento de la venganza, de acabar con el carnicero profesional, me absorbía el día y la noche.

Así como quien teje una tela, así tejía yo noche tras noche la intriga que a manera de cebo atraería al asesino de mi ojo.

Resuelto a jugarme la última carta, llamé a Carrizo, mi hermano. Este, al darse cuenta de mi situación se identificó en un todo con mis propósitos, introduciendo al plan atinadas observaciones.

Ya con mi hermano el primer paso que dimos fue retirar el saldo sobrante que sumaba cuatro mil y pico de colones.

Es sabido, amigo Lecler, que en las tabernas de los barrios bajos siempre se encuentra a "alguien" que por una botella de aguardiente y cien pesos "haga cualquier mandadito." A este detalle agréguele que a falta de organización policíaca aumenta el número de perversos y por consiguiente no es difícil por interpósita mano cometer una fechoría en la seguridad de esclarecer los hechos cuando los protagonistas hayan bajado a la tumba si se anda con suerte en la búsqueda de los autores. Pero en el caso que solamente a mí me intrigaba no quería valerme de nadie, salvo a respaldo de mi hermano como testigo, no como ejecutor. Deseaba personalmente saldar cuentas convencido de que sería el lenitivo que pondría en juicio a mi conciencia desorbitada por la impaciencia de la venganza.

Ceñido a esta idea nos trasladamos a la importante ciudad de San Miguel donde alquilamos una casita, con nombres supuestos, en las orillas de la población, a un vecino de apellido Landaverde, de pésimos antecedentes.

El traslado tenía por objeto colocarnos cerca de la frontera de Honduras, a una jornada larga de nuestro pueblo, Aramecina.

Una vez instalados partió mi hermano de regreso a San Salvador a proponerle al doctor Baca dos mil colones sólo por venir a contenerme una "hemorragia." Mil colones recibiría adelantados y el resto al hacer la cura.

Carrizo me contaba, que desde un principio la esposa se opuso al viaje, repetidas veces lo desanimó haciéndole ver los peligros a que se exponía una persona importante aceptando ser acompañado por un desconocido, tal vez un lépero.

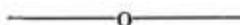
"Se trata del hermano de un buen cliente"—respondía él— ¡No importa que sea un ángel bajado del cielo!—insistía ella.

Por las advertencias de la señora, refería mi hermano, el doctor vaciló muchas veces, diríase que presentía su fin.

Carrizo como último recurso, al ver la actitud de la esposa, mostró a Baca un fajo de billetes. Este elocuente detalle obró el milagro; el doctor violentamente ordenó al sirviente ensillar las bestias y aceptar su pistola.

La esposa al convencerse de la determinación del marido armó al criado con otro revólver.

No existiendo línea férrea de San Salvador a San Miguel, en la primera dormida mi hermano se ganó al mozo regalándole guaro y ofreciéndole ciento cincuenta colones de gratificación por no ir a estorbar en el "trabajito" en gestación y además cinco pesos diarios en la mina de Palo Seco.



—La noche que llegó el médico, amigo Lecler, ¡qué noche más feliz! Clara, un poco ardiente, pero tranquila.

Si el doctor hubiera podido recetar desde el lomo del macho, lo hace, pero por vergüenza o elemental comprensión de sus deberes, se aventuró a entrar sin saludar, luciendo altas botas federicas con un fuate en la mano izquierda.

No podía ocultar su angustia por darme un vistazo y salir corriendo.

Tomó el candil de gas que tenía sobre la mesa y con la luz en alto apenas reparó en la fingida hemorragia.

El doctor Baca era famoso entre el gremio de boticarios por su mala ortografía, excusándose siempre que podía de escribir recetas. Esa noche firmó su sen-

tencia de muerte al recomendar “una boteya de agua boricada.”

Carrizo que nunca puso en duda mi fortaleza y confianza en la trampa, hizo como ir a la botica diciendo antes de ganar la calle: “no se vaya doctor, se lo ruego para que me indique cómo se aplican esos paños, ya regreso.”

Al salir mi hermano, Baca llamó al criado: ¡Bruno!

—Señor, contestó.

—No te muevas de la puerta y ten del fiador la bestia. “Sí señor.”

El sirviente, ya de nuestra parte, se colocó en la puerta del patio con instrucciones de impedir la salida de la *vaca*. Carrizo vigilaba la puerta de la calle mientras yo, estirado en el catre de lona, me hacía el más enfermo, ocultando bajo las sábanas el arma.

Como medida estratégica le hice varias preguntas con voz cansada, mostrándose completamente sordo, revelando algo de espanto en su semblante.

Al verse más o menos solo intentó marcharse, se sentía molesto, impaciente. Temí en aquel instante que fallara el plan ya que no era mi objeto violentar la tragedia; quería gozarla en una escena de confianza, pero comprendiendo su inquietud tuve que retenerlo sacando bajo de la almohada un fajo de billetes y largándole, dije: vaya contando doctor por mientras regresa mi hermano con la medicina.

Colocó el fute sobre el extremo de la mesa, a su

alcance y comenzó a contar: uno, dos, tres, cuatro, etc., gritando al final: ¡faltan quinientos colones!

Con otro fajo me incorporé en el canto del catre; se acercó dos pasos y al extender su brazo lo sentí tan cerca que le eché mano sujetándolo de la solapa y al arrastrarlo contra mi pecho lo degollé con la rapidez del rayo hundiéndole el asador del fogón. No quise matarlo con cuchillo por hacerle más dolorosa la agonía. Fué tan inesperado el ataque que no tuvo más tiempo de decir: por qué me asesinas? "Para salvar a los tontos de los *sabios*."

Al desplomarse rodó largo a largo, respirando por la herida; al oír sus últimos estertores me apiadé de las reses destinadas al rastro.

Así acabó, amigo Lecler, el galeno autorizado para cornear impunemente a gente humilde con sus agudos pitones.

Estático, frente al cadáver, me preguntaba si había procedido mal o bien: aún no sé, espero el juicio de Dios.

Cerramos las puertas con doble candado y montamos bajo aquella luna clarísima.

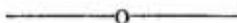
A fin de que Bruno, el criado del fallecido, ignorara mi ceguera, me envolví la cabeza con una tohalla pretextando que el sereno como el sol me perjudicaba. Por eso yo iba adelante, llevando Bruno agarrada del fiador a mi mula; a continuación nos seguía mi hermano quien sujetaba de un lazo dos perros de caza.

El ruido de los cascos provocaron los ladridos de los canes vecinos despertando a una vieja curiosa que al

vernos pasar, murmuró: “vean al ciego, lo llevan como entierro de pobre.”

Al día siguiente como a eso de las dos de la tarde, ya habíamos traspasado la frontera que divide El Salvador con Honduras y nos echamos a dormir bajo un ceibo con la mayor despreocupación.

Una vez descansados y alimentados continuamos paso a paso llegando a Aramecina sin ningún contratiempo.



—Meses después supimos que la policía al reconocer el cadáver ya en estado de putrefacción, lo primero que hizo fué mandar a capturar al dueño de la vivienda. Si bien es cierto que yo era y sigo siendo el principal autor del drama, también estaba en mi conciencia honrada salvar al inocente ya que me encontraba fuera del alcance de la justicia. Al tener conocimiento de la injusticia me dirigí al juez que conocía el hecho, dándole detalles minuciosos y apelando a declaraciones de la viuda para que reforzara mi culpabilidad.

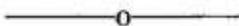
Sí nos movió a risa los comentarios de la prensa. Los escasos periódicos al enterarse del suceso publicaron versiones cual más peregrinas, dividiendo la opinión pública en dos bandos: la prensa servil, insistió en que el crimen era político porque el difunto había encompadrado con el señor Presidente de la República; otros, los macheteros de la letra de molde, de golpe y

porrazo afirmaron que el robo había sido el móvil de la muerte. Posiblemente se llegó a tal conclusión, por haber nosotros despojado al doctor de sus ropas para que el hecho pasara como atraco.

Entre todas las investigaciones sin resultados satisfactorios, nos llamó la atención, el acierto de un peiodiquito de estudiantes, que nadie le dió importancia: “anoche hablando con la tunca Bibiana nos aseguró, que al echar las cartas y preguntar por el asesino del doctor Baca contestó la baraja por medio del caballo de espadas, que el autor era un tuerto que se encontraba fuera del alcance de la policía.”

Como usted comprenderá, señor Lecler, la autoridad de nuestros países casi no discierne. Indudablemente se rieron de la noticia estando muy de acuerdo con la verdad. A mí me intrigó tanto que desde entonces *creo* en las marrullerías del naípe.

De las casuales coincidencias de la cartomancia y de otras cábalas, nacen los grandes mitos que forjan la felicidad de la gente que espera la dicha, sin poner ningún esfuerzo de su parte.



—Antes que el pensamiento se me vaya por alto quiero contarle un final bastante cómico: el criado del doctor ignoraba que yo sólo distinguía el resplandor del sol cuando el día era caluroso, cerciorándose cuando me vió dar tropiezos en el corral de mi ható y andar

a tientas en los corredores. Fué tal el espanto de Bruno, que en secreto reveló a mi hermano que yo posiblemente tenía *pauto* con el diablo, marchándose ese mismo día sin volver a verlo jamás.



—Mis propósitos señor Lecler, de terminar tranquilos los años que me restaban, parecía que se convertirían en realidad al verme completamente instalado en mi casa de campo, pero en este pequeño escenario que llaman mundo nadie vivirá en paz, si no sabe ajustar su vida a los vaivenes que le depara el destino. Cuando no la autoridad, el juez interior que sólo obedece a Aquél que mora en los cielos que cada uno se forja a su manera, nos impone penitencias que en su corte no admite apelaciones. Este castigo principié a sentirlo a los pocos meses del disfrute de mi haber: el cortejo de la muerte seguido de un can rabioso se presentó a las puertas de mi casa mordiendo a Carrizo; en su desesperación quise llevarlo al hospital de San Salvador, centro de caridad, que posiblemente tuviera suero antirrábico, pero él se opuso por el temor de que la justicia por una de esas singulares humoradas despertara de su pereza y codo con codo nos hiciera comparecer ante los tribunales.

La amenaza implacable de la ley sobre nuestras conciencias fué el motivo para que mi único hermano muriera sin asistencia profesional, como un perro —dispense la comparación.

Yo como huyendo no sé de qué, tal vez de mi propia sombra, abandoné todo lo que tenía y me vine a mi rancho a dejarme morir. Han transcurrido los años y todavía me ve con el pie en la tumba, tal vez para ejemplo de los vivientes.”



El ciego al llegar al extremo trágico de su historia, intentó incorporarse, pero sus miembros entumecidos no respondieron; le ayudé a colocarse de pie y apoyado en su garrote, penosamente se dirigió a la puerta; “escrutó” el cielo y dijo con acento cansado:

—Ya amaneció, señor Lecler.

—En verdad, en las crestas de las montañas ya se vislumbra el resplandor de los tenues rayos de la aurora.

Hasta entonces me dí cuenta que lo había escuchado sin interrupción por el espacio de toda la noche.

La leyenda del ciego me interesó tanto, talvez por inexperiencia, que la gocé con gran deleite.

En medio de un silencio religioso monté haciendo miles de conjeturas.

Al agradecerle la feliz noche pasada a su lado, nuevamente me excitó volver a buscar la mina, procurando no demorar a fin de localizar el yacimiento y encontrarlo con alientos que de mucho me serviría.

Se lo prometí y en cuanto regresé a mi casa puse en autos de todo lo ocurrido a mi esposa, quien desde el primer momento condenó la historia influyendo conside-

rablemente a que olvidara el ofrecimiento. “Cuentos de camino, Lecler.” —fué su impresión.

Siempre que le porfiaba la conveniencia de aceptar el regalo del ciego, respondía: “no te engatuses que son confites en el infierno.”

Joven y con medios para vivir holgadamente pronto mi mujer me borró la idea de ser dueño de Palo Seco.



Bueno, señor Lecler,—preguntó el ingeniero Canija— por su acucioso relato se deduce que esa mina es riquísima, valdría la pena de buscarla, por qué no lo hace?

—Precisamente —repuso Lecler— por eso ando tras mi amigo Garvo, para que arriesgue unos pesos en localizarla.

—Díganos con sinceridad: habiendo transcurrido tantos años no considera imposible la empresa?

—Para otros es, y seguirá siendo un laberinto. ¡Pero yo soy el único que puedo dar con el sitio!

El ingeniero Canija, al ver el entusiasmo de Lecler, nuevamente preguntó:

—Por qué habla de esa manera, tan aplomo?

—Para responder a sus dudas, ingeniero, voy a referirles la parte más interesante: hace unos ocho días que vino mi hijo mayor de San Juancito y me contó que habiendo vuelto los rumores a los oídos de una expedición minera de la famosa riqueza, destacaron co-

misión tras comisión de exploradores llevando al frente verdaderos expertos. A estas investigaciones siguieron por espíritu de imitación los güirises del patio. Unos y otros, como en otros tiempos, registraron palmo a palmo los cerros que circundan el pueblo de Cantarranas y después de tareas ingratas regresaron con las cajas destempladas.

No sé, señores, quién aconsejaría a los interesados, como última esperanza, apelar a un centro espiritista. Así lo hicieron llamando el alma del ciego y le ofrecieron noventa misas cantadas si revelaba el lugar donde se halla Palo Seco.

Al presentarse el espíritu del difunto, sospechan ustedes qué respondió?

—No.

(Lecler visiblemente emocionado, avanzó sobre Canija tamborilándose el pecho con el índice):

—¡No busquen esa mina que no la encontrarán, tiene dueño! y ese dueño ¡soy yo!



En momentos de escanciar la última copa se oyó la voz metálica del clarín.

—Qué pasa, Candil?—preguntó Garvo.

—Es el toque de diana en los cuarteles.

—Entonces, cuándo vino usted?

—Parece que ayer, con el sol alto.

—No hay tiempo para otro capítulo. Váyase a dormir y vuelva a la misma hora.



A caballo por la tierra  
de las maravillas



## lluvia de peces

—Buenos días o buenas tardes, Mr. Garvo.

—Muy bien señor Candil, son las doce y segundos, hora del aperitivo. Qué tal ese cuerpo? Cómo amaneció del desvelo?

—No existen desvelos con gratas compañías y bellas narraciones.

—A propósito. Ordenando viejos papeles me encontré con una carta de Mr. Stanley, amigo estimadísimo de Alabama, Estados Unidos, quien estaba muy interesado por saber algo sobre las peculiaridades de Honduras.

Yo contesté detallándole a grandes rasgos lo que juzgué más interesante de los pueblos.

Parece que lo referente a Yoro despertó tanto interés que se lo referiré más adelante.

Entre otras cosas dije que Yoro es un departamento de muchísima importancia, enclavado en el corazón de la república, teniendo por capital la ciudad del mismo nombre.

Sus laboriosos habitantes—agregué—se dedican a la cría de ganado caballar, bovino, mular, cultivo de cereales y banano en gran escala; cortes de maderas y exportación de antimonio. Pero Yoro—concluí—tiene entre los hondureños mucha propaganda, no tanto por su riqueza agrícola o pecuaria, sino por su famosa LLUVIA DE PECES y su SANTO SUBIRANA.

La lluvia es un fenómeno que hace siglos se viene registrando sin que hasta la fecha se hayan averiguado sus causas.

En los suburbios de la ciudad tiene lugar todos los años, el trece de junio.

Por lo regular la fecha es periódica, salvo en casos excepcionales, de llover peces dos veces consecutivas en el lapso de veinticuatro horas, hay tal vez retraso o adelanto de días u horas, pero el suceso es infalible.

En la antigüedad las tribus a este fenómeno le concedieron poca importancia.

Apenas hace un cuarto de siglo que los extranjeros influenciados por los relatos de los nativos han hecho viajes expresos con el propósito de presenciar una de las maravillas más extraordinarias del mundo.

La lluvia de peces en la presente fecha no despierta ninguna novedad. Es tan común, tan familiarizada con la idiosincrasia nacional que los periódicos le conceden reducido espacio.

Hasta aquí mis letras al amigo Stanley sin sospechar que proporcionarían base a una importante decisión en el exterior, como detallaré los pormenores que tengo presentes.

visita  
inesperada

—Tal vez, amigo Candil, por conocer la vida del país en todas sus actividades, una tarde llegó a mi oficina Mr. F. B. Drake acompañado de su bella esposa.

El señor Stanley me recomendaba de manera especial el matrimonio dándome las mejores referencias.

Los nuevos amigos habían leído mi carta en la prensa de Estados Unidos acerca de la lluvia de peces y querían que yo los acompañara en su excursión.

La lluvia se había convertido en tenaz obsesión en la mente de mis recomendados. Con toda persona que se conectaban recogían datos y como llegaran a convencerse de la veracidad del suceso el interés crecía en ellos.

Cuando comprendí que estaban decididos a acometer la empresa traté de probar el temple de la resolución haciéndoles ver las incomodidades del camino.

“Si es preciso Mr. Garvo, —repetían— a pie haremos la travesía.” Su voluntad era inquebrantable; además de la lluvia Mrs. Drake quería ver y tocar las costumbres de nuestros aldeanos.

Como los propósitos no cejaban de atravesar a lomo de mula los departamentos de Tegucigalpa (hoy Morazán), Yoro, Atlántida y salir al importante puerto de La Ceiba a orillas del Atlántico, continué diciéndoles:

—Tendrán que recorrer como ochocientos kilómetros a caballo; el interior del país carece de ferroca-

riles y buenas carreteras. Trenes sólo corren en la pestaña de la costa norte.

A mis argumentos respondía Mrs. Drake:

—¡No importa, Mr. Garvo!

—Ustedes, los americanos del norte, son bastante escrupulosos en materia de higiene. En ninguno de los pueblos\* que visiten encontrarán hoteles, ni retretes, nada de confort.

—¡No importa!— martillaban a un tiempo.

A los ocho días de cambio de impresiones les hice ver que yo no podía abandonar mis tareas por largo tiempo.

—¡No importa, le pagaremos sus gastos y pérdidas!

—No se trata señores de ninguna remuneración, sino de compromisos morales.

—¡No importa, le acompañaremos en su dolor!

—Pero vean...

—No más excusas, Mr. Garvo. Haga el favor de considerar nuestra situación: practicar y estudiar el suficiente español para hacernos entender; hacer gastos y venir de lejos a su tierra sólo para que usted nos diga nó! Será posible?

En presencia de la especial recomendación de Mr. Stanley y argumentos convincentes, resolví acompañarlos.

## preparativos de viaje

—Cuando les dije que nos preparáramos recibí la primera agradable impresión.

Mrs. Drake más previsora había traído de su tierra víveres en conserva; medicinas, armas de caza, tiendas de campaña, un altímetro, lámparas sordas y otras cosas indispensables. Por consejo mío dejamos las pesadas tiendas y compramos tres hamacas, varias docenas de cortes de género para señoras, de colores vivos y baratijas.

Inmediatamente mandamos a buscar tres resistentes mulas de silla y tres de repuesto, además dos para los mozos fuera de seis para la carga. No había tiempo que perder. Estábamos a veinticuatro de mayo y para disfrutar de la lluvia teníamos que llegar a la ciudad de Yoro antes del trece de junio.

A fin de elaborar el itinerario de las dormidas consultamos el mapa oficial y con datos personales trazamos la ruta a seguir.

Es sabido que para ir de Tegucigalpa a Yoro, el camino indicado es el de Río Abajo, recto a Talanga, pero Mrs. Drake insistió desviarnos de cuarenta a cincuenta kilómetros de la ruta principal con la intención de conocer el riquísimo yacimiento en explotación por la Rosario Mining Co.

## día de la partida

—Salimos de la capital el veinticinco de mayo.

Por la mañana, bastante fría, montamos en el patio del Hotel Salinas desembocando en el callejón que va a morir a los muros de la iglesia Parroquial y comenzamos a recorrer tierra.

A mil metros del hotel ascendíamos las faldas del Picacho, cerro de tres mil quinientos pies de altura sobre el nivel del mar.

El camino para llegar al mineral es muy accidentado; pocos se atreven a andar en auto por lo peligroso. Las pendientes son tan precipitadas que los frenos ni el timón responden cuando el carro es de mala marca yendo pasajeros y chofer a parar al fondo del abismo.

Al ganar la cima encontramos la primera partida de mulas cargadas de barras de plata y oro que iban con destino a San Lorenzo, puerto menor del Pacífico, lugar de embarque para Estados Unidos pasando por la aduana de Amapala.

Nos encontrábamos a una altura tan elevada que a simple vista divisamos los volcanes de El Salvador y parte de la serranía de Nicaragua, repúblicas vecinas.

Todo era alegría bajo la frescura de los pinos y robledales.

Al pasar por la aldea de El Hatillo, Mrs. Drake aun no le había perdido el temorcito a la mula recién domada. Temerosa mostraba mucha preocupación al paso del animal por el filo de los despeñaderos.

Unos niños que jugaban taba, al reparar gritaron: ¡Miren la gringa, agarrándose del almuerzo!

Mrs. Drake me preguntó el significado de la burla. Yo le contesté que la frase no podía tomarse como burla, sino de expresión corriente que se emplea cuando una persona no tiene costumbre de montar y se agarra desesperadamente del pico o de la grupa de la montura.

Adelante de El Hatillo, ya para entrar en la espesura del bosque, íbamos silenciosos, uno tras otro.

Al acercarnos al alero de una choza, de manera repentina dijo una lora: ¡Adiós, señores!

Habló en forma tan clara que Mr. Drake y señora saliendo bruscamente de sus meditaciones arrendaron sus mulas sobre la mía y con el asombro pintado en sus caras, preguntaron:

—Mr. Garvo, quién habló?

—La lora.

El matrimonio se consultó con mirada dudosa. A continuación expliqué la costumbre de la gente del campo, de saludar a todas las personas que encuentran en las carreteras o simplemente que las vean paradas en sus puertas. Posiblemente por la choza de la lora desfilan miles de arrieros y demás viajeros dejando oír el tradicional “¡Adiós, señores!”; saludo que el animalito de tanto oírlo lo repite en forma clara, con dicción.

Explanando los comentarios, agregué: no sólo las loras y loros aprenden muchas palabras del español, inglés o cualquier otro idioma, también otra ave que

los nativos llaman *cerequeque*, de color negro azulado, un poco más grande que los loros.

Siendo el *cerequeque* un animalito inteligente y travieso, me enfrasqué de tal manera en pormenores que sin darnos cuenta llegamos al corazón de la selva sorprendiéndonos el canto del *clarín de la montaña*, pajarillo como de seis y medio centímetros, de color inapreciable por la distancia, destacándose apenas en la frente un puntito rojo y en el pecho otro puntito de amarillo encendido.

La persona que nunca ha oído el clarín de la montaña no sabe de una divina sinfonía. El pajarillo canta en la punta de los árboles que se alzan en los desfilaros. Sus voces tienen la riqueza embriagadora de la flauta tocada con pico de ocarina, de un chorro de notas altas combinadas con las bajas en consonancia de su natural melodía de registros impecables.

Se le llama clarín por el hecho que, al dar las notas más agudas, se oyen perfectamente de uno a tres kilómetros, según la elevación que ocupe.

Mientras seguíamos la ruta de nuestra jornada, los clarines no se cansaban de darnos la bienvenida con la dulzura de sus acentos.

Así, bajo esta música celestial, divisamos las primeras casas de la Rosario.

El viajero que por primera vez visita este mineral y pasea la mirada por los planteles y oficinas de la compañía, llegará a la conclusión de que solamente el capital y espíritu batallador del gringo pudo haber he-

cho de estos temibles farallones un sitio de trabajo y holgura.

Los talleres levantados en los picos de los cerros parecen atalayas que vigilan el espacio.

En este lugar vive una vida patriarcal una selecta colonia de norteamericanos. Digo selecta por tratarse únicamente de profesionales y expertos, quienes no tienen más distracción que el trabajo y el club, pero sí, con magníficos sueldos, y confort que les es peculiar.

Al desmontar frente al hotel tuvimos la suerte de toparnos con el gerente, quien de manera gentil atendió a Mr. Drake y señora. Mrs. Drake, al ver a sus compatriotas acompañados de sus mujeres y niños, se puso contentísima, al extremo de permanecer en el mineral más del tiempo fijado en el itinerario.

Por la noche, bailes o veladas improvisadas, y por el día, viajes al interior de la mina en pequeñas locomotoras eléctricas.

Al cuarto día, después de tomar rico café, por la mañana sumamente fría y de formular de parte del gerente los mejores votos por el éxito del viaje, montamos.

## la etapa en firme

--Esta segunda jornada la consideramos como la etapa decisiva hacia la finalidad de la tarea que nos habíamos impuesto: llegar al fin de la ruta.

Los veinticinco kilómetros recorridos no era más que el prólogo de la aventura. Teníamos por delante las mayores escabrosidades.

Al partir del plantel de la Rosario no encontramos cien metros de terreno plano. Todo se reducía a varios kilómetros de bajadas y otros tantos de subidas.

El camino nos daba la impresión de una gigantesca tempestad de olas petrificadas, tal el océano de piedras y desfiladeros de canteras.

Rendidos y maltrechos, nos detuvimos a descansar en Cantarranas.

Es muy natural entre las personas que no tienen costumbre de montar a caballo, resistir con estoicismo el primer día el trote de la bestia, pero ya el segundo; el dolor en las coyunturas y extremidades se vuelve irresistible. Se requiere por lo menos cabalgar tres o cuatro jornadas sin interrupción para "aclimatar" el cuerpo al paso de la mula.

Tanto Mr. Drake como su esposa; al segundo día, al recorrer diez o más kilómetros, se desmontaban para andar a pie unas dos millas, a fin de conseguir desentumecerse las piernas. Por este motivo nos detuvimos en Cantarranas.

El alcalde del pueblo, un indio muy risueño, al columbrarnos en el centro de la plaza se dirigió a Mr. Drake a saludarlo y a ponerse a su disposición, ofreciéndole mulas de repuesto si necesitaba.

Mr. Drake, al estimar en su valor la atención, le preguntó por algunas peculiaridades de los vecinos. El alcalde al complacer la pregunta con una serie de

detalles, hizo hincapié para que Mr. Drake se interesara en la búsqueda de la fantástica mina de Palo Seco, que según él, se encontraba a lo más quince kilómetros a la redonda.

Al despedirnos de la primera autoridad civil, notamos que nos había rodeado un grupo como de cincuenta personas, quienes se mostraban muy contentas, en la creencia que traíamos entre manos algún negocio para explotarlo en el pueblo.

Ese día fuimos a dormir a La Labranza, rica hacienda de un acaudalado criollo.

En Honduras, las casas de las haciendas de los ricos tienen por lo común cuatro amplios corredores con el fin de instalar algunos talleres y dar alojamiento bajo los aleros a los muchos transeúntes que solicitan hospedaje.

Son pesadas construcciones del tiempo de la colonia, con tejas rojas de barro cocido, descansando la espaciosa armazón sobre gruesos pilares de caoba o guayacán; de estas columnas se amarran las hamacas para dormir o simplemente reposar.

Es costumbre de los propietarios de las grandes haciendas vivir en la capital y visitar sus casas de campo una vez al año, cuando son amantes del trabajo, dejando encargada la administración a un mayordomo que en realidad es el que disfruta de los beneficios.

El mayordomo, pues, al ver que se trataba de dos extranjeros, no permitió que durmieran en los corredores; inmediatamente preparó la pieza reservada al

patrón, cediéndole a Mrs. Drake un hermoso cuero de tigre y a nosotros vaquetas (cuero curtido de vaquilla).

Mrs. Drake extendió el cuero sobre una ancha mesa, arreglándolo artísticamente con sus cojines y sábanas. Una vez preparada la cama se acostó como en actitud de dormir, preguntando con algo de coquetería:

—Qué tal, Mr. Garvo?

—¡Oh, parece la misma reina de Saba!

Minutos después vino la hija del cuidador a avisarnos que la cena estaba servida.

El menú consistía en carne asada de mapachín, guacamole de huevos duros revueltos con aguacate, frijoles fritos en mantequilla, ensalada de tomate, quesillo dentro de la tortilla caliente, dulce de papaya y café.

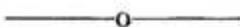
En momentos de acostarnos, Mrs. Drake varias veces estornudó a causa de un olorcillo penetrante, algo parecido a la ruda mezclada con álcali.

Por curiosidad se asomó a la puerta del corredor y vió que los mozos oscilando en sus hamacas, sin camisas, se untaban algo que no distinguía; al preguntarles qué cosa les pasaba, supo que se restregaban hojas de *citronela* para ahuyentar las pulgas y zancudos. Según los mozos, las semillas de la misma planta puestas a hervir sueltan una sustancia aceitosa, infalible para matar piojos, moscas, avispas, chapulín, comején y toda clase de insectos.

La citronela es un árbol pariente muy cercano del eucalipto, tronco liso, frondoso en los climas sumamente frescos, como en La Montañita, al este de Tegucigalpa; las hojas son largas, en forma de lanza, lustrosas

por la cara principal y cenizas por el reverso. Las semillas medio café, son del tamaño de la pimienta común.

Con el cansancio en las extremidades y el sueño en las pestañas, anoté los detalles en la esperanza que a otros sirva el poderoso flit.



—A la mañana siguiente, Mrs. Drake quiso pagar la cuenta de la comida y dormida, negándose el mayordomo a recibir un centavo, sintiéndose más bien molesto, ofendido. Y como Mrs. Drake no comprendiera la actitud del hombre, le expliqué que en todas las haciendas ricas de Honduras o simples ranchos de gente pobre, nunca cobran un servicio de tal naturaleza, máxime tratándose de gringos, en quienes ven los hijos del país millonarios que andan buscando oportunidades para invertir capital.

Que era costumbre entre pasajeros pudientes hacer un regalo a dueños o encargados de la casa.

Así fué que Mrs. Drake dispuso obsequiar al mayordomo una botella de whisky, y a la esposa e hija un par de cortes de zaraza.

Las mujeres, al desenvolver los géneros, se mostraron radiosas de alegría, no encontrando suficientes palabras para testimoniar sus agradecimientos.

Los mozos con las cargas habían salido a las cinco de la mañana.

Siendo el país sumamente montañoso, es aconsejable mandar con anticipación la impedimenta por lo

despacio que caminan las mulas, logrando de este modo llegar a un mismo tiempo con los sirvientes al sitio previamente convenido.

Montamos alegres y confiados.

Honduras es una república tranquila que se puede recorrer sin compañía, sin temores de atracos. Cuando desgraciadamente sucede una fechoría, los autores casi siempre son reos prófugos de los vecinos Estados.

Aquí, siendo la naturaleza tan pródiga, no existen mayores problemas para el campesino. El aldeano pasa contento con saber que en su granero guarda de la última cosecha frijoles y maíz, arroz y café. La leche, el queso y mantequilla, no constituyen ningún problema; por muy pobre que sea, no le falta la vaca y sus gallinas. La carne de animales silvestres como ser de venado, jagüilla, conejo, pavos, etc., la tiene a la mano, cazando en trampas si carece de escopeta. Solamente la carne de res importa en sitios muy poblados, de cinco a diez centavos libra.

Además, el agricultor en general, posee su huerta de plátanos y árboles frutales. No sabe de inocentes diversiones como el cine ni de lujos inmoderados por ser desconocidos en la aldea. Vive satisfecho con lo que la naturaleza le proporciona.

A la tranquilidad, pues, que reina en los campos, se atienden los patronos para viajar sin guarda espaldas, solos. La compañía del mozo en ciertos casos se necesita para cruzar encrucijadas, donde el tigre es señor

y amo o se da de narices con una manada de coyotes rabiosos.



—En medio de robledales y bellas palmeras, nos fuimos internando hasta llegar a Talanga, pueblo antiquísimo de costumbres sencillas. Aquí el principal patrimonio es la caña de azúcar. La tierra es tan pródiga que solamente se siembra una vez y si la finca es bien atendida, el dueño muere sin haberla resembrado, haciendo el corte cada semestre o año, según el invierno. Pasada la zafra, vuelven los retoños con su verde esmeralda a poblar los campos y en el tiempo oportuno continúa la cosecha fabricando raspadura y pilones de azúcar.

Talanga forma parte importante del granero que surte Tegucigalpa. Por lo menos, el veinticinco por ciento de raspadura que consume la capital lo produce este pueblo, fuera de los cargamentos de maíz, frijoles, tabaco de buena clase, frutas y otros comestibles.

El comercio es activo; no vimos gente ociosa, todo el mundo se dedica a alguna actividad.

Me hizo gracia ver a un negrito que pasaba a lo largo cargando un canasto de chorizos. Mrs. Drake, al verlo, lo llamó: “come my boy, come my boy!”

El choricero, sorprendido con el metal de la extraña lengua, peló los ojos y a pasos largos continuó indiferente... Entonces la gringa le lanzó una interjección: “¡Oh... black donkey!”

Intervine diciendo que los negros del interior eran mis paisanos, que no entendían la lengua de Walter Whitman, que únicamente hablan el inglés los caribes de las Islas de la Bahía, aprendido de los esclavos que poblaron este importante departamento en la época que el Imperio Británico, valido de su poderío se adueñó por muchos años del bello archipiélago.

Indudablemente, el negro de Yoro y de Olancho, tienen un tanto por ciento de sangre de los africanos que vivían en la costa norte de Nicaragua y pasaron por La Mosquitia a estos pueblos en busca de libertad.

También debe reconocerse que el negro del interior es de viva inteligencia, de labios finos, nariz recta, cabeza bien conformada, pelo liso; en fin, presume de galán por su cuerpo espigado y risa blanca de marfil.



—Mr. Drake dispuso servir el almuerzo bajo un árbol y comer algunas pastas en conserva y frutas del país.

Compramos un cesto de naranjas, marañones, anonas y zapotes. Como postre una buena taza de café con rosquilla de cuajada.

Mientras nos banqueteábamos, varios chiquillos nos circularon; les regalamos galletas y otras golosinas, pero ellos rechazaron el obsequio. “Cosa extraña—comentaron los amigos—debe ser el espíritu de cu-

riosidad quien los ha traído aquí.” Pero no, al arrojar las latas vacías se precipitaron a recogerlas y entonces nos preguntaron si teníamos más desocupadas.

—¿Para qué las quieren? — los interrogó Mrs. Drake.

—Para hacer carretillas.

—Carretillas?

—Sí, juguetes.

—¡Pobres niños!—dijo—ordenando a uno de los mozos vaciar latas de mortadela y salmón y entregar-selas.

En esos momentos había que ver la cara de satisfacción de Mrs. Drake, al ver a los chicos salir corriendo, gozosos, apretando su dicha entre las manos.

—Unico país que en los campos no se encuentran mendigos.

—La razón es muy clara, Mrs. Drake; los fáciles medios de vida, abundancia de árboles frutales silvestres, la caza, la pesca y otras cosas esenciales al alcance de la mano y sobre todo, la costumbre de los aldeanos de dar de comer a toda persona que los visite o les pida hospedaje, más otras prodigalidades de la naturaleza han desterrado la mendicidad. Suprimiendo el hambre desaparece el pordiosero. Tal vez un pobre trabajador pide un calzón usado, pero nunca un pan porque lo tiene siempre en su casa.

Después de medio día ensillamos con un sol abrasador. A medio caminar entre laberintos de pinos y canto monótono de las chicharras, oímos con sorpresa

algo así como el toque del gong que precede a la muerte de los salvajes.

Entre más avanzábamos, más cerca se dejaba oír el siniestro pon...pon pon...pon...pon pon...

Alarmados, nos detuvimos y preguntamos a unos arrieros sobre el extraño ruido. Con risa burlona contestaron: "No se asusten, es música de cuero."

Confieso que no entendí y menos pude explicar qué era eso de música de cuero.

Seguimos en actitud de observación. Minutos después apareció un viejo cacique agitando una pequeña campanilla seguido de un indio golpeando con un mazo un extraño bombo, forma de barril sin fondo, forrado por una sola boca con cuero de león; tras ellos otros indios cargaban en hombros al Señor de Esquipulas. Recorrían los caseríos y pueblos pidiendo limosna para celebrar la función tradicional.

Repuestos del susto, les dimos unas monedas y continuamos la marcha, llegando a El Guante, poniéndose el sol.

En momentos de nuestro arribo, dos campesinos daban muerte a un novillo joven y todavía el cuerpo de la res caliente, le hicieron un agujero bajo la cola. Después, haciendo uso de una bomba de bicicleta, le introdujeron el tubito metálico en el agujero y comenzaron a echarle aire, como quien infla neumáticos.

En seguida voltearon la res haciéndole otro orificio a la misma altura y echáronle más viento.

Mr. Drake preguntó qué significaba la operación. Ellos explicaron que el novillo de color amarillo es de

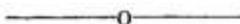
lo más resistente para fabricar pealeras y que para lograr desprender el cuero sin lastimarlo optaban por desollarlo, empleando el procedimiento del aire, preferible a rajarlo de punta a punta con el cuchillo.

—En qué consiste el cuero amarillo?

—En la calidad del pasto.

En la casita donde nos hospedamos, pequeña, pero limpia, a la hora de la cena nos sirvieron tres hermosos guapotes (pescado de carne exquisita); camarones de agua dulce, carne de venado, mantequilla rala con plátano horneado, ensalada de patata, té de zacate de limón con leche y jalea de membrillo.

Por la noche, un indio muy bien peinado con vaselina y lavado los pies, al compás del acordeón, dejó oír una tonada en honor de Mrs. Drake. Al final de una de tantas canciones, le decía que era la “estrella de la tarde, sol que nunca se apaga.”



—Al cantar los gallos se marcharon los mozos. Nosotros despertamos cuando ya la claridad invadía los montes.

Abandonamos El Guante, dejando tras nosotros, una nube de polvo. El sol implacable nos picoteaba las espaldas.

Los indios que encontrábamos arreando sus burros o bueyes se quejaban de la falta de agua; el invierno no tenía prisa de aparecer.

Aunque el sol era abrasador lo sentíamos de trecho en trecho, debido a la abundancia de pinares y mazaña de la selva. Ibamos callados cuando de pronto voces extrañas nos sacaron del silencio; se oían fragmentos de algo así como un discurso dicho a distancia.

En un recodo del camino dimos de narices con el "maistrito" del caserío que explicaba a sus alumnos: "Esa ave que ustedes ven, sirve de barómetro y se consulta para la siembra de granos; es nuestra estación meteorológica: se llama Juan Cao. Cuando Cao se para en un tronco seco es seguro que el verano se prolonga; pero si deja oír su voz desde una rama verde, el invierno se acerca."

Don Juan Cao, con su parecido al gavilán y su postura militar, nos fué un personaje simpático, mereciendo los honores de una foto.

En El Guante oímos hablar de El Hervidero y sus fantásticas curaciones. Sin pensarlo mucho, nos desviamos de la ruta, llegando a San Ignacio, lugar donde se encuentra la fuente encantada.

San Ignacio, como varias aldeas del país, a lo lejos nos dió la impresión de un brochazo alegre entre la monotonía del pinar.

No son cien, suman a miles las personas que deben su restablecimiento a las aguas termales.

Efectivamente, en nuestra breve estancia constatamos que la cama de la fuente, donde se bañan los pacientes, es de piedra calcárea, conteniendo azufre y sales medicinales, bastante recomendadas para las enfermedades de la piel.

Los reumáticos, o gente extremadamente nerviosa, son los que más se bañan y más se curan. Al retornar a sus casas completamente restablecidos, se hincan bajo el límpido cielo a dar gracias a Dios, echándole bendiciones a las aguas milagrosas de El Hervidero.

Pero lo que más nos llamó la atención, fué ver a unas indias que se aproximaron dando voces fuertes, haciendo ruido infernal. El agua, como enojada, inmediatamente comenzó a agitarse, a entrar en ebullición al extremo de correr el peligro de quemarse los dedos si alguien hubiera intentado meter la mano.

Al notar las indias que el agua hervía, bajaron las voces y echaron unos tamales de maíz con carne de cerdo, envueltos en hojas de mata de plátano. A los pocos minutos el almuerzo estaba cocinado, servido y comido.

Retrocedimos sobre Cedros, primera población de mayor volumen y número de habitantes a nuestros ojos.

En Cedros, a diferencia de Talanga, se vive una paz conventual. En sus calles y casas aún se respira el incienso de la tradición, todo es quietud, invitación al recogimiento a la sombra de los naranjos en flor.

Mientras las mujeres iban a la iglesia, los hombres, en las puertas de sus casas, cargaban sus bestias con los granos destinados a la venta en el mercado de la capital.

Después de haber comido unos sonzapotes y mangos de buena clase que nos regalara el "doctor" Chirimoya, fuimos a hacer alto al caserío El Terrero, encontrando a los mozos bastante afligidos por nuestra

tardanza y sobre todo, por haber rodado una de las mulas con Serapio, el más viejo de los sirvientés.

Mr. Drake, al enterarse de los golpes recibidos por Serapio, inmediatamente dispuso que un correo especial, contratado en la aldea, llevara del fiador la mula del enfermo y marchara a Cedros, a consultar con el "doctor" Chirimoya.

Debido al contratiempo esperamos tres días el diagnóstico del galeno que dichosamente no fué alarmante.

El tiempo lo pasamos en El Terrero, muy distraídos, pescando con atarrayas de hilo, hechas por los mismos indios. También tirando, siendo abundantísima la caza. Las mañanas claras nos gustaba contemplar las incesantes bandadas de guacamayas, pericos y loros que poblaban el cielo de la aldea.

La última noche que dormimos en el caserío, presenciábamos una curación médica que la tuvimos por maravillosa dadas las circunstancias. Un niño, como de ocho años, hijo del dueño de la posada, se despertó dando gritos de un fuerte dolor de oídos. Mrs. Drake, preocupada, ofreció mentol a la madre, pero ésta lo rechazó, diciendo que mejor le hiciéramos el favor de regalarle un periódico.

No sé por qué razón, Mr. Drake cargaba un número de "New York Herald," que inmediatamente pasó a manos de la madre del niño. Entonces la mujer, con una hoja del diario, fabricó un fenomenal cartucho, dándole la forma de bocina de gramófono. cortando con los dientes la punta aguda y colocando este extremo en el oído enfermo; después, con un fós-

foro, prendió la gran trompeta de papel y cuando el fuego casi lamía la cara del niño, apagó la llama envolviéndole toda la cabeza con una tohal'a de manos.

Posiblemente, el remedio es infalible porque la criatura no volvió a quejarse, antes bien, durmió tranquila.

### a mitad del camino

—Una vez que regresó de Cedros el sirviente especial que mandara Mr. Drake al cuidado de Serapio y recibir segunda carta de Chirimóya, asegurando que perdiera cuidado, que podía continuar tranquilo, proseguimos a todo galope hasta ir a parar muy temprano frente al Río Síale.

Este río, en tiempos de invierno, es peligroso por su anchura e impetuosidad de la corriente, no pudiendo muchas veces, atravesarlo en canoa por lo expuesto de morir triturado al chocar con los árboles que con todo y raíces arrastra.

La pesca es abundantísima. Las garzas, blancas y morenas, pueb'an las orillas, pareciendo en algunos trechos sábanas blancas ribeteadas con el dibujo standard de las patas.

Los gritos de los monos ensordecen el espacio y las ardillas, acostumbradas a ver pasar viajeros, corren hasta debajo de la panza de las mulas.

El sol siempre ardoroso, nos sofocaba en los claros del bosque, viéndonos en el caso de sestar en el simpático pueblecito de Marale.

En este lugar nos refrescamos, tomando chicha de piña, motate y panela, bebida deliciosa, como no hay otra en el mundo. El lector que dude, puede fabricarla, en la seguridad de darnos la razón.

El cura nos ofreció, a manera de regalo de dioses, tortilla caliente de maíz con *sute*, más conocido por mantequilla vegetal.

El *sute* es de la familia del aguacate, con la diferencia del contenido; en éste, la carne es blanda; aquél, pura mantequilla rala, de cáscara áspera, igual a la lija.

Para comer el *sute*, con un cuchillo se le hace una incisión y al instante chorrea la mantequilla, más sabrosa que la de vaca.

La maestra de escuela, una hermosa india con caites nuevos, se cargaba en carnes, por lo menos, unas doscientas libras de peso; vino a saludar a Mrs. Drake, trayéndole un canasto de extraordinarias orquídeas silvestres. En Estados Unidos, tal regalo importa unos quinientos dólares; aquí nadie da un centavo por ellas.

Mrs. Drake, entusiasmada por las bellas flores, obsequió a la maestra cuatro cortes de zaraza, a fin de que le alcanzara para un traje, dado el volumen del cuerpo.

Al siguiente día pernoctamos en Sulaco, pueblo importante que se encuentra en una de las extremida-

des del valle del mismo nombre, de diez y seis kilómetros de largo por seis de ancho.

Sulaco es una voz indígena que significa “en la tierra de codornices.”

Aquí los vecinos ya tenían noticias de nuestra llegada. El comandante local y otras personas de la manera más afectuosa nos recibieron.

Nos alojamos en una amplia pieza del cabildo municipal.

Una vez colgadas nuestras hamacas, el comandante preguntó a Mr. Drake si andaba en busca de minas.

No!—se adelantó Mrs. Drake—vamos a Yoro a ver la lluvia de peces.

Con el asombro inespadero y la voz burlona, dijo el funcionario:

“Señores, parece mentira, que ustedes se molesten sólo por venir a ver tonterías...”

Para usted — remachó Mrs. Drake — no tendrá ninguna importancia; para la gente estudiosa sí la tiene. Comprende?

No queriendo alargar el diálogo y orillar resquemores, invité a los presentes mostrarnos los famosos terneros cascos de burro, fruto de algún cruce híbrido.

Se nos dijo que los únicos ejemplares del departamento se encontraban en las inmediaciones de la ciudad de Yoro, sin agregarnos otra explicación.

En cambio, nos mostraron una famosa planta, que con orgullo enseñan al viajero acucioso. Se trata de una convolvulácea llamada *mechoacán*.

Se encuentra en abundancia y sirve para curar

las manchas de la piel, no de las comunes, sino manchas producidas por la enfermedad conocida por *cativí* o *bienteveo*.

Esta planta, cuando es aplicada por indios los resultados son satisfactorios, según explicaron. Parece que los nativos por tradición conocen los secretos del tratamiento y así lo van heredando a las generaciones del porvenir.

Observamos que a medida obscurecía una gran tristeza se iba apoderando de las viviendas, tal vez por falta de luz eléctrica, irradiando de las casas de los acomodados lucesitas de candelas de esperma y en las chozas de los más pobres el hermano *ocote*.

Frente a nuestra residencia los indios prendieron una gran hoguera, como lo acostumbran en los campamentos donde asola el tigre. En estas remotidades, extraviadas de la civilización, sus moradores se divierten con el baile o el canto a su manera, ya que no tienen otro profesor que la misma naturaleza.

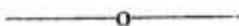
Por la noche, un indio galante, acompañado de guitarra, cantó varias tonadas, dedicadas a Mrs. Drake. Entre sus canciones, recuerdo:

“Hasta las piedras del monte  
tienen su separación . . .  
Unas sirven para cercas  
y otras para tropezón . . .”

“Un chivo pegó un reparo  
y en el aire se quedó. . .  
Hay chivos que tienen madre,  
pero éste, ni madre tuvo. . .”

A Mrs. Drake le causó mucha risa las últimas estrofas, que concluían:

“Chivo que rompe tambor  
lo paga con su pellejo. . .”



—Al siguiente día, una plática del director de escuela nos interesó tanto, que salimos muy tarde del pueblo. El profesor nos facilitó amplia información sobre la tribu Xicaques que desde antes de la venida de los conquistadores radica en la montaña de La Flor, cerca de Sulaco, conservando su lengua y costumbres.

Montamos, pues, ya con el sol, deleitándonos con la serie de sorpresas de variados paisajes, yendo a pasar la noche a Luquigüe, pueblo de indios. Notamos no sentirnos rendidos, lo accidentado del terreno tendía a desaparecer.

El alcalde auxiliar, un indio descalzo, luciendo la más extraña de las “camisas,” y empuñando su bastón

encintado, distintivo de su autoridad, puso a nuestra disposición varios sirvientes para que nuestros mozos no se molestaran empotrando las mulas y también para asearnos la pieza donde colgaríamos las hamacas.

Mientras preparaban la cena el alcalde nos invitó a conocer la iglesia católica, deferencia poco acostumbrada con extranjeros.

El templo se considera como uno de los primeros construídos en América.

Cuenta la tradición que un grupo de españoles, de los que acompañaron a Hernán Cortés, en 1525, en su venida a Honduras, del lugar llamado Puerto Caballos, hoy Puerto Cortés, ese grupo de tres ibéricos se desprendió del grueso del ejército, internándose en el país y después de mil penalidades, lograron establecerse en Luquigüe.

Casi todo el ornamento era de oro cuando lo visitamos: cálices, incensarios, vasos, platillos sagrados, etc., lo mismo que centenares de "milagros" colocados a los pies del Señor de Luquigüe.

Se trata de un tesoro tan valioso, que los indios apenas olfatean rumores de revolución, o cualquier otro "peligro" del clero, recogen las joyas y las ocultan en cuevas de lo más abrupto de la montaña y hacen dormir tanto en el templo como en la selva, guardia perfectamente armada.

Solamente una corona y custodia incrustada de piedras preciosas sacaría de pobres a los mismos vecinos.

El templo, por fuera, no revela gusto arquitectónico: su riqueza está en los cuadros antiguos y objetos de oro macizo.

Indudablemente, el tesoro tiene dos valores: el intrínseco y el histórico. Mr. Drake antes de marcharnos, de manera diplomática, me dijo en presencia del auxiliar:

—Usted, Mr. Garvo, que entiende de literatura, le recomiendo escribir un libro titulado “La Camisa del señor Alcalde.”

Comprendí su curiosidad. Se trataba de una extraña prenda de vestir, de tela parecida al brin de maguey, costurada a mano con fibras de junco teñido de colores vivos, dejando ver a través de pequeños agujeros, la piel bronceada del indio.

El alcalde, indio marrullero y comprensivo, refirió gustoso— a una prudente insinuación— que la tela de su camisa era sacada de un palo llamado *Une*, mediante un sencillo procedimiento. Se principia por seleccionar el árbol más grueso, cortándole una parte de la corteza que mida por lo menos un metro y medio de alto por toda la redondez. Una vez desprendida se sumerge varios días en la corriente del río. La acción del agua, limpia la corteza de impurezas, dejando en sustancia una tela gruesa, con agujeritos del tamaño de la punta del alfiler, semejante al cañamazo, pero más duradera y resistente.

La tribu de xicaques o cualquiera de los vecinos pobres, a falta de géneros de algodón, suplen sus necesidades con las telas que ofrece la selva.

Satisfechos de la explicación tomamos una copa de whisky con agua de coco y dijimos adiós a los mansos indios, llevando inf'adas las alforjas de naranjas muy dulces y plátanos caribes de carne rosada.

A Mr. Drake le sorprendió que por primera vez, sin lugar a dudas, trotáramos sobre terreno plano y tuviéramos por delante amplísimo horizonte.

Podíamos ver a muchos kilómetros a la distancia sin ningún estorbo por de'ante. Allá, en la raya del horizonte, distinguimos el pico de Ayapa, imponente atalaya del Valle de Yoro.

En la llanura a cada kilómetro, nos deteníamos a charlar con los dueños de pintorescos bohíos, llamando nuestra atención sus variados cultivos, cría de ganado caballar y bovino; procreación de palomas, parecidas a las mensajeras, merecen especial preferencia, lo mismo que gallinas de monte, preciosa ave, digna de figurar en el patio de una princesa por su finura en el porte y plumajè, de belleza aristocrática.

En un ranchito coqueto, un indio al lado de su mujer, nos hizo la siguiente advertencia: "lleven listas las pistolas, a fin de espantar una partida de dos o tres mil jagüillas (jabalí) que anda olfateando por estos alrededores."

Los gruñidos de una partida de tres mil jagüillas se oyen por lo menos a uno y medio kilómetro, distancia suficiente para ponerse a salvo.

El indio, para librarse de una muerte segura cuando se topa de improviso con una pequeña partida, se sube a los árboles gruesos. Si desgraciadamente no

encuentra a su alcance palos robustos y se encarama en un varejón, los cerdos roen el pie del tronco con los filosos colmillos, viniéndose al suelo con su propio peso.

Andando montado el asunto cambia de especie si se es buen jinete y el terreno es plano; se hincan las espuelas en los ijares, saliendo en loca carrera.

Unicamente llevando revólver o escopeta las dificultades se simplifican: al divisar las jagüillas se hacen varios disparos al aire, teniendo el cuidado de no ir a herir a ninguna porque entonces el encuentro se torna en batalla, al montar en furia salvaje persiguen sin tregua o sitian al adversario.

Bastan las simples detonaciones para que huyan.

Dichosamente, en nuestro camino sólo encontramos el rastro de las pisadas y destrozos causado a su paso.

Soplaba un viento fresco y la alfombra del césped se extendía por kilómetros, perspectiva muy grata al espíritu en este país esencialmente montañoso.

El intenso trajín de los indios y otros indicios nos anunciaban que nos acercábamos a uno de los finales de la jornada.

Veíamos con fruición, algo abstraídos, uno de los más bellos celajes, teniendo por marco un cielo limpio. De repente, Mrs. Drake, gritó llena de alegría: ¡Miren, las torres de la iglesia!

Efectivamente, habíamos llegado a las puertas de la ciudad, bajo un espléndido atardecer, de maravillosos matices, de vivos colores que sólo la paleta de Dios puede pintar.

## arribo a yoro

—Después de doce días a caballo por la tierra de las maravillas, ingresamos a la ciudad que lleva el mismo nombre del departamento.

Entramos por la Calle de Santiago, haciendo mucho ruido las bestias con las herraduras sobre el empedrado, despertando natural curiosidad, no tanto por tratarse de extanjeros y un compatriota, sino por la atención que mereció el modo de montar de Mrs. Drake.

En este lugar no es costumbre que las mujeres apreciables monten a la “americana,” es decir, a horcajadas como los hombres. Si a una señorita del país la vieran cabalgar al estilo de las gringas, el escándalo no se haría esperar viniendo en seguida la descomunión del cura y el reproche de las puritanas.

Aquí el sexo femenino monta como sus antepasadas, trescientos años ha, en galápagos español de un solo estribo y con enaguas sumamente largas para que los hombres no le vean las pantorrillas a las muchachas.

Los habitantes—ampliamente corteses—se disputaban el honor de hospedarnos, al extremo de no atinar con quién quedarnos, tal los generosos ofrecimientos.

Al fin, entre bromas y sonrisas, prometimos permanecer el primer día en una casa; el segundo, en otra y así los subsiguientes.

Al echarle una ojeada al calendario, supimos que estábamos a siete de junio, faltando cinco días para la

llegada del maravilloso trece, tiempo más que suficiente para reponernos de las fatigas y conocer las peculiaridades de los vecinos.

El ocho, en cuanto desayunamos, lo primero que hicimos fué visitar la iglesia del Apóstol Santiago por el hecho de encontrarse enterrados bajo sus naves los despojos del Santo Subirana.

Así como los grandes estadistas o simplemente gente civilizada al arribar a Londres o París van en peregrinación a coronar la tumba del Soldado Desconocido, en la ciudad de Yoro, es cuestión de educación, cortesía o lo que usted quiera llamar, para todo extranjero, crea o no en Dios, visitar la tumba del Santo Misionero.

Previendo esta costumbre, ya la noche anterior, habíamos encargado hermosos ramos de flores de color tinto y canario, que con respetuosa devoción colocamos sobre el sarcófago que guarda las veneradas cenizas.

La obra realizada por el Santo Subirana es vasta, constructiva; se requieren volúmenes tras volúmenes para que sirvan de pedestal al mármol glorioso que está reclamando su labor evangélica.

Subirana fue un verdadero representante de Cristo en la tierra. Hombre erudito, de extraordinaria visión, señaló el camino de redención de las masas y predijo los obstáculos insalvables que más tarde se opondrían al progreso de los explotados si su palabra no era escuchada. El tiempo inexorable se ha encargado de confirmar sus predicciones.

El Misionero Subirana vivió los mejores años de su existencia al lado de las tribus payas, sumos, xicaques y zambos, defendiéndolas con su verbo elocuente de las violencias y crueldades de las autoridades bárbaras.

Aprendió sus dialectos, dejando al morir varios trabajos científicos publicados y otros inéditos.

Cuando el Misionero expiró, en 1864, ya se le veneraba como a un Santo.

La muerte lo sorprendió a doscientos kilómetros de Yoro, en una época que no existían caminos sino picas, y era tanto el amor que los indios sentían por él, que en hombros trajeron el cadáver, dándole sepultura en la Iglesia de Santiago, su residencia habitual y primer curato que sirviera.

Se observó que los despojos después de varios días de insepulto, no entraron en descomposición: los indios y mestizos lo atribuyen a un milagro del Santo.

Yoro es una pintoresca ciudad, de unos cinco o seis mil habitantes, de construcciones coloniales.

Sus casas son de adobe o bahareque, techos de tejas rojas, de amplios corredores, las residencias de los ricos y de sencillos aleros las de los pobres.

En las orillas se ven casas de tagua, madera que se obtiene de la corteza de la palmera real.

Se calcula que la tagua sin baño de pintura sirve de dos a trescientos años; con pintura sería eterna. Esta madera perfectamente seca, tiene la resistencia del hierro. Los clavos no la traspasan a golpe de mar-

tillo, se doblan. Se requiere un trépano especial para horadarla y ajustarle tornillos.

Los principales edificios de Yoro, son: la iglesia, el cabildo municipal, casa del gobierno y tres o cuatro residencias particulares, de aspecto señorial.

La ciudad como todos los pueblos faltos del mundano espíritu, es un poco triste, sumamente gris para los hombres que gustan por casinos y boulevares alardear de sus pasiones. El cine, delicia de los enamorados, entonces no se conocía. Eso sí, que la franca alegría que les es natural lo allana todo al proponerse hacerle grata la estancia a los extranjeros.

Después de haber salido de la iglesia, nuestra segunda visita de ordenanza fué El Pantano, sitio donde la tormenta descarga los peces.

Preguntamos por qué le llaman El Pantano a una llanura seca, carente de fango, ligeramente húmeda por el césped.

Los amigos no supieron aclarar nuestra interrogación en vista de la serie de leyendas contradictorias, al extremo de afirmar por haber caído hace siglos un lagarto.

El Pantano es una amplia sabana que se encuentra al suroeste de la población, con espacio suficiente como para aterrizaje de aviones.

No muy lejos, corre el Río Machigüa, lugar predilecto para entregarse en plena corriente a las delicias del baño o para días de campo, a la sombra de árboles que bordean las orillas.

Los alrededores de Yoro son sumamente encantadores, tanto por la belleza de sus prados como por las costumbres patriarcales de los campesinos.

En Yoro, los vecinos viven en familia, todo el mundo se trata con afecto, se ayudan y sirven mutuamente sin ningún interés, y a la hora de las dificultades se unen.

Nosotros, a las cuarenta y ocho horas, ya conocíamos desde el más chico al más grande.

Los yoreños con el extranjero son generosos, gente exquisita sin excepción. Cuando al extraño, en forma espontánea presta su cooperación, no espera recompensa ni la acepta.

Los yoreños, aunque más o menos viven una vida primitiva, no tienen mayores necesidades. La tierra multiplica a tal extremo sus cosechas, que después no saben qué hacer con el exceso por las dificultades que ofrecen los transportes y enorme la distancia de los mercados principales de consumo.

Aquí no se conocen los abonos; la exuberancia de los campos no los necesita.

No hay hoteles, pero el alojamiento gratis sobra. Cada vecino acoge con gusto al viajero.

Tampoco prostíbulos o tabernas bochornosas. Solamente pequeñas tiendas de comercio y boticas. En las pulperías venden manteca de cerdo y vegetal y otros artículos del diario consumo; también matates, alforjas, petates, caites y variadas cosas fabricadas en el país como los preciosos sombreros de junco de Santa Bárbara.

Teniendo vivo interés por conocer los *terneros cascós de burro*, estuvimos a ver al propietario de la hacienda El Caulote. Se nos dijo: "Hace muchos años viene repitiéndose el nacimiento de terneros cascós de burro."

"Existe la tradición de que los primeros ejemplares tenían no sólo los cascós de bestia mular, sino la cola, es decir, abundante y larga la cerda. Es un fenómeno raro, sin explicación científica."

"El año pasado nació el ternero que ustedes ven, de una vaca del primer parto, sin ningún antecedente hereditario de raza ni cruzamiento. También sucede que no pueden reproducirse porque a los tres años de edad engordan en exceso, de manera extraordinaria, al punto de no poder caminar. Cébanse con facilidad y son muy apetecidos para comerlos; engordan como si fueran cerdos."

"Seguramente sería de gran utilidad, estimular la procreación de cascós de burro, ya sea para tiro o para rastro."

"La vaca es poca lechera, necesitando mucho pasto para su manutención. Cualquier otro ternero de su edad (tiene ocho meses) no puede comparársele en cuerpo y musculatura."

"No hay viejo de esta comarca, que dé noticias de la fecha en que se reparó en el fenómeno y qué cruzamiento haya habido."

"Aquí, la superstición, hace oficios de ciencia, atribuyendo a cascós de burro obra del diablo."

—Los amigos que se disputaban la atención de distraernos con fiestecitas caseras u otras entretenciones, a menudo nos invitaban a jugar lotería de cartón, damas, ajedrez, “perro” con naipe español, monte y treinta y uno.

Una noche que jugábamos fusilico, en casa de amigas muy gente, conocimos al “doctor” Baraja, famoso médico graduado en la gran universidad de la naturaleza. Entonces se hablaba prodigios de sus asombrosas curaciones. Era tal su prestigio, que acudían centenares de pacientes a muchas leguas a la redonda a consultar su sabiduría sin importarles las duras jornadas, ya que Baraja vivía en p'ena selva.

De manera cortés nos invitó el “doctor” a visitarlo cuando saliéramos rumbo al Atlántico, atención que agradecemos prometiendo a la vez cumplir sus deseos.

Y así, bajo la más estrecha cordialidad, se fueron deslizando los días, hasta sorprendernos el doce de junio, vísperas del gran acontecimiento.

Para esta fecha ya Mrs. Drake había dispuesto invitar a todas sus amistades, a un pic-nic, como una demostración de aprecio y despedida.

Notando que en el recorrido de Tegucigalpa a Yoro, muy poco consumimos de los víveres en conserva y la caja de licores casi intacta, Mrs. Drake dispuso terminar con las provisiones en el paseo.

Encargó, además, cuatro terneros asados, al estilo criollo y varias gallinas deshuesadas. Café y postre de plátano conservado en su propio jugo.

Es conveniente no confundir el banano con el plátano; éste tiene de ocho a doce pulgadas de largo y es más grueso y nutritivo que aquél. La costa norte está sembrada únicamente de bananales y en el interior se prefiere el plátano llamado macho; cuando está maduro, los campesinos lo introducen en agua de cernada, hirviéndolos unos minutos y después del baño, guindan los plátanos de un alambre o pita en el sol por el espacio de un mes, resultando dulce riquísimo llamado plátano pasado, gracias a la acción del sol.

Fué un verdadero banquete al aire libre, presidido por el más sincero buen humor.

En homenaje al matrimonio Drake se pronunciaron cien brindis y cantaron cien tonadas bailándose el *sique*, danza con ciertos giros de la machicha brasilera y compases de la cueca boliviana.

El *sique* lo baila una persona o si se quiere darle mayor despliegue, entonces una pareja, con música autóctona.

Contentos, y con los vapores del vino todavía en el seso, regresamos ya de noche.

Después de un baño con agua tibiada en la olla del fogón, nos metimos en la cama acariciando la ilusión de levantarnos temprano y gozar de las señales precursoras de la lluvia de peces.

trece de junio,  
fecha de la maravilla

—Obsesionados con la idea de madrugar a fin de no perder detalles, el número trece nos revoloteaba en la mente sin permitírnos conciliar el sueño.

Se nos había dicho que la lluvia, en cuestión de fecha, sufría en años inesperados, alguna alteración, cayendo un día antes o después, pero el fenómeno siempre se producía.

Naturales conjeturas sumadas al estado impaciente contribuyeron la víspera a dormirnos pasada la media noche.

Tendríamos tres o cuatro horas de estar entregados en los brazos de Morfeo, cuando violentamente la criada llamó a la puerta: “¡Señores, levántense!”

Movidos como por resorte eléctrico, medio nos vestimos, saliendo al patio a terminar de arreglarnos. La sirvienta nos recibió con el “buenos días” de ordenanza y al mismo tiempo, con el índice señalaba el espacio. Qué hay?—pregunté—. “No ven la neblina—respondió— ¡Seguro aguacero!”

Al quitarnos de los ojos las telarañas del sueño, vimos que la población se encontraba envuelta en una neblina tan espesa que Mr. Drake dijo no haber contemplado otra semejante en Alabama, su tierra. Parecía talco plomo diluido en el vacío. A un metro no se distinguían las personas ni las cosas.

Ansiosos, dirigimos los pasos hacia la calle, pero temiendo perder el contacto, caminamos uno tras otro

—como los chorizos—agarrados de los pretales de los pantalones.

No obstante, de llevar Mrs. Drake una lámpara sorda, fué a hurgar el trasero de una vaca, recibiendo fuerte patada.

Como medida prudencial, optamos por regresar a la posada y esperar el avance del día. El reloj marcaba las seis y cuarto.

Nos extrañó, que a medida las horas pasaban, la neblina no daba señales de desaparecer.

En los trópicos es muy raro que se prolonguen los días opacos, tal vez por la fuerte irradiación de los rayos solares que a manera de escoba barren las brumas.

La obscuridad poco a poco se tornaba fúnebre, entorpeciendo los quehaceres de hombres y mujeres que se dirigían a su trabajo.

Hasta como a las nueve de la mañana aclaró algo, pero sin verle la cara al rey de los astros.

La mayoría de los habitantes, sin dar importancia al extraordinario fenómeno, repetía: “señores, hoy llueve.”

Nos molestaba no encontrar entusiastas con quien cambiar impresiones. La generalidad se mantenía indiferente.

A las diez, de manera precisa, logramos distinguir una nube ligeramente gris sucio al suroeste, señal inequívoca del aguacero.

A las once, la nube se agrandó. Como sombra profundamente ceniza se veía a través de la neblina.

Esta fué la única oportunidad de tomar imperfectas fotografías, es decir, borrosas.

A las doce, todos los retazos de nubecillas que vagaban por el espacio, se habían replegado a la nube madre, tirando a color de hollín.

A la una de la tarde, el panorama cambió bruscamemente. La neblina se tornó más densa, y la nube, como consciente de su poderío, amenazaba con el diluvio.

A esta hora comenzaron a llegar campesinos de los alrededores, alumbrando sus pasos con hachones de ocote.

Unos pasaban directamente a El Pantano, y otros se detenían en los corredores de las casas.

A las dos, no obstante la obscuridad, la tormenta se destacó con trazas tenebrosas, diríase un ventisquero de betún. Daba pavor ver la colosal montaña de agua y peces, que cual otra espada de Dámocles, pendía de la gasa de una nube.

A las dos y media, se sintió un calor ardentísimo, materialmente imposible de soportar si se hubiera prolongado más de treinta minutos.

A las tres, sopló ligero viento, y comenzaron a caer las primeras gotas, del tamaño de un peso. Esta particularidad nos llamó la atención. Caían en forma de sordas descargas, dejando impreso en la tierra seca, discos parecidos a las monedas de plata.

A las tres y cuarto, se escuchó en la lejanía, algo así como el disparo de un gigantesco obús, que viniendo del norte, se parara a mitad del camino, ha-

ciendo vibraciones intensísimas, sacudiendo casas y montes, provocando el cacareo de las gallinas, aullido de los perros, relincho de caballos y espanto de los alcaravanes.

Las mujeres— siempre temerosas— invocaban la protección del Santo Subirana, entregándose al rezo y fervorosas oraciones.

La detonación duraría largo, larguísimos segundos, una eternidad. En seguida se desató la horrorosa tempestad dando la impresión de mano diabólica desfundando el cielo convertido en algiba. No caían gotas de agua, sino chorros, millones de cubetadas como queriendo ahogar la población; era el océano desbordado.

Nadie asomaba la nariz. Todo el mundo a piedra y lodo permanecía en sus hogares esperando que la naturaleza amainara su furia.

En poco tiempo las corrientes invadieron las casas y las calles quedaron intransitables.

A las cuatro y cuarto, aprovechando relativa calma, pero con el fango sobre las rodillas, salimos resueltos con dirección a El Pantano.

Al llegar, otros más listos, nos habían ganado la delantera. Encontramos centenares de campesinos recogiendo pescado en canastos.

La primera impresión recibida, al ver el campo cubierto de sardinas, fue la de un lago de plata con sus naturales ondulaciones por la masa de peces que pugnaba por brincar.

La masa era compacta, casi sólida, al extremo de

parecernos más peces que agua. Los había de diferentes tamaños. De una, tres, cinco, seis y media pulgadas, escasos de siete.

Un aldeano al vernos deslumbrados ante la vista de las sardinas, nos aseguró que en comparación de años anteriores la "cosecha" resultaba poca, tal vez la tercera parte. No le dimos crédito y nos entregamos a la tarea de escoger los más grandes.

Por estar ensimismados en el mar de carne, de vida palpitante, que parecía increíble, no habíamos reparado en una bandada como de cien mil pájaros que revoloteaban sobre nuestras cabezas descendiendo los más audaces a recoger su ración.

Estas aves que saben por instinto la fecha en que se produce el aguacero, acuden todos los años trayendo a sus críos de los rincones del país y posiblemente de las repúblicas vecinas, especialmente de la costa norte de Honduras.

Llegan al banquete en secciones clasificadas. Solamente a la hora del festín no existen categorías: el ave que da material, como la garza, a los cojines mullidos, se confunde con el zopilote plebeyo. Ya en el espacio se organizan nuevamente y retornan a sus nidos.

Entre aquella enorme nube de picos y plumas logramos distinguir a martín pescador; garzas morenas, rosadas y blancas; piches, patos salvajes, gavilanes, sanatas, clarineros, gaviotas, alcatraces y otras que tragan sardinas.

Inquietos de regresar con la obscuridad y chapaleando agua, abandonamos el sitio llevando cada uno su ración, haciendo formal promesa de volver temprano al siguiente día.



—El catorce por la mañana aun la neblina permanecía inalterable, pero así, en medio del fango y dando tropezones llegamos nuevamente a El Pantano.

Ya no encontramos una sola sardina. Posiblemente las aves y cuadrúpedos salvajes habían terminado con el exceso que no quiso la gente. Únicamente una nube de miles de zopilotes hurgoneaban en busca de desperdicios.

Los rastros y pisadas denunciaban la lucha feroz en la disputa del sobrante.

Ahora la pista sí era un verdadero lago de lodo, plumas, estiércol, cerdas de diferentes animales y algunas colas de gato montés.

Al ver aquello desolado, retornamos por la Calle Santiago echando interjecciones a la neblina por no habernos permitido, durante dos días, tomar fotografías aceptables, resultando oscuras, opacas.

Al pasar frente a las puertas y esquinas, notamos con suma extrañeza, que grupos de yoreños sostenían animados conciliábulos, al parecer trascendentales. Por primera vez los veíamos inquietos, fuera de sus casillas.

Las personas que encontramos, sin excepción, reflejaban incertidumbre, preocupación en sus semblantes.

Posiblemente, los cuchicheos no acostumbrados en tal fecha, tenían raíces profundas; algo grave sucedía que ignorábamos.

Al fin, obligados por el espíritu de conservación y saber qué papel jugaríamos en la ola de muerte que todos presentían, nos acercamos al señor alcalde, quien nos informó que las cosas no eran para faller antes de tiempo; la alarma provocada nacía de que “todas las características— precursoras de la lluvia— no habían desaparecido, antes bien, se acentuaban.”

Consultados los vecinos más viejos, que por su experiencia hacen las veces de meteorólogos y astrónomos, contestaron: “Cada cien años y en el transcurso de veinticuatro horas llueven peces dos veces.”

Con esta preciosa noticia, pusimos el mayor interés de cotejar los detalles del trece y ver si coincidían con los del catorce.

Miramos el reloj: ocho y cuarto de la mañana.

Con un asombro que demudó nuestras caras comprobamos, a medida que el tiempo avanzaba, que las señales eran las mismas que precedieron a la lluvia anterior, con la única diferencia que a las tres y cuarto de la tarde no se oyó detonación, sino algo así como mil huracanes convertidos en potros desbocados dejando oír a su paso por el cielo el siniestro silbido de sus crines. A continuación se desató la lluvia, única en el mundo, la maravillosa lluvia de peces.

Estábamos en presencia de un suceso extraordinario, visto una vez en la vida. Aunque la lluvia es periódica, solamente cada fin de siglo llueven peces dos veces consecutivas con un intervalo de doce horas.

El campesino que en El Pantano nos hablara de la "tercera parte de la cosecha," dijo verdad, lo mismo que los meteorólogos locales que a ojo de buen cubero acertaron. Con respeto y admiración los felicitamos. Su ciencia no estriba en cálculos nebulosos, sino en la experiencia que se ríe del recurso de las probabilidades.

Sobre la lluvia se han barajado miles de opiniones a cual más peregrinas.

Existe la creencia, bastante generalizada, que una tromba marina recoge del Atlántico todos los años, la carga y en loca carrera viene el trece de junio a descargarla a El Pantano, Yoro, a más de doscientos kilómetros de distancia.

Otros afirman, que la lluvia no es más que un "reventadero de sardinas," que viven bajo la tierra, en charcos, saliendo a la superficie con la fuerza del invierno. Esta hipótesis ha sido descartada por el hecho de los peces que caen no son ciegos como los criados en subterráneo.

El fenómeno hasta la fecha no ha sido aclarado en forma científica.

## rumbo al atlántico

—El quince de junio, perfectamente listos y después de tomar un guacal de leche al pie de la vaca negra, picamos espuela rumbo al Atlántico, acompañados de un grupo de amigos que fueron a encaminarnos hasta Quiebra Botija.

Algunos conocidos de manera sincera nos aconsejaban cambiar de ruta, ya que estábamos dispuestos a seguir vía Masica y hacer alto en el puerto de La Ceiba.

El camino más transitado para ir de Yoro a la costa norte, es por Progreso, pequeño puerto fluvial, que baña el caudaloso Ulúa.

Vía Masica se considera intransitable, guiándose por picas y expuesto a ser pasto de los reptiles venenosos o animales carnívoros.

Noté que el matrimonio Drake, antes de acobardarse, se sentía estimulado con las advertencias.

Todas las razones que se exponían a fin de disuadirnos más contribuían a entusiasmar a Mrs. Drake especialmente, mujer nacida para las aventuras, aventuras en que todo infeliz pierde la vida.

En Quiebra Botija tomamos varias fotografías de la caravana, y nos despedimos de los simpáticos yoreños, agradeciéndoles la deferencia, prosiguiendo únicamente con tres chanes o vaqueanos armados de winchesters.

La frondosidad que a cada paso nos daba sombra, en nada se parecía a la dejada atrás, los árboles más

corpulentos, con elevación de vértigo, amenazando romper el cristal del cielo.

La manigua se presentaba impenetrable, teniendo que abrirnos paso a punta de machete.

De la punta de los pinos se desprendían gruesos bejucos, ropos naturales que besan el suelo y por ellos las ardillas y monos suben y bajan, haciendo musarañas.

### en casa del "doctor" baraja

—Al atardecer del mismo día, divisamos un rancho incrustado en el desfiladero de la montaña.

Por las señas que nos dieran amigos que vinieran a encaminarnos, comprendimos que se trataba de la casa de salud del "doctor" Baraja. En efecto, así sucedió; al aproximarnos, él en persona, salió a recibirnos.

Días antes lo habíamos conocido en la ciudad de Yoro, frente a una mesa donde nos entreteníamos jugando con naipe fusilico y de manera especial nos había invitado a hacer alto en su nido de águilas.

Se mostró tan gentil para hacernos grata la noche que dejó a un lado sus compromisos. Nosotros insistimos que atendiera a un grupo de pacientes, llegados de lejos, que esperaban turno; él a nuestros requerimientos respondía con la flema india: para todo hay tiempo, señores.

Su casita con techo de paja y paredes de barro, daba impresión de bienestar: todo muy limpio; los cuar-

tos recién blanqueados con cal y los pisos de las tres dependencias alfombrados con pino desmenuzado, despedían grata fragancia; el fogón donde hervían guisos apetitosos era atendido por su mujer desde la cabecera del tablón de caoba mientras la dama quebrantaba el maíz con piedra de moler para echar las tortillas de la cena. De varios ganchos de horqueta pendían lomos de venado, piernas de jagüilla, costillas de mapachín, carne de pava silvestre; en fin, la cocina de Baraja estaba provista para muchos días del diario yantar.

En su soledad, sin preocupaciones y comodidades a su alcance era un hombre feliz.

En la salita de recibo tenía tres butacos hechos de una sola pieza de güachipilín, bella madera color yema de huevo.

Acomodados en los extraños asientos fuimos obsequiados en jícaras primorosamente labradas con "atol indio."

Como el "doctor" notara que Mrs. Drake saboreara con deleite el raro alimento, le dijo: vea, señora: si a su regreso a los Estados Unidos quiere volver a tomar "atol indio," haga lo siguiente: ponga al fuego dos botellas de agua con siete onzas de miel de abeja; después agrega el jugo de seis naranjas agrias y cuando todos los ingredientes estén bien mezclados y bien hervidos, entonces toma dos tazas de harina de maíz crudo y la va echando poco a poco con la mano derecha mientras con la izquierda lo menea continuamente. Cuando usted calcule que está cocida la harina, quita la olla del fuego y lo sirve caliente o frío, el gusto es el mismo.

Mrs. Drake al agradecer a Baraja su explicación, le insinuó que atendiera a los pacientes a fin de conocer su técnica y referir'la en Norteamérica; él con el mayor gusto llamó a nuestra presencia al paciente de turno y le preguntó qué males le aquejaban. El enfermo hizo la apología de sus dolencias con un cuento muy largo, diciendo en conclusión que su estómago no toleraba ningún alimento, apenas jugo de guanábana o de piña. Al terminar el relato, Baraja de la manera más solemne, le dijo: "Vea, marchante; al regresar a su rancho mate una gallina y separa el pellejo del buche; después lo pone a secar unos diez días al sol; ya asoleado lo muele; del polvo toma lo que cabe en la punta de una cortaplumas y lo echa en un poquito de jugo del que acostumbra a tomar; si al terminar el polvo no se siente completamente curado, mate otra gallina y repite el tratamiento."

Mrs. Drake incrédula, preguntó al "doctor" sobre los resultados de lo que acababa de recetar. Baraja, respondió diciendo que se tomara en cuenta que la gallina se traga pedacitos de vidrio, arenas, ganchos, etc., y que todo lo digiere; por consiguiente — afirmó — el pellejo del buche es lo más indicado para restablecer los estómagos sumamente débiles.

A otras preguntas de Mrs. Drake, Baraja contestó que la tisis en sus comienzos la curaba recetando la borraja del primer hervor de los frijoles por espacio de quince meses. Que los dolores de los riñones desaparecían para siempre, partiendo en tres partes un banano morado o caribe y poniéndolo a hervir en un vaso de

agua, bebiendo el agua lo más caliente posible tres veces al día, por espacio de nueve días, empleando un banano distinto en cada hervida.

Sí, nos llamó la atención, cuando Baraja dijo con énfasis: poseo un medicamento superior a los anunciados por los gringos para curar las fiebres palúdicas.

Se trataba de una yuca o raíz llamada *truc*. Para aplicarla el "galeno" arranca la corteza y la pone a hervir en un poco de agua resultando una infusión muy amarga; ya fría se toma en pequeñas dosis tres veces al día. Los resultados según Baraja son superiores a la quinina con la ventaja de que el paciente queda inmunizado por mucho tiempo contra la picadura de los zancudos y las serpientes.

No queriendo cansar a nuestro anfitrión dimos por terminadas sus explicaciones y a la vez pensamos que muchos señores de universidad posiblemente se rían del simpático curandero sin ponerse a reflexionar que él puede tener en sus manos la clave de muchas cosas que todavía buscan los hombres de ciencia.



—Por la mañana, antes de partir, nos sirvieron un café tan agradable que nos vimos obligados a felicitar sinceramente a la cocinera, su esposa. Ella algo ufana nos dijo que el café de las ciudades nunca puede ser igualado al de la montaña por su calidad y procedimiento para hacerlo. El café que nosotros bebemos —

prosiguió — guardamos el grano antes de usarlo por lo menos cinco años; después lo tostamos y molemos sin sacarle la esencia como ustedes acostumbran, si no que primero ponemos a hervir la leche agregando el polvo y panela para endulzarlo; antes de servirlo se cuele en un colador de manta lavada a fin de separar el chingaste. En esta forma — concluyó — la leche recoge toda la esencia y de ahí el sabor agradable que ustedes acaban de paladear.

Mrs. Drake le manifestó que nunca olvidaría el procedimiento y que trataría de ponerlo en práctica. Ella, al sentirse nuevamente estimulada, dijo finalmente: si el café se toma sin leche es doble mejor. Se tiene cuidado al tostarlo, de rociarle azúcar antes que dé punto y se baja del fuego un instante a fin de que la azúcar se vuelva melaza alrededor de cada grano, terminando en seguida de tostarlo. Este es el secreto para que al café no se le escape el aroma.

Al despedirnos, ya montados, pregunté a Baraja qué había de cierto sobre el peligro de las serpientes y fieras que encontraríamos. Con una risita picarezca, respondió:

—Vea, Mr. Garvo: uno que otro bicho les saldrá al paso, pero para todo hay remedio y le voy a dar una receta: ¡no se arrugue como los frijoles al primer hervor!

## en la selva cruda

—Al segundo día ya no fuimos calentados por los rayos solares.

Marchamos en todo momento bajo la lluvia y sobre corrientes de fango atascándose continuamente las mulas.

Los mozos que tenían instrucciones de no adelantarse, con palancas ayudaban a las bestias a salir de los atolladeros.

Largas trayectorias las recorrimos a pie con el lodo sobre las rodillas con el objeto de aligerar el peso a la impedimenta.

La selva, siempre traidora, cuánto más confiados, los silbidos de las serpientes nos hería los oídos estremeciendo de pavor a las mulas.

Los coyotes al divisarnos aullaban formando un círculo con el fin, según ellos, de sitiarnos, alejándonos a punta de bala.

A todos estos sinsabores debemos agregar la recompensa inolvidable, de haber contemplado incomparables paisajes y sobre todo bellos pájaros aun no clasificados.

Mrs. Drake al fijarse en una constelación des'umbrante de gorriones revoloteando al extremo de una bandada de guacamayas listadas de rojo y blanco, gritó emocionada: ¡Miren la bandera de Estados Unidos!

Las autoridades municipales con buen acierto han mandado construir en estos solitarios parajes, ranchos

abrigados, exclusivamente para los pocos viajeros que tienen la dicha de dar cima a sus jornadas.

Al paso de las picas no hay más protección que el machete y el revólver, procurando a costa de cualquier sacrificio llegar a los refugios públicos y pasar la noche en los cobertizos hechos con tal propósito si el viajero quiere reducir el cúmulo de peligros.

Al transeúnte que por desgracia lo sorprende la noche en pleno bosque, es segura cena de tigre, máxime si no carga un alfiler.

Comprendiendo pues, el peligro que nos acechaba, de ser devorados si dormíamos a la intemperie, apresuramos el paso de las mulas llegando temprano a un hato de ganado abandonado, no intentando seguir en busca de las jornadas conocidas por los chanes temiendo nos sorprendiera la noche en el camino.

La casa del hato no tenía paredes, únicamente techo de paja sostenido por seis u ocho horcones. En el centro una escalera cuyos peldaños estaban labrados en el mismo tronco; por ella subimos al tabanco y tendimos unos cueros para dormir. Mientras nos acomodábamos, los vaqueanos se ocupaban de lazar terneros y amarrarlos a los pilares de las orillas de la casa; en el centro, al pie de la escalera, sujetaron las mulas.

Una vez que los mozos se reunieron con nosotros, pregunté:

—Para qué amarraron esos terneros?

—¡Ah... Mr. Garvo, si no lo hacemos nos come el tigre!

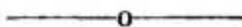
—Y nuestras armas, para qué las cargamos?

—De nada valdrían. Suponga que fusila los primeros que nos ataquen, y los restantes?

—Serán tan osados?

—Como si tuvieran rabia. Y para burlar su furia los indios que vivimos en la montaña sin ninguna protección sabemos mañas que los hombres de la ciudad ignoran. Amarrar los terneros — por ejemplo — alrededor de la casa es con el propósito de que las vacas no abandonen los críos; así a todo intento de los tigres de asaltarnos, toparán con la barrera de dagas de los cuernos. Comprende?

—Muy bien, muy bien.



—Temprano desayunamos y proseguimos por el paisaje bárbaro y grandioso. A pocos kilómetros divisamos una preciosa cascada que no la he visto figurar en los apuntes geográficos de las escuelas.

En estos caminos desolados lo que nunca debe olvidar el viajero es su capote, ya que llueve por lo menos diez meses en el año; un par de botas altas para librarse en parte del fango y picadura de las culebras; armas de fuego y cortantes; también provisión de sal en vista de que el procedimiento antiguo para fabricarla se ha olvidado o perdido la materia prima.

Nuestros aborígenes para sazonar la alimentación con tan esencial ingrediente, cortaban pequeños trocitos

de un árbol textil, de la familia del coyol y del corozo; los quemaban y de las cenizas hacían lejía; ésta la vertían dentro de una olla de barro y después la cocinaban a fuego lento hasta dejarla convertida en pequeñas granulaciones obteniendo así la sal común.

Siendo la caza abundante, es de un valor inestimable la sal.

El primer día que terminó el pan los mozos dijeron a Mrs. Drake: no se aflija, ya verá el sustituto. Inmediatamente buscaron una fruta conocida con el nombre de *mazapán*; cortaron rebanadas y las cocinaron haciendo las veces de pan de trigo.

La fruta es tan grande que a la hora de comer el asado de tepeizcuinte cada uno de la comitiva se sentó en su respectiva fruta. Son de forma esférica y el peso oscila entre veinte y veinticinco libras, cuyos árboles tienen la majestad del ceibo bien desarrollado.

Dos días después no encontramos vestigios humanos.

Con la impaciencia natural escudriñábamos las alturas. Por fin, en una montaña El Manchón, llegamos a una casita de mala muerte, habitada por tres indios semi-salvajes acompañados de sus mujeres.

De las paredes de la vivienda, construida como las isbas rusas, de troncos rollizos, pendían cueros y pieles, especialmente de león, pantera y venado.

Al observar que carecían de armas de fuego les preguntamos cómo hacían para cazar las fieras.

A nuestras interrogaciones se mostraron reserva-

dos, pero al regalarles café molido con azúcar y unos chocolates, nos explicaron su peligrosísima manera.

Los tigres al ser acosados por el hambre llegan a la propia choza en busca de presa; entonces los indios sin el natural miedo de los hombres civilizados, salen al corral provistos de largas varas con un cuchillo amarrado en la punta, especie de lanza, y auxiliados de sus perros se enfrentan al tigre hasta que logran degollarlo.

De El Manchón continuamos chapaleando el mismo fango, fango que como segunda naturaleza lo sentíamos adherido al pellejo y las ropas.

En un claro del bosque encontramos límpido arroyo, oportunidad que quisimos aprovechar para entregarnos a las delicias de la ablución.

Al zambullirnos escuchamos un vasto crepitar de ramas secas; nos vimos las caras descompuestas por la inminencia del peligro corriendo en traje de baño a empuñar las armas. El ruido aunque venía de lejos se aproximaba como huracán, derribando lo que encontraba al paso. Sin perder tiempo nos colocamos con los mozos en orden de batalla. Con los fusiles cargados atisbamos; el fantástico ruido crecía, crecía de tal modo que imaginamos un trapiche del tamaño del capitolio de Wáshington alimentado por centenares de encinos triturados al mismo tiempo.

Al fin, con las armas listas, apareció de golpe un patacho de cientos de dantos; al hacerles fuego retornaron asustados por el mismo camino.

En rueda con los mozos y gastando el más legítimo buen humor nos reíamos del percance, lo contábamos a

nuestro sabor. De pronto vimos que en el centro del círculo caía una "bola" con la velocidad de la jara, rebotando nuevamente sobre nuestras cabezas como si hubiese sido de goma.

Nerviosos nos desplegamos en guerrilla logrando distinguir que la bola era una guatusa cubierta de barro perseguida por el temible barba amarilla que al vernos abandonó la presa y dispuso atacarnos, pero le madrugamos con rápida descarga.

Al atardecer, sintiendo el horror natural por el río de lodo, divisamos una lucesita, después dos, tres, y así en este orden. Consultamos el mapa. Nos encontrábamos frente a Jimía. Sus construcciones urbanas nos indicaban que ya habíamos salvado la parte más peligrosa de la selva.

Atrás dejamos la enorme riqueza inexplorada que espera los brazos del capital.

Pensamos que con sólo la exportación de maderas de ebanistería y construcción, haciendo caso omiso de otros productos naturales, dejaría un elevadísimo margen de utilidad nacional.

En aquellos bosques abunda la caoba, san juan, ronrón, nogal, güachipilín, arrayán, copalillo, masica, maría y otras.

También se encuentran plantas tintóreas: achiote, nance, mora, guanacaste, etc.

Plantas textiles: ceibo, corozo, coyol, palma real, pacaya y suyate.

A la exportación de esta industria súmense las plantas que producen gomas, aceites y resinas como ser

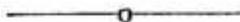
el higo, eucalipto, guapinol, marañón, piñón, hule, níspero y cera vegetal.

Plantas medicinales conocidas son incalculables. De las no clasificadas existen especies de propiedades sorprendentes.

Vi a un indio con la cabeza amarrada sufriendo un fuerte constipado, pedir remedio a un curandero; éste tomó del solar de su rancho una débil plantita llamada *vivorán*, de flor profundamente anaranjada. La partió en dos pedazos y con pequeño taco de algodón recogió la escasa leche que destilaba; después el algodón medio empapado lo puso al sol como diez minutos, arrimándolo a continuación a las narices del paciente. Fué cuestión de segundos para que el indio comenzara a estornudar, arrojando mucosidades con pringues de sangre como coagulada.

Con este “purgante de la cabeza” — así lo llamó el parchero — el enfermo se sintió bastante bien.

Como el *vivorán* existen otras plantas y yerbas de magníficas propiedades medicinales.



—Después de un día de duro caminar llegamos a Masica, pueblito a bordo de línea férrea y penúltima estación de la meta que desde Tegucigalpa viniéramos buscando.

Un motocarro expreso puesto a la orden de Mr. Drake nos condujo al puerto de La Ceiba, a orillas del Atlántico.

El matrimonio Drake fué motivo de muchas felicitaciones en la prensa por su atrevida aventura.

Sus compatriotas no queriendo quedarse atrás los obsequiaron con un banquete en los salones del Mess Hall de la compañía frutera.

El veinticinco de junio, un mes después de haber abandonado la capital, Mr. Drake y señora se embarcaban con destino a New York.

Mr. Garvo, compañero de excursión, parado en el muelle, en un atardecer de bellos celajes, veía partir el barco mientras Mrs. Drake desde cubierta con su pañuelo decía el último adiós, conservando todavía en las pupilas la partida inolvidable.







## el “lujo” del taparrabo

—Pienso, Mr. Garvo, que éste será el último pa-  
liques.

—Motivos?

—Temo provocar su impaciencia.

—No amigo Candil. Mientras tengamos rosas en el huerto deshojaremos todos sus pétalos. Ya verá; a medida nos internemos en la selva de las especulaciones literarias iremos encontrando precioso material que vendrá a enriquecer las planas del periódico que tan gentilmente ha puesto a mi disposición el señor director.

—Gracias, Mr. Garvo, muchas gracias. Y a propósito de entrevistas, recuerda el número concedido en el extranjero?

—Muchas, muchísimas. La última se refiere a una intriga internacional especiada en la cocina ginebrina.

—Deploramos no haya llegado a nuestro conocimiento.

—Muy sensible, máxime habiendo provocado un torbellino de polvo a los ojos de ciertos países empeci-

nados. Mis declaraciones se encaminan y encaminarán a volver por los fueros de la raza indígena. Guatemala, señor Candil, por no prestarse a las maquinaciones de las grandes potencias, éstas influenciaron a su prensa para que se pronunciara en forma grosera contra los mansos indios chapines haciendo los más sarcásticos comentarios del “lujo del taparrabo.”

Yo que no me considero extranjero sino que puro indio de Guajiquiro, al sentir heridos mis sentimientos nacionales salí al paso con mi protesta iracunda.

Recuerdo haber dicho que el denuesto parecía arma que gustaba esgrimir la bellaquería letrada de los “amigos” de la otra orilla del Atlántico.

¡Ah, señores europeos! Desgraciados los pueblos que sustituyeron el taparrabo por la indumentaria clownesca del viejo mundo.

Ha visto mojiganga más ridícula que a un hombre de levita y chistera?

Tal vez por eso los payasos — sicólogos incomprendidos — para hacer reír a niños y ancianos, aparecen en sus pantomimas vestidos con trajes que usan los bárbaros civilizados en sus grandes recepciones sociales.

Esta es una de las sonadas conquistas impuestas por los europeos a los tontos de América: la de sus libreas protocolarias a gentes sencillas que pasan escribiendo con la punta del arado el poema del porvenir.

Un embajador con espadín femenino, entorchado el pecho con arabescos de doublé, cargado de cintas y con-

decoraciones, no le da la impresión del buhonero que anda por esas calles ofreciendo baratijas?

La *falderilla del salvaje*, de la mujer núbil, de líneas recias en su afán de ser perfectas, que danza al són de la chirimía bajo la catedral de los guanacastes cubierto el sexo con el taparraboj entretejido de plumas del verde quetzal, púrpura guacamaya, amarillo encendido de oropéndola, plomo dormido del guajo, algo así como lienzo de ocaso tropical. Esa india olorosa a durazno maduro no admite puntos de comparación con la belleza enfermiza acicalada de bermellón y talco que hace vida de sociedad en los prostíbulos perfumados.

En cierta ocasión, amigo Candil, vi a la artista Montalván, india mexicana, salir a escena completamente desnuda.

Y como el número no se había anunciado, cogió de sorpresa a los espectadores.

Hubo un segundo de estupor. Un segundo después el público reaccionaba dejando oír la ovación más estruendosa bajo el cielo de La Habana, al contemplar la exquisita mujer de curvas divinas que parecía ánfora viviente salida de nuestros templos mayas.

Ahora una pregunta, señor Candil: los europeos deducirán que los aplausos se sucedieron debido a la presión de algún resorte sensual? ¡Nunca! Aquí nadie se escandaliza por hechos esencialmente naturales. América nació y crece desnuda de toda impureza.

La artista fué levantada en hombros del entusiasmo, de manera loca y desenfrenada, sencillamente porque el indio crudo que hace milenios llevamos dormido

en el fondo del corazón sabe despertar de tarde en tarde al conjuro de hechos reales, que evocan los tiempos en que nuestros antecesores hicieran de la belleza plástica la más pura de sus religiones.



—Brevemente, señor Candil, nos hemos referido al “lujo del taparrabó.” Respecto a los *imbéciles* que llevan esta falderilla, a los que alude la prensa envenenada, no debe ignorar que los hombres del taparrabó fueron los que construyeron hace miles de años el grandioso Imperio Incaico en el Perú, Sur América; el suntuoso Imperio Azteca en México, Norte América, y el soberbio Imperio Maya en Copán, Honduras, Centro América.

Desearíamos que nos saliera al paso esa misma prensa afirmando que otro tanto construyeron sus antepasados.

Un ligero estudio de las ruinas de América llevaría a los hombres del dicterio a la conclusión de que los europeos sólo vinieron a destruir nuestra cultura a mil codos sobre la del viejo mundo.

Mientras Europa era un campo yermo nuestros aborígenes atendían al ornato de sus metrópolis embelleciéndolas con soberbios palacios que todavía, muchos de ellos, se conservan en pie como un reto a los “héroes” mixtificadores del progreso.

Los indios de América fueron los primeros pobladores que dieron forma pintoresca a la construcción de poblaciones lacustres, precursoras de la bella Venecia.

Actualmente sirve de ejemplo Guanaja, la Venecia hondureña; a Titicaca, a orillas del lago del mismo nombre entre Perú y Bolivia; además, asómbrese con los jardines flotantes de Xochimilco, retiro y recreo de los príncipes aztecas que provocaron la admiración de los conquistadores.

Por las copias de los palacios exhibidos en la exposición de Chicago llamaron los hombres de ciencia a los mayas "los griegos de América," tal la cultura alcanzada por nuestros abuelos en sus diferentes jalones de adelanto.

Solamente el Congreso Astronómico de Copán celebrado el 2 de septiembre del 503 a. de J. C., que hoy día puede contemplarse esculpido en piedra, o el Calendario Maya, valen por toda la ciencia moderna de su género si nos remontamos a la época en vista de la asombrosa precisión al calcular la división del tiempo en relación con el sistema planetario.

Los arqueólogos que vienen trabajando en la restauración y estudio de las Ruinas de Copán pasan las horas de emoción en emoción al encontrarse valiosas reliquias.

Una vez que el doctor Sylvanus G. Morley dictó dos conferencias en el Teatro Nacional de Tegucigalpa acerca del Imperio Maya, entre mil cosas interesantes dijo, que por el resto de unas graderías de lo que puede

llamarse un anfiteatro, calculaba que concurrían al juego de pelota unos sesenta mil espectadores.

A fin de ilustrar nuestro aserto cedemos la palabra al mismo sabio norteamericano, quien dijo a propósito de los mayas:

.....

“... Como los primitivos mayas eran fundamentalmente campesinos, se interesaron grandemente por el fenómeno del tiempo, por el cambio de las estaciones, y por las diferentes etapas del año agrícola. Todas estas cuestiones eran de vital importancia para sus sacerdotes v. probablemente, les eran conocidas desde el comienzo del primer milenio antes de Cristo, conjuntamente con los estudios astronómicos.”

“Los mayas excedieron a los antiguos egipcios y a los babilonios en el conocimiento de los movimientos aparentes de los cuerpos celestes, tales como el Sol, la Luna, Venus y otros planetas. Pero la hazaña intelectual más sorprendente que llevaron a cabo consistió en la invención de una cronología, completamente exacta durante un período de 374,400 años, y que iguala a nuestro calendario Gregoriano en precisión y fijeza.”

“Por primera vez en la historia humana, para anotar esta cronología, estos primitivos pobladores americanos emplearon un sistema matemático que envolvía la concepción abstracta del cero, que es una de

las más extraordinarias conquistas alcanzadas por el hombre.”

“Mientras nuestro sistema numérico es decimal y aumenta de diez en diez de derecha a izquierda, el sistema que usaron los mayas era vigesimal, y aumentaba de veinte en veinte de abajo a arriba. Pero todos los elementos esenciales de nuestra moderna aritmética, incluyendo la posición de la cifra en la cantidad y el uso de un símbolo para representar el cero, fueron concebidos por ellos hace dos mil años, y, por lo menos, un lustro antes de que los hindúes hubiesen desarrollado en la India los fundamentos de la numeración arábica.”

“Por su perfecto sistema cronológico, así como por sus conocimientos sobre los movimientos de los cuerpos celestes, los sacerdotes mayas podían predecir los eclipses, y el orto y el ocaso de Venus. Además, determinaron la duración del año tropical mil años antes que lo hiciera el Papa Gregorio XIII.”

### *Auge de la Cultura India*

“Esta primera florescencia de la cultura Maya es llamada el *Viejo Imperio*. En el período comprendido entre la cuarta y la octava centuria crecieron y se desarrollaron gran número de ciudades, con edificios públicos de piedra, decorados con estuco y brillantemente pintados. Se erguían elevadas pirámides coronadas con templos, que eran como los remotos antecedentes de nuestros modernos rascacielos; grandes

monasterios para el numeroso sacerdocio; probablemente, palacios para las castas gobernantes; observatorios astronómicos; campos de "sport" en donde se divertían con un juego muy semejante a nuestro "basketball"; baños de vapor, y otras construcciones de mampostería."

"Estos edificios se hallaban alineados alrededor de grandes plazas, o en la superficie de terrazas levantadas artificialmente, que a veces eran de considerable extensión. En las plazas y en las terrazas se construían hermosos monumentos que a veces alcanzaban hasta veinticinco pies de altura. Estos monumentos se erigían cada diez años para conmemorar los principales eventos astronómicos de la década pasada, y para dar a conocer las correcciones del calendario que regiría en el próximo período."

"Esta ha sido la civilización más acabada que produjeron los indios americanos, a juzgar por sus obras intelectuales y estéticas. Los mayas, indudablemente, no constituyeron una unidad política, sino más bien formaron grupos de poderosas comunidades que disfrutaban de una cultura homogénea y común."

.....

Y para comprobar no sólo con el testimonio de las ruinas que el estado de adelanto de nuestros antepasados era superior al de los pueblos que llaman de vanguardia, reforzamos nuestra tesis con el verbo inmortal de Luis Alberto Sánchez, quien al hablar de la civilización

de América, dice que Sanín Cano cita a Ratzel, "que le sorprendió, una vez, comprobar que mientras en casi todos los pueblos europeos los primeros metales laborados fueron el hierro y el bronce, en América lo fueron el oro y la plata. De ahí vino a llegar a la conclusión de que los americanos poseíamos una forma de cultura o civilización predominantemente suntuaria. El oro y la plata son por excelencia metales decorativos, emblemas de lujo. El hierro y el bronce, el cobre, son utilitarios."

La prensa nacional constantemente se ocupa de los valiosos hallazgos encontrados en las Ruinas de Copán. Se trajo a Tegucigalpa una estatuilla de oro, bellamente modelada, simulando con la mano en alto el antiguo saludo romano. También se habló de un zapatito de oro macizo, artísticamente cincelado, prenda sometida al estudio de los sabios que integran la comisión de la Institución Arqueológica Carnegie.

En las vitrinas del museo arqueológico copaneco se exhiben dos piernecitas de oro, agujas de hueso, botones grandes y pequeños y las mil y una maravillas.

Tema que debe considerar la Odontología actual es el siguiente dato: "Recientemente, en una de las excavaciones verificadas, se encontró un esqueleto humano entero cuya calavera se exhibe en las vitrinas del museo. La calavera posee la mayor parte de los dientes en perfecto estado. Seis de arriba y seis de abajo muestran *incrustaciones de jade*; incrustaciones perfectas, dos en cada diente, una sobre otra, que probablemente se las hacían por lujo puesto que los dientes no tienen señales de caries. — Dr. Peraza."

Recuérdese, una vez Europa sacudido el pelaje de la tribu, es decir, convertido en pueblo, lo primero que hicieron los amos del feudalismo fué establecer la caza del hombre. Aquí entonces los príncipes escribían bellos cantos al cacao, bebida de dioses; a la piña, al tabaco, algodón, maíz, frijoles, batatas, coca...

Mientras en Europa los cortesanos en nombre del pueblo erigían estatuas a los ensoberbecidos coronados, en América los hombres del taparrabo levantaban Templos a la Luna porque marcaba las fases del tiempo lunar; Templos a la Lluvia, porque regaba la tierra; Templos al Sol, porque maduraba la mies.

Compréndase que los hombres del taparrabo han hecho más por el progreso de la humanidad que los señores empecinados que se arrogaron esa gloria barata.

Mr. A. V. Ridder, jefe del Departamento de Investigaciones Históricas de la Institución Carnegie, ha dicho: "En mi opinión no existen más que tres lugares en el mundo donde la fuerza y magnificencia del desenvolvimiento del arte religioso están mejor ejemplarizados y son: Luxor en Egipto, Ankor Vat en Indochina y las Ruinas de Copán en Honduras."



—Ojalá, señor Candil, volvieran los gloriosos tiempos del taparrabo. Entonces a todo individuo que cometiera un hecho ignominioso se le castigaría exhibiéndolo en la pícota pública vestido de levita tirada y sombrero de copa alta.





## comisuras

—Quiero finalizar, señor Candil, sazonando el plato que hemos condimentado con la salsa de la anécdota.

—¡Magnífico, Mr. Garvo!

—Aunque se alegue lo contrario, hay paradojas que llevan en sí toda la fuerza de sorprendentes realidades.

Esta no es una opinión amañada con el concurso de algunas deducciones. Hablo estimulado por situaciones preparadas con cariño y holgura, resultando deslucidas debido a la cizaña del prurito endémico. ¡Parece mentira que un golpe de suerte viniera a contrariar mis años de catador de entusiasmos afortunados!



—Resulta, que no encontrando en qué emplear una gruesa suma de pesos, dispuse derrocharla con personas conocidas y desconocidas a fin de estudiar ciertas características de las diferentes clases sociales.

Para mejor comodidad y acierto en mis propósitos, resolví banquetear a todo individuo que acudiera a mi memoria, extendiendo por consiguiente invitaciones a prestamistas y ladrones, cobardes y militares, profesionales y artesanos, nobles y plebeyos, mendigos y letrados, tahures y banqueros, sirvientas y patronas; en fin, senté a mi mesa a toda la fauna del mundo de vividores.

Siempre tuve el cuidado de iniciar mis desprendimientos con los estoicos, con los que se dejan morir de hambre antes de implorar un favor. Al ser sorprendidos en sus cobachas con canastos de pan y bateas de ñacatamales, no salían del asombro, llamándome Rockefeller providencial; tal su reconocimiento.

Hubo quien se sintiera tan feliz con dos güacales de chicha y un trago de güaro, que gritara de contento: ¡Viva el coaligado!

Como tenía plata, amigo Candil, que arrojar a los surcos del viento, cambié de costumbres: los días los convertí en noches y las noches en veladas salpicadas de tipos y tipas, representativos de castas y condiciones profesionales.

Era de ver el alborozo por la llegada de la noche; se recibía con rico champaña en medio de un ambiente de almizcle e histerismo emanado de los senos que pugnaban.

Después de las primeras botellas se servía la cena interminable, rociada con Rioja falsificado y etiquetas legítimas.

El cantinero — como todos los hombres que entienden el oficio — sabía que a continuación de los primeros aperitivos ya podía servir tricófero por cocktail en la seguridad de no diferenciarlo.

Lo único que me mortificaba en los instantes de mayor entusiasmo, era la nota destemplada del servilismo que partía de los más tragones. Creyendo agrardarme rebuscaban adjetivos rimbombantes para declarar que yo era el hombre más inteligente del país.

Tocante a mi caballerosidad ¡no había nacido otro igual durante el siglo!

Mis gustos eran los gustos de mi público. Los gestos, ¡no digamos! Los seguían con sumo interés al extremo de sentirse hipnotizados bajo el influjo de mi palabra.

Para probar si en aquellos individuos existían restos de entereza, deliberadamente dije una noche al referirme a la familia: yo estoy de acuerdo con el parecer de los mentores sajones al sostener que “el cariño de los padres mata el porvenir de los hijos.”

Unos escucharon y otros aprobaron.

A continuación agregué: los deberes de los padres para con los hijos tiene su límite. Una vez hecha la carrera o perfeccionado el oficio, cesan las obligaciones para ambos, salvo que unos y otros, de manera infeliz, quieran seguir con la cruz auestas.

Al llegar a este extremo sólo los hombres alzaron las manos en señal de conformidad.

Guardé un minuto de silencio, exponiendo por último la conclusión que venía madurando: tengo espe-

ranzas — distinguidos amigos — de ver de nuevo florecer los tiempos primitivos, tiempos en que el padre tenía perfecto derecho de fusilar a los hijos malcriados, o hacer de ellos, en casos de emergencia, candelas de sebo...

Apenas terminada la frase, las señoras, como una tromba arrolladora arrojaron las copas contra el piso y golpeando con los puños las mesas, calificaron mi tesis de temeraria, ¡salvaje!

Confieso que me sentí satisfecho con la protesta de las damas; aunque un tanto pringadas el corpiño de licor, no habían perdido la responsabilidad maternal. Con su resuelta actitud preferían renunciar a mi esplendidez antes de traicionar sus nobles sentimientos.

En cambio, los hombres, tal vez por abulia tropical o por seguir pegados a la teta generosa, se pusieron de mi parte sin demostrar calculada satisfacción.

Constaté que la mujer es más hombre y más digna de los llamados "machos." Siempre se le ve sin vacilar salir al encuentro de las dificultades si el golpe le atañe directamente.

Es ridículo y cursi seguir creyendo en la inferioridad del sexo *débil*. Quizás porque la mujer no asesina, no asalta en despoblado, no incendia, no estupra y no se engulle vivos a sus semejantes, como lo hacen los hombres, se le atribuye cobardía sin considerar que la fuerza no reside en los cascotes sino en el espíritu.

Si es cierto que el macho nació con la brusquedad irreflexiva, la mujer tiene la sutileza de la maña; si algunos brutos tienen talento, en ella es innato la intuición.

ción que está sobre las fanfarronadas de los tontos letrados. A propósito, recuérdese a Sheridan: "De la cultura, del talento de la mujer, depende la sabiduría del hombre."

Ahí, donde la abnegación se petrifica en madre, está la mujer; ahí, donde se juega la vida, no por desvalijar pasajeros sino por móviles sagrados, la mujer no la regatea. Ahora bien, el hombre colocado en las mismas circunstancias rehuye el choque si no columbra en lucha desigual probabilidades de éxito.

La única fuerza que reconozco en el hombre está en su perversidad. Habiendo, desde tiempos inmemoriales, monopolizado los medios de vida de la mujer, amenaza cortar esos medios si no se somete a sus caprichos. ¡Esta es la fuerza de los que claudican con vasos de vino y se atragantan con migajas!



—Siempre que el poeta Perejil tenía dinero, daba propinas; era el único decente.

Siendo muy pobre, chocaba a los demás su desprendimiento. Una noche que regalara dos pesos al cantinero, le preguntó el dueño del hotel:

—Hombre, Perejil, a tu entender, cuál es el metal más valioso?

—El más ignorado: el metal de la pobreza.

—¿Cómo? ¡No me explico!

—Tiene razón. No puede estar al alcance de la pobreza mental la pobreza que vibra a través del músculo y va a repercutir al corazón. Comprende?

—Ya comprendo, pura literatura...

—Sí, literatura... Repare que solamente al pobre se le presenta la oportunidad de conocer las falsedades y egoísmos en toda su desnudez como una elocuente recompensa del medio irónico a la penuria a que lo mantienen sometido. Pero al tratar de volar a la inmortalidad, la pobreza es el apoyo común de los espíritus predestinados.

—Con tu modo de razonar, el pobre es el ser más dichoso de la tierra.

—¡Ah! Cuando la pobreza viene blasonada con el escudo de una alma vigorosa, no existe tesoro que proporcione tanta felicidad!

A continuación se escuchó: ¡Viva Perejil!

El breve diálogo dió motivo a la periodista Sardina Plateada a insinuar los *viernes improvisados*, especie de certámenes literarios entre los presentes, a fin de no ir a caer en la monotonía de los mismos tragos, la misma música y las mismas caras.

La idea fué acogida con entusiasmo, comisionando a Grano de Anís y a Semilla de Ciruela, dos legítimos exponentes de las letras patrias, preparar los trabajos de apertura.

La noche del debut se empavesaron balcones, tapizándose el piso con pino desmenuzado; los corredores fueron adornados con pacayá e iluminados con bellos farolitos de colores.

Al abrir la velada, brillaron las pecheras engrudadas y trapos con lentejuelas.

Le tocó a Grano de Anís ser el primero en dejar oír su verbo elocuente:

La Gloria y la Desventura llevan a cuestras la misma pena: aquélla, unvida, languidece en el hastío; ésta, lacerada, persigue la estrella salvadora.

El peregrino ilustre que recorre el desierto se detiene frente a la Esfinge y ve desfilar los siglos.

El arqueólogo que descubre la huella de una pisada ha encontrado el hilo de la leyenda.

Un alegre pincelazo de Goya; un cristo macabro de Zurbarán o la suave tonalidad de la ascensión de Murillo, retiene a manera de obsesión influenciados por la maravilla del genio que palpita a través del lienzo.

El herrero lírico que forja Quimeras al calor de su fragua de sol; el pausado vuelo del ave a la hora del crepúsculo sobre la abulia del lago, o el rayo de luna que viene a quebrarse a los cristales del balcón amado, nos encanta!, porque hay poesía...

Gounod con su Ave María, la melodía de Weber, o el redoble de la Marcha Fúnebre de Chopin, son el solemnísimó transporte del alma dialogando con el espíritu divino de Euterpe.

El cadáver de una ilusión en el pentagrama de la vida es a manera del pensamiento ahorcado en la Escala del Arte.

Después que se apagaron los aplausos, ocupó la tribuna el poeta Ciruela, famoso por su epopeya al gallo en chicha. Reprobó lo dicho por Anís, sentando un ejemplo: señores — principió — suplico un pequeño paréntesis: la pieza que acabáis de escuchar, la considero demasiada pulida para que pueda ser improvisada. Es contraria al espíritu que nos anima.

Parece que el colega nos quiere hacer de chivo los tamales. Si las cosas continúan como principian auguro pronto fracaso. Pienso que debemos ser sinceros y no venir con subterfugios adobados. En previsión, pues, de imprimir larga vida a los certámenes, pido que se sustituyan los *viernes improvisados* por los *sábados pergeñados*. De lo contrario, sucederá lo que le pasó a un cura de Comayagua en tiempos del coloniaje.

(¿Qué? — preguntó — la señorita Cucaracha).  
Ciruela volvió la cabeza, contestando:

El sacerdote, señorita, hombre que rascaba la guitarra “como perro con pulgas” y cantaba a las “musas” en estrofas sádicas, mentía tanto, que los feligreses poco a poco fueron perdiendo la fe al extremo de no concurrir a la iglesia.

El cura alarmado, ordenó al sacristán que fuera de puerta en puerta diciendo a los vecinos que el representante de Cristo había hecho tres cruces ante la imagen de San Día, en presencia de los testigos San Cudo y San Dino, de no volver a apartarse de la senda trazada por el Señor, que volvieran al templo.

Los pobladores como buenos cristianos atendieron la satisfacción, viéndose la iglesia el domingo próximo abarrotada de piadosos, oyendo contritos la santa misa.

Terminado el divino oficio, se notaba ansiedad por escuchar el sermón del padre enmendado y posiblemente daría algunas explicaciones.

El cura, antes de escalar el púlpito, advirtió al sacristán: "ve, Clavel, tú te sientas oculto a mis pies; cuando oigas que suelto una barbaridad, me *jalas* el balandrán. Entiendes?

—Entendido.

Al destacarse la bizaña apostura del presbítero, hubo expectación:

—No cabe dentro de mi corazón, hijos míos, la inmensa dicha de volver a bendeciros bajo el techo de la casa de Dios.

Como justa recompensa a la causa de Cristo, a cada uno de vosotros concedo dos mil días de indulgencias, menos a aquel renco rezagado que viene entrando; por dormilón, sólo alcanza mil.

(El sacerdote hizo una pausa y abrió la Biblia al azar).

—Toca explicar el versículo que refiere el mila-

gro del profeta Jonás, apreciable caballero que fué tragado con todo y reloj por una ballena tan grande que sólo la cola tenía ¡tres millas de largo!

(El sacristán, atento, le haló la sotana).

—¡No, hijos míos! ¡Rectifico! La cola solamente medía dos millas!

(Nuevo halón).

—¡Perdón, perdón! ¡No sé qué me pasa! Tal vez el arrepentimiento, no sé... Pero en realidad la cola únicamente medía ¡una milla!

(Otro halón).

El cura ya indignado, fuera de sí, no hallando qué decir, se agachó y tomando de las orejas al sacristán lo mostró al público increpándolo:

—¡Según este bruto la ballena era *tunca!*

Antes de apagarse las risas, se oyó en són de reto la última frase del poeta Ciruela: “ésta sí es improvisación!”

Los asistentes dando muestras de civilizados pasearon en hombros a los porta lirás, principiando la marcha por el salón de la cantina, atravesando las aceras de los retretes, regresando por la cocina al comedor.

La aurora con sus imprudentes rayos vino a disipar los vapores del vino y de la gloria de taberna.



—A las cuarenta noches, amigo Candil, de vida disipada, me pregunté si estaba viviendo en un mundo de ensueños o realidades.

Acosado con centenares de preguntas ¡claro!, no tenía tiempo de responder a todas las necesidades y me enlazar ideas embotadas por el alcohol.

Al principio me impacientaba que me tutearan sin reparar que el licor hace perder a los ciudadanos el respeto, las buenas maneras.

Campechanamente llovían de los extremos de las mesas las preguntas a cual más tontas. Al disponerme a contestar, otros interrumpían con nuevas preguntas viéndome enzarzado en una licoca endiablada.

Temiendo insensiblemente estar perdiendo el juicio dispuse llamar a mi lado a una persona que por sus años y dignidad, mantuviera a raya a los más atrevidos.

Con este propósito publiqué en los periódicos que necesitaba un hombre honorable para hacerse cargo de Punto de Partida, empleo recientemente creado en mis oficinas.

Con mi fama de botarate, se presentó una legión de aspirantes. Tuve el cuidado de ir interrogando uno a uno, hasta que al fin escogí al hombre que yo buscaba, un viejo de setenta años, de presencia imponente, con diez hijos vivos y diez muertos; quince sobrinos, treinta nietos y cuarenta y nueve fracasos y ¡un solo éxito en su vida!

Usted — le dije — tiene aptitudes y buenos modales para desempeñar a satisfacción el cargo: la experiencia recogida de sus fracasos lo abonan en alto grado.

Punto de Partida es una ocupación inventada por primera vez en el mundo. Por consiguiente estoy obligado a ponerlo al corriente de sus atribuciones: yo vivo rodeado de gente que con las primeras copas se torna en lo que verdaderamente son, en gentuza, y al descender a la categoría de marranos, provocan mis divagaciones por el hecho de interrogarme a un mismo tiempo sin dar lugar a coordinar mis pensamientos, terminando las discusiones en peloterías, ajenas a los propósitos de origen. Temiendo, pues, de ir a acabar mis últimos días al manicomio, usted no se apartará de mi lado observando que la norma de conducirme debe ser correcta, dando así una indirecta lección a los invitados. Cuando alguien — por ejemplo — me interroge, procure que yo dé una respuesta satisfactoria, y si en el curso de las explicaciones un tercero me espeta distinta pregunta y nota que me dispongo a complacerlo, usted revestido de su cargo, me llama la atención de la manera siguiente: “Mr. Garvo, punto de partida.” Esta observación quiere decir que me concrete al caso, a la primitiva pregunta. Comprende?

—Comprendido.

—¿Qué tiempo tiene?

—Siete y cuarto de la noche.

—Buena hora, quédese; desde hoy comienza a correr su sueldo.

Cuando llegó a conocimiento de la plebe que el patriarca de los viejos desempeñaba con acierto Punto de Partida, comenzaron las burlas contra el buen hombre, diciendo de paso que yo me daba tacos de tener

bufones en mi corte de holgazanes, que Punto de Partida era un burdo pretexto para tener de quien reírme.

Los hijos fueron los primeros en aconsejar al padre que renunciara; ya no soportaban las cuchufletas de las vecinas, especialmente de la vende chicharrones que los trataba de ingratos, muertos de hambre, por haber permitido que don Timo sirviera de mojiganga.

A continuación se sumaron los nietos y sobrinos y en abierta manifestación apedrearon los balcones y tejados del hotel.

A la protesta de la familia se sumaron los críticos de a centavo y las vende mondongo, acusándome ante la autoridad de fomentador de vicios, atropellador de la moral e irrespetuoso a la ancianidad digna de toda veneración.

Yo, para acallar con voz autorizada el murmullo sordo que comenzaba a levantarse, aproveché una pregunta del doctor Tobicas, rector de la Universidad:

—Tú, Garvo, logras resultados prácticos con el trato de gente tan disímil?

Antes de responder, lo senté a mi mesa en el deseo de que escuchara las interrogaciones a que sometería a los asiduos concurrentes:

—Usted, caballero — principié — su profesión?

—Carnicero.

—Qué opina de la política?

—Es un gran chorizo hecho de los desperdicios del cerdo.

—El siguiente:

—Soy cazador.

—Qué nos dice del amor?

—Es una pieza acorralada: salta o se entrega sin resistencia.

—La mondonguera: su opinión sobre el entusiasmo?

—Es un plato de sopa hecho de patas de vaca y chiles bravos.

—El mecapalero:

—Soy huérfano, sin oficio, señor.

—Tiene alguna noción de la Patria?

—Es una madrastra para quienes mejor la sirven.

—El siguiente:

—Banquero.

—En qué estriba la prosperidad de su negocio?

—En no poder llevar a los libros lágrimas y consideraciones...

—El caballero engalonado:

—Soy capitán con despachos auténticos.

—Siendo un valiente, qué nos dice de los muertos?

—Nunca los he visto, pero francamente... No sé qué contestar.

—Usted, señor Cacha Floja, por su edad y experiencia respetable, podría aclarar lo que quiso decir el capitán?

—Son niñerías, Mr. Garvo, niñerías. ¡Figúrese que yo en Catacamas asistí a mi propio entierro!

—El siguiente:

—Carcelero.

—Cuántas veces ha visto la justicia?

—¡Nunca! La justicia es como ciertos cometas que aparecen cada mil años; no todos los pueblos tienen la dicha de conocerla. En la época de la revolución francesa se mostró en todo su esplendor; la última vez que se le vió pico a pico fué con Benito Juárez, la noche que precedió al fusilamiento de Maximiliano.

—Entonces, quién ordena la prisión de los inocentes?

—Los jueces que necesitan víctimas para hablar del cumplimiento de la ley.

—El negrito, africano, por qué lo odian los blancos?

—No soy onza de oro para que todo el mundo me quiera, Mr. Garvo.

—El mismo, qué piensa del porvenir?

—Es nuestro. Mientras los rubios se devoran a dentelladas, los negros nos agrupamos bajo una misma bandera y atisbamos el día de la liberación; día que señalará la esclavitud de los patronos.

—La señora de la cruz roja:

—Soy enfermera de hospitales públicos.

—Cómo anda el sentimiento humano, por esos centros?

—Las casas de beneficencia son un viejo timo inventado por personas que pasan por honorables.

—El señor de levita:

—Ladrón, Mr. Garvo.

—Cómo se las arregla para no estar en presidio?

—Robándole solamente al Estado.

—El caballero del extremo derecho, que se en-

cuentra tras las poltronas azules, por qué se oculta siendo general?

—Ah! Mr. Garvo, agradezco su pregunta. En mi pueblo, Olancho, me llaman general por mi actuación patriótica entre las tribus rivales que son amo y señores de La Mosquitia; me llaman general por haber divulgado nociones útiles y principios elementales de cultura general en aquella región del país dejada de la mano de Dios; no he sido elevado a la categoría del generalato por saqueos e incendios, por estupro o asaltos a la propiedad; no soy general por haber asolado aldeas indefensas; soy general por haber luchado contra la manigua suicida, por haber restañado los malentendidos entre zambos y moscos, entre sumos y morenos. ¡Soy general hecho en la batalla del progreso!

—Mis parabienes; usted es el único ciudadano que un pueblo consciente de la evolución del tiempo le ha dado un rango que está sobre los ensoberbecidos que por charrateras lucen coágulos de sangre; usted es el general de la paz!

—Gracias, Mr. Garvo, mil gracias.

—Y ese mendigo que está dormido sobre el mostrador de la cantina, que se despierte!

—Déjeme en paz, Mr. Garvo. Yo soy nadie. Unicamente le pido que me permita arrojarme al cielo y prenderme de la cola de un cometa.

—Cuándo disciplinará sus crápulas?

—Al morir, señor. Y a propósito, Mr. Garvo; mandará a mi entierro corona?

—Claro, hijo.

—De qué precio?

—De diez pesos.

—Entonces no se moleste; déme la mitad y quedamos cancelados.

—La portera: por qué usted nunca toma parte en nuestras veladas, mostrándose reservada y triste?

—El destino, señor: yo nací con risa de enfermo.

—El sastre, por qué se embriaga solamente los lunes y no los días de descanso?

—Para darle material al prójimo.

—El distinguido empresario del circo, el hombre contento, podría revelar el secreto de su dicha?

—Hoy que tengo dinero, Mr. Garvo, que no me falta el pan en mi mesa, no soy un hombre feliz. Si no fuera por mis hijos que ya están grandecitos, renunciaría a mi posición económica y volvería a mis andanzas de angustias, incertidumbres y hasta de miserias; éste es mi elemento, meterme en un callejón sin salida e ingeniarle el modo de salir de un atascadero; luchar a brazo partido contra el infortunio y encararme con las consecuencias sin miedos ni temores, venga lo que viniere: ese es mi mundo. Recuerda Mr. Garvo, el lío del carnaval? Aunque usted me vió bien vestido no cargaba un níquel. Con mi compañero llegamos al salón de baile del hotel y principiamos a pedir tanda tras tanda mientras en los intervalos tomábamos huevos con serpentinillas del mostrador para arrojarlos a las muchachas risueñas; pasaban las horas y la cuenta crecía sin preocuparnos en lo menos. Dichosamente, Mr. Garvo, — hay dos dioses — uno para los buenos y otro para

los léperos; el dios nuestro se presentó en la persona de un caballero tico que acertó a pasar frente a nuestra mesa, invitándolo de manera muy gentil; después de un par de copas el hombre se tornó locuaz, comunicativo, amigo mejor dicho. Cuando nos pasaron la cuenta pregunté al recién invitado: carga dinero? "Ni un centavo." No importa — dije — en momentos que le quitaba prestado su reloj y cadena de oro y largándoselo al mesero, le agregué: dígale al patrón que lo guarde como garantía por mientras regresamos a pagar y sírvase la última.

Pues bien, Mr. Garvo, esta es la vida que yo ambiciono volver a vivirla. La existencia que llevo no me satisface: comer a los tiempos y acostarme sin preocupaciones, no es la vida de los hombres que en vez de corazón llevan en el huequito una eterna inquietud!

—El profesor de la escuela de Güinope; usted que es persona ilustrada, qué nos dice de la cultura que gastan los profesionales?

—Hombre culto es el que habla a todo mundo en su propia lengua. La petulancia de titulados se revela — por ejemplo — si es médico, recetar a gente ignorante bolsas de agua caliente en los gluteos en vez de decir en las nalgas. A un mecapalero como a un zapatero se le debe hablar en su propio vocabulario. Entre mujeres de vida alegre no se menciona a las hetairas sino a las prostitutas. Entiendo por persona culta la que llama las cosas según el terreno que pisa con el nombre que cuadra.

—El astrónomo, tenga la fineza de hablarnos del sol:

—Es la cobija del pobre.

—La maestra rural, qué opina del hombre?

—Es un macho que siempre necesita espuela.

—Don Diego; por qué usted no se sienta al lado de su colega, el dueño de la casa de préstamos? . . . .

—Porque “dos carneros no pueden beber agua en un mismo calabazo.”

—Doña Muca, la cocinera, por qué la llaman la borrada?

—Por las viruelas, señor; acabaron con mi cara.

En momentos de disponerme a nuevas preguntas, el señor Rector cariñosamente me tocó el hombro:

—Basta Mr. Garvo. Crea que me ha dado la sorpresa más instructiva de mi vida. Si no fuera porque estoy tan viejo, aquí me tuviera sirviendo mi cátedra de Tocino Filosófico.

Este juicio se hizo público alejando por algún tiempo a los aguafiestas, pero como no hay caldo que no se enfríe ni perro que no lo beba, de nuevo se afilaron las garras de la cizaña, siendo violentamente llamado a presencia del director de policía. Quizás por ser éste un completo analfabeto, me recibió mostrando el periódico patas arriba: “lea, hay — gritó con voz cortante—”. Registré la hoja encontrando un párrafo con la siguiente terminación: “Punto de Partida es un empleo para desempeñarlo dentro de mil años.” Por consiguiente Mr. Garvo, espera que se venza el plazo o abandona el país. Escoja!

Comprendiendo que con los funcionarios iletrados hay que mostrarse racional, me reí en silencio, dándome por notificado.

—Después, qué actitud asumí?

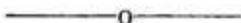
—Pedí amparo previo riego de maíz.

—Indudablemente usted ha gastado una fortuna.

—No tanto.

—Lo demuestra su largueza.

—Vea, amigo Candil: si yo lograra reunir, no lo que he derrochado, sino lo que debo, viviera en Wall Street como todo un poderoso de la banca.



—Crea Mr. Garvo que me tiene pendiente de un concepto suyo que no le concedió importancia y no es posible que asunto sumamente extraordinario, que considero la columna vertebral de su amena historia, se le eche tierra de olvido. Se necesita aclararlo, descifrarlo.

—Hable, señor Candil.

—Recuerde que al referirse a don Timo, el hombre que desempeñó Punto de Partida, usted dijo que al aceptar sus servicios fué por el hecho de haber encontrado en él magníficas cualidades — destacándose entre ellas — ¡un solo éxito en sus setenta años! No tendría embarazo de pintar a grandes brochazos la hazaña, es decir, en qué consistió triunfo tan singular?

—Con placer, señor Candil. Aunque se trata de un secreto comercial, hasta hoy inédito, no tengo inconveniente de abrir mi corazón (recomendándole no pase de los dos).

—Por estas cruces, Mr. Garvo!

—Mr. Purdon, gringo ingenioso, abrió frente a la plaza principal “El Gato Rojo,” almacén en el cual se expendía sedas y mantecas, alfileres y máquinas de cavar rocas, caites y zapatillas estilo Luis XV, en fin una miscelánea.

El nombre de la tienda no llamaba ninguna atención, pero sí los medios originales para atraer clientes, monopolizando en poco tiempo a niños y viejos de la ciudad.

En primer lugar, el propietario, extranjero de finísimos modales, colocó como réclame en amplia vitrina un hermoso gato rojo, tan gordo que parecía bola de fuego. Las gentes sostenían que un artista chino, conocedor de los secretos de Oriente, además de los conocimientos de la cocina era también el encargado de pintar al felino con sabia maestría, al extremo que nunca se supo si el color era natural o simple artificio. El truco del gato, que muy orondo saltaba por los mostradores y dormía sobre cojines de raso para ser admirado por el público, constituía la principal atracción del negocio. Pero el propietario no contento y dispuesto a agotar todos los recursos lícitos y no comunes para atraer el máximo de compradores, se informó del individuo que conociera el mayor número de personas del

país, recogiendo las mejores referencias de don Timo a quien le propuso el desempeño de Corre Trabucos.

—Esa extraña función, en qué consistía, Mr. Garvo?

—Vamos por partes. Ahora al grano: don Timo, perfectamente aleccionado y pulcramente trajeado, tenía orden de pasearse como un particular de esquina a esquina de “El Gato Rojo.”

Cuando Corre Trabucos — por ejemplo — veía que un hacendado rico se interesaba por la compra de monturas marca “americana,” se acercaba al mostrador y de manera disimulada intervenía diciendo que él había adquirido una docena de inferior clase a un precio elevado en la talabartería mexicana, y el hacendado al reparar en el hombre bien vestido, de anillos falsos y casimir legítimo, creía en sus palabras, concluyendo por cerrar la compra.

Si alguien buscaba floreros y no se decidía por considerarlos caros, Corre Trabucos entraba presuroso preguntando:

—Hay floreros?

—Aquí los tiene.

—Cuánto importan?

—Diez pesos la pareja.

Al sacar el dinero de la cartera, concluía:

—Envuélvame estos rosados.

Y mientras Corre Trabucos salía a la calle para entrar luego por la bodega a depositar la mercancía y recoger sus diez pesos, el dependiente se dirigía al marchante: “Vió cómo el señor que sabe lo barato del

artículo ni rebaja pidió?” Por fin el comprador se convertía en otra víctima.

Conste que Corre Trañucos solamente intervenía en las ventas indecisas en la seguridad del éxito.

Durante el tiempo que “El Gato Rojo” mantuvo sus puertas abiertas, don Timo desempeñó con sabiduría diplomática cargo espinoso y único. Me he explicado, señor Candil?

—Magistralmente, pero siento decirle, con profunda pena, que estoy en un todo de acuerdo con la opinión del director de policía.

—De aquel rezagado, influenciado por la prensa tonta?

—No se ofusque Mr. Garvo, no se ofusque. El funcionario estuvo de acuerdo en que Punto de Partida era un empleo para desempeñarlo dentro de mil años, otro tanto digo yo de Corre Trabucos.

—Puede, Candil, que el juicio tenga seso.

## ∴ CONCLUYE ∴

### Nota final:

Si en la corrección de pruebas se ha pasado algún gazapo, tendríamos por poco listo al buen lector que no aprovechara la ocasión para corregirlo.





## INDICADOR:

Frases Explicativas .....	9
Mr. Carvo a través de las rajaduras del tiesto del mundo .....	11
Carvo, esquinero del complejo e incomplejo .....	17
Amigos, arma de dos filos .....	47
A caballo por la tierra de las maravillas .....	93
Los Precursores .....	157
Tocino filosófico .....	169



Imprenta Calderón









HL  
B